



Español. Libro de Lectura

Sexto grado

Español. Libro de Lectura

Sexto grado



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA

Comité de selección de libros de lectura

Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional, Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Escuela Mexicana de Escritores, Dirección General de Educación Indígena (DGEI), Dirección General de Desarrollo Curricular (DGDC) y Dirección General de Materiales Educativos (DGME)

Apoyo técnico

Elizabeth Silva Castillo, Anayte Pérez Jiménez, Itzel Vargas Moreno

Supervisión editorial

Jessica Mariana Ortega Rodríguez

Cuidado editorial

Alejandro Rodríguez Vázquez

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Actualización de archivos

Citlali María del Socorro Rodríguez Merino

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *El tianguis* (detalle), 1923-1924, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 4.59 x 2.40 m (panel izquierdo), ubicado en el Patio de las Fiestas, planta baja, D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/ fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2019 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2019.

Primera edición, 2014

Segunda edición, 2017

Tercera edición, 2019 (ciclo escolar 2019-2020)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2019,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-133-7

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

Servicios editoriales

Efrén Calleja Macedo

Dirección de arte

Benito López Martínez

Coordinación editorial

Mary Carmen Reyes López

Asistencia editorial

María Magdalena Alpizar Díaz, Rubi Fernández Nava

Coordinación de ilustración

Fabrizio Vanden Broeck

Diseño gráfico

María Soledad Arellano Carrasco

Captura de textos

Selma Isabel Jaber de Lima, Yvonne Cartín Cid

Ilustración de índice

Luis Pombo

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la Secretaría de Educación Pública (SEP) emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública agradece a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la revisión de la primera edición 2014.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y calidad, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado alumnos, maestras y maestros, autoridades escolares, expertos, padres de familia y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Estimado maestro:

Este libro tiene como propósito impulsar el desarrollo lector de sus estudiantes; es decir, que aprendan a leer (y escribir), así como a emplear estrategias de lectura para comprender lo que leen y a disfrutar de la lectura como actividad lúdica.

Las lecturas pueden abordarse en el orden que usted o su grupo lo deseen, pues constituyen una selección diversa que busca ser significativa para el desarrollo lector de los estudiantes.

En la selección predominan los textos literarios: cuentos, adivinanzas, poemas, canciones, textos rimados, entre otros. Encontrará también que en cada grado se incluyen historias

sin palabras con las que se busca que los estudiantes puedan desarrollar su imaginación, pero sobre todo, realicen la lectura de imágenes, poniendo en juego diferentes habilidades de comprensión lectora, como la inferencia y la interpretación.

Cabe destacar que la selección incluye autores mexicanos y extranjeros de muy diverso género, especializados y no en literatura infantil, lo que permite que sea un material variado y atractivo.

Le deseamos mucho éxito en su tarea y esperamos que este libro lo apoye en su importante labor en favor de la niñez mexicana.

Estimado estudiante:

¡Bienvenido a tu *Libro de lectura!*

Este material es propiedad de: _____,
lector de sexto grado.

Como lector, tienes derecho a:

- Que reconozcan que eres capaz de leer.
- Leer un texto las veces que quieras.
- Pedir que te lean y escuchar leer.
- Leer lo que te guste y en cualquier sitio.
- Compartir lo que sientes y piensas de las lecturas.

ÍNDICE

El sube y baja	8
Adiós mi chaparrita	9
Las moscas	10
Estoy enamorado de las moscas de la fruta; son fascinantes: Ramón Aluja	12
Grafiti: jóvenes pintando el mundo	16
La rana que quería ser una rana auténtica	32
La Pobreza	34
Instrucciones para cantar	38
Canción del pirata	40
No era el único Noé	44



El elefante	76
La jirafa	77
U jo' ol in booch' / Con la punta de mi rebozo	78
Je' bix chúuk / Como el carbón	79
Xi guininu / Qué decir	80
Ihcuac tlahtolli ye miqui / Cuando muere una lengua	82
Lenguas de México	84
La marimba	86



La historia de la abuela	90
Recuerdos de familia y de infancia	94
¿Qué es el teatro?	102
La Cenicienta	104
El almohadón de plumas	112
Palabras de Caramelo	118
Bibliografía	158



El sube y baja

● TEXTO: Mario Montes / ILUSTRACIÓN: León Braojos

Quiero ser el vaso donde bebes
y besar tu boca azucarada;
quiero ser chofer de tu automóvil
y agarrar las curvas de bajada.

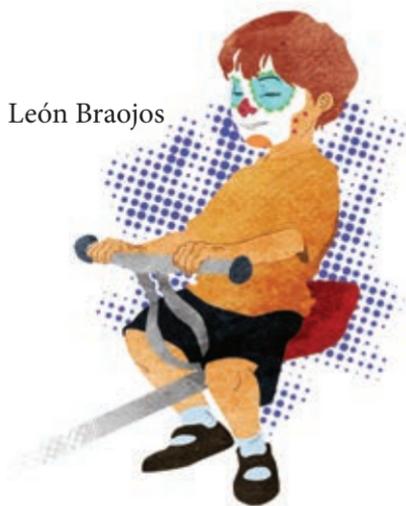
Que sube y que baja,
que llega hasta Ixtlán.
¿Adónde van los muertos?
Quién sabe adónde irán.

Quiero ser quien rice tus pestañas
para ver adónde ven tus ojos;
quiero ser tu mero, mero dueño
y poder cumplirte tus antojos.

Que sube y que baja
que llega hasta Ixtlán.
¿Adónde van los muertos?
Quién sabe adónde irán.

Quiero ser collar de perlas finas
para estar juntito con tu oreja;
quiero ser quien llegará a tus labios
y ahí gozará de tus besos.

Que sube y que baja,
que llega hasta Ixtlán.
¿Adónde van los muertos?
Quién sabe adónde irán.



Adiós mi chaparrita

● TEXTO: Tata Nacho / ILUSTRACIÓN: León Braojos

Adiós mi chaparrita,
no llores por tu Pancho,
que si se va del rancho
muy pronto volverá.

Verás que del Bajío
te traigo cosas buenas,
y un beso, que tus penas
muy pronto olvidarás.

Moñitos pa' tus trenzas,
y pa' tu mamacita
rebozo de bolita y naguas de percal.
¡Uy!, ¡qué... caray! ¡Ay caray!



No llores, chula mía
porque me voy tristiando
y quiero irme cantando,
que el llanto me hace mal.

Alegres siempre fuimos,
y cuando vuelva quiero,
recibas tu ranchero
sonriendo como el sol.

Y digas que al marcharse
por lejos que se fuera
llevaba a su ranchera
prendida al corazón.
¡Ay!, ¡qué... caray...!

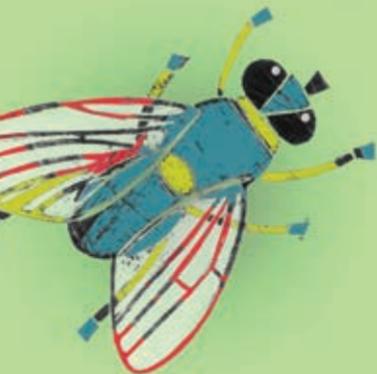


Canta más canciones mexicanas para enamorar, para festejar y hasta para llorar, de la recopilación *Cancionero mexicano*, en la Biblioteca Escolar.

Las moscas

● TEXTO: Antonio Machado

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck



Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.



¡Oh viejas moscas voraces
como abejas en abril,
viejas moscas pertinaces
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!



Y en la aborrecida escuela,
raudas moscas divertidas,
perseguidas
por amor de lo que vuela,

—que todo es volar— sonoras,
rebotando en los cristales
en los días otoñales...

Moscas de todas las horas,
de infancia y adolescencia,
de mi juventud dorada;
de esta segunda inocencia,
que da en no creer en nada,

de siempre... Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado

sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas.



Ahora que leíste estos versos, quizá te gustará leer a Federico García Lorca en *Canciones, poemas y romances para niños*, un libro lleno de recuerdos de infancia y experiencias del autor. Búscalo en la Biblioteca Escolar.

Estoy enamorado de las moscas de la fruta; son fascinantes: Ramón Aluja

● TEXTO: Angélica Enciso / ILUSTRACIÓN: Richard Zela

- Entenderlas para manipularlas en favor del ser humano me enloqueció de emoción, afirma el experto.
- Una de sus investigaciones permitió abrir el mercado de Estados Unidos al aguacate Hass.

Periódico *La Jornada*. Jueves 5 de diciembre de 2013

Martín Ramón Aluja dice que si viviera 300 años no le alcanzaría el tiempo para entender a las moscas de la fruta. “Son sofisticadas. Veo el mundo desde su perspectiva y en parte ya me siento una. Estoy más enamorado de ellas que antes”. Aluja es Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de tecnología, innovación y diseño por sus contribuciones científicas al manejo de plagas, y ha concentrado sus trabajos en ese insecto que daña a frutas y vegetales.

Lleva 35 años en esta investigación. Es un científico repatriado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) que ya planeaba hacer su vida en Europa cuando tuvo la oportunidad de trabajar en el Instituto de Ecología (Inecol) de Veracruz —del cual ahora es director—, y volvió a México.



Dice en entrevista con *La Jornada* que como ingeniero agrónomo planeaba dedicarse al área de parasitología, pero su maestro, Peter Enkerlin, que lo trajo como chofer por el sureste del país en un estudio sobre los frutos que eran atacados por la mosca, lo introdujo en el tema.



Aluja fue el líder de una investigación publicada en la revista *Journal of Economic Entomology* en 2004, que sirvió como sustento científico para abrir el mercado estadounidense al aguacate Hass de Michoacán, que había permanecido cerrado 80 años, y que ha dejado una derrama económica de alrededor de 4 500 millones de pesos a la industria y la creación de unos 50 000 empleos.



Una de las plagas de mayor impacto económico en el mundo

—¿Cómo empezó su trabajo sobre las plagas?

—Toda mi carrera científica ha rondado alrededor de las moscas de la fruta, una de las 10 plagas de mayor impacto económico a escala mundial. En el orbe hay unas 4 500 variedades, de las cuales 15 son de importancia económica, y en México hay unas cinco. Es un mundo de moscas. Atacan todos los frutales comestibles: mangos, ciruelas, naranjas, toronjas, guayabas. Todo fruto que el ser humano se come, esos insectos también se lo comen. Entonces entramos en competencia con ellos. El enfoque que tengo es comprenderlas, saber qué es lo que las motiva, los estímulos que utilizan para encontrar un fruto, y las características de los que les gustan, para que, con base en el conocimiento profundo de su biología, historia natural, de su ecología, desarrolle métodos biorracionales o amigables con el ambiente para poder manejarlas.



“Con otros colaboradores tengo una patente que se basa en el desarrollo de un producto que las mismas moscas producen. Cuando ponen un paquete de huevos en la fruta, la marcan con una sustancia química que funciona como señal que manda a sí misma y a otras de la misma especie, para que cuando por azar lleguen a la misma fruta sepan que ya fue utilizada como un recurso. Un grupo de colegas suizos, estudiantes de doctorado, y yo, identificamos y caracterizamos químicamente esa sustancia,





fue lo que derivó en una patente. Hicimos algunas modificaciones para poderla patentar. No mata a la mosca, la repele del árbol o de las frutas. Es un insecticida con un atrayente que es muy apetecido por el insecto y así evitamos el daño”.

—¿Por qué el trabajo sobre la mosca de las frutas?

—Hace unos 35 años tuve la suerte de descubrir las moscas de la fruta cuando estudiaba para ingeniero agrónomo en el Tecnológico de Monterrey. El doctor Peter Enkerlin me introdujo en el tema. Empecé desde 1980. Son insectos tan inteligentes, adaptados para poder ganar la carrera a los humanos, que son un reto tremendo. El solo hecho de poderlos entender se me hizo fascinante. Cuando se les comprende se les puede manipular en favor del ser humano, y esto me enloqueció de emoción. Es muy interesante. He pasado un buen rato de mi vida trepado en árboles para conocer mejor cómo viven las moscas.

“Prácticamente todos los frutos y vegetales son sujetos de ser atacados por la mosca, la especie mexicana se especializa en cítricos, pero también puede atacar chiles: hay un chile cera que se produce en Veracruz, que también es atacado por esta mosca. Ojalá nunca nos suceda, pero la mosca oriental es capaz de atacar hasta tomates. La del mediterráneo, que hemos contenido en la frontera México-Guatemala, es una especie que ataca muchas cosas. Mi gran ilusión es poder encontrar cuáles son los mecanismos de resistencia de los frutales a estas plagas”.

Las conductas de los animales son muy curiosas. Para confirmarlo lee *Los animales hacen cosas asombrosas*. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

Grafiti: jóvenes pintando el mundo

● TEXTO: Rodrigo Castillo Aguilar y Karla Díaz Pérez / ILUSTRACIÓN: Santiago Mejía

“El día de hoy cumplí once años en estas andadas del grafiti”, comenta Tricke, grafitero mexicano de Xochimilco, quien me cuenta cómo se inició en este movimiento. “Yo tenía unos compañeros en la secundaria. Estos cuates ya pintaban, ya hacían dos, tres cosas y yo decía, ah pues órale, me llama, me agrada... ellos me dijeron: *No pues tú también deberías de hacerlo*, y entre la curiosidad y otras cosas, me empecé a acercar. En ese entonces yo no sabía técnicamente nada. *No, pues tú tienes que tener acá una placa, tú vas a pintar con el nombre de Nube*, bueno va, el chiste es andar ahí en el movimiento. En un principio pues era Nube; se ve chido, dije, pero llega un punto en el que sientes como que no se te adhiere, no tiene un gran significado, pues no, realmente no lo tenía. Y que me pongo a pensar, no pues voy a pintar otra cosa”.

Para los grafiteros es muy importante su placa, pues es el nombre con que los van a identificar durante el tiempo que sigan pintando; de ahí que deba tener un significado especial. En el caso de Tricke, jugó un papel importante su historia familiar: “Mi familia es de Chiapas, entonces ellos van mucho para allá y yo también; ahí en Chiapas hay unos cohetes que son como de dinamita y les llaman triques. Entonces me gustó mucho el juego de letras y dije: ¡buena esa palabra! No es común escucharla. Así que decidí llamarme Trique; sólo que con ck, en vez de q, para darle mi propio estilo”. Sobre esto, Tricke explica: “Es como un medio de comunicación; como la publicidad, pero no es poner una marca, es poner tu nombre. Es como un tipo de publicidad, pero transgresora”.

El grafiti es un medio de expresión para algunos grupos, generalmente de jóvenes; surge ante la necesidad de comunicar a los demás su mensaje.

Hacer grafiti es también una forma de pertenecer a un grupo claramente diferenciado de otros. A los jóvenes les genera un sentimiento de identidad y pertenencia que los reafirma, pues se vuelve un lugar desde donde logran darle sentido al mundo. Por eso cuando le pregunto a Tricke, ¿qué significado tiene para ti hacer grafiti?, me dice entusiasmado:

“Es como tomar el mundo, la colonia y es como mantener otro vínculo. Es eso más que nada. Es como un sentimiento, nada más. O sea, me enamora pintar. El grafiti me ha dejado amigos, anécdotas, experiencias y ahora sí qué no me ha dejado; porque sigo ahí. Y, por ejemplo, ver ahora que a mi niño también le llama la atención, o sea, independientemente si lo quiere hacer en un futuro o no, es muy bonito porque, bueno, yo empecé cuando tenía doce o trece años a hacer grafiti y de repente que mi niño a los cuatro años me diga ‘Oye, yo también quiero pintar’. ¡Órale! Se siente bien padre, o sea, me llena”.

Como te habrás dado cuenta, el grafiti representa mucho más que las letras o palabras que a veces vemos pintadas en las paredes. Con decirte que existen investigadores que se especializan en ese tema. Detrás de lo que podemos ver o pensar en torno al grafiti, hay todavía mucho por contar. Te invito a que me acompañes en esta búsqueda de lo que nos rodea y hace del grafiti un tema interesante.

J Santiago M. J.
5-2014



Orígenes del grafiti

Seguramente alguna vez has visto un dibujo, letrero o mensaje hecho en alguna pared cercana a tu casa o a tu escuela. Y aunque sea algo que te pueda parecer nuevo, en realidad el ser humano ha utilizado las paredes y muros para expresar su pensamiento desde hace mucho tiempo; algunos historiadores ubican en las pinturas rupestres los orígenes ancestrales del grafiti. Dibujos hechos hace más de 35 000 años por los primeros seres humanos, en los que plasmaban acontecimientos de la vida diaria como la caza de animales salvajes o la recolección de flores y frutos. O bien, los grandes murales de las civilizaciones mesoamericanas, en los cuales se mostraban pasajes de leyendas y mitos religiosos, o narraciones sobre las proezas heroicas de los gobernantes y su pueblo.



También hay que considerar las pinturas y los murales hechos por los evangelizadores españoles durante la Conquista y colonización de América, con la finalidad de implantar su religión a los habitantes de estas tierras.

Santiago M. S. 2007

Podemos decir que los antecedentes del grafiti más cercanos en el tiempo, algo así como sus tatarabuelos, se encuentran en la antigua Roma —hace más de 2 000 años—, donde era una práctica común. Si tu comunidad fuera parte de ese Imperio, sus muros y paredes estarían llenos de poemas, frases o mensajes políticos y sociales escritos por ciudadanos comunes y corrientes. Incluso cuando el ejército romano conquistaba otros pueblos, los soldados dejaban inscripciones y mensajes en las paredes de edificios, monumentos y plazas de las ciudades dominadas. Aunque no lo creas, llegaron a escribir en las pirámides de Egipto. A diferencia de las pinturas rupestres, de los murales mesoamericanos o de los cristianos de la Edad Media, los grafitis romanos eran hechos de forma espontánea con la principal finalidad de comunicarle algo a alguien, quejarse y expresar lo que el gobierno no les permitía decir abiertamente o simplemente para marcar su paso por algún sitio. Digamos que eran una manifestación individual y popular, fuera de los límites establecidos.

Inicio del grafiti actual

El grafiti, como lo conocemos actualmente, tiene sus orígenes en los años sesenta del siglo pasado en la ciudad de Nueva York, en Estados Unidos, y fueron precisamente jóvenes quienes fundaron este movimiento. El primer grafitero del que se tiene noticia es un chavo de 17 años, hijo de migrantes griegos. Trabajaba de mensajero en Nueva York, así que todos los días tomaba el transporte público para realizar sus entregas. Un día se le ocurrió dejar un registro de su paso por toda la ciudad y comenzó a escribir su apodo junto con el número de la calle en que vivía en todas las paredes y muros que encontraba en el camino; se hacía llamar Taki 183.



Al poco tiempo, muchos otros jóvenes hicieron lo mismo y sus firmas comenzaron a verse por toda la ciudad. Si bien los primeros grafiteros tenían como único objetivo dejar su seudónimo en el mayor número de sitios posibles, posteriormente ya no bastaba con eso para ser reconocidos. El grafiti se fue volviendo más complejo, de forma más llamativa, y se hacía en lugares donde fuera visto por mucha gente. Aparecieron así las *bombas*, *piezas* y demás tipos de grafitis cada vez más coloridos y grandes. Imagínate que llegaron a hacer grafitis que abarcaban hasta dos vagones del metro de Nueva York.

La popularidad del grafiti fue tanta que llegó hasta Europa y Latinoamérica, donde tomó las características y particularidades de cada cultura.

El grafiti en México

Usar las paredes para comunicar algo o simplemente dibujar sobre ellas para adornarlas, ha sido algo común en la historia de nuestro país. Un ejemplo son los murales hechos por nuestros antepasados, en los que aparecían imágenes monumentales, llenas de color, de sus dioses,

guerreros, batallas o animales considerados importantes, como el jaguar y la serpiente. Eran tan impresionantes que cuando llegaron los españoles se quedaron maravillados y hasta temerosos con muchos de ellos.



Durante la Colonia era común pegar en las paredes los avisos y órdenes del virrey, para que los pocos que sabían leer se encargaran de difundirlas entre los pobladores. En la guerra de Independencia también se usaron las paredes para escribir llamados a luchar en contra de la Corona española. Cuando Francia, España y Estados Unidos invadieron México (no al mismo tiempo, afortunadamente), el pueblo hizo pintas rechazando las intervenciones y exigiendo que se retiraran del país. Estas prácticas

continuaron por muchos años y llegaron a ser tan emblemáticas de las luchas populares que, al triunfo de la Revolución, un grupo de artistas mexicanos empezaron a usar las paredes del país para realizar grandes pinturas en las que mostraban diversos aspectos de nuestra historia. Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, entre otros, lograron fama internacional gracias a sus murales.

Me gustaría platicarte sobre dos anécdotas que para algunos estudiosos del grafiti son consideradas parte importante de su historia. La primera tiene que ver con un hallazgo reciente. Resulta que hace menos de 20 años, una investigadora descubrió en las paredes de algunos conventos, una serie de imágenes, figuras, dibujos y hasta firmas como las de los grafiteros modernos hechas con puntas de metal o lápiz. Según sus investigaciones, se puede suponer que fueron hechas por indígenas o mestizos en el siglo xvi; tal y como lo lees, ¡los primeros grafiteros en México fueron indígenas!

El otro caso se remonta a la época de la Revolución, cuando fusilaron a Maclovio López, un indígena poblano, por andar pintando en las paredes frases contra el gobierno.



El grafiti, tal y como lo conocemos actualmente, llegó a México por la frontera norte, específicamente por Tijuana, durante los años setenta del siglo pasado y de ahí se ha ido propagando por todo el territorio nacional; llegó a Guadalajara y Aguascalientes, para después adentrarse en el Estado de México y en la Ciudad de México. Se dice que se introduce a través de los cholos, skaters, hip hoppers y en el caso específico de la capital por la banda de Los Panchitos. Todas las ciudades señaladas se caracterizan por una migración constante hacia Estados Unidos. Imagínate que estamos hablando de hace más de 30 años. Si bien el grafiti se extiende por toda la República Mexicana, es en Nezahualcóyotl, Estado de México, considerada la ciudad del grafiti, donde se expande este movimiento juvenil. En su camino por las distintas comunidades del país, el grafiti ha conocido diversas manifestaciones artísticas que lo han enriquecido. El diálogo establecido con nuestras tradiciones ha hecho que actualmente muchas de sus figuras, colores y dibujos tengan relación directa con nuestro pasado y presente. Alebrijes, pirámides, serpientes emplumadas, jaguares, calaveras y demás imágenes son cada vez más visibles en los grafitis hechos por chavos como tú.



El grafiti y las diversas manifestaciones artísticas populares

¿Habías pensado alguna vez que los grafitis tuvieran alguna relación con los arreglos florales que ponen en la iglesia de tu pueblo para la fiesta del santo? ¿Me creerías si te digo que los alebrijes, los tapetes de aserrín que se hacen para fiestas religiosas en Tlaxcala, Veracruz y otros lugares del país, o las piezas de talavera poblana comparten algunas técnicas con el grafiti?

Tal es el caso de ciertas artesanías de barro o cerámica, que utilizan plantillas para dibujar las imágenes que aparecen en ellas; justo como lo hacen los grafiteros con los llamados *esténciles*.

Los tapetes de aserrín, al igual que los grafitis, son expresiones artísticas que usan un espacio público para mostrarse y son de corta duración.

¿Y qué me dices de los múltiples colores y figuras locas que forman parte de los alebrijes mexicanos; a poco no los hacen tan llamativos como algunas de las piezas e imágenes de ciertos grafiteros?

Tal vez, una de las cosas que más acercan a nuestras tradiciones artísticas con los grafitis es el hecho de ser manifestaciones populares que muchas veces no son reconocidas como arte. Sin embargo, unas y otros se han mantenido y enriquecido entre sí. Por ello, cada vez hay más grecas indígenas, figuras prehispánicas, personajes míticos y diversidad de colores en los grafitis mexicanos. Es probable que, con el tiempo, empiecen a ser reconocidos como parte de nuestro arte popular.



Herramientas, formas y colores del grafiti

Cuando hablamos y pensamos en un grafiti nos imaginamos un conjunto de inscripciones, palabras, dibujos, diseños que están pintados en los muros, paredes, bardas, edificios y estructuras, e incluso en puertas, mobiliario urbano, vagones, autobuses... ¿Puedes recordar alguno cerca de tu casa o de tu escuela? La forma en que los chavos hacen los grafitis es muy interesante, y conocerla nos va a permitir entender mejor a los grafiteros y sus mensajes.

Lo primero que podemos observar son los materiales que utilizan. El arte del grafiti en un principio se hacía con brochas y pintura. Actualmente, también utiliza otros medios, principalmente los rotuladores y aerosoles. Otros elementos son tinta, gises, velas, piedras, vidrios e incluso ácido. Los aerosoles tienen unas boquillas que son un elemento importante, pues dan diferentes terminados en cuanto al tipo de trazo: fino o grueso, limpio o difuso, redondo o direccional.

Un segundo factor al que hay que prestar atención es al tipo de grafiti, pues te habrás dado cuenta de que algunos son como rayones o letras, mientras que otros son imágenes que cuentan una historia en la pared.

Bien, pues los jóvenes, al iniciarse en este movimiento, eligen una forma de nombrarse, es decir, una *placa* que será su seudónimo con el que serán reconocidos; escogen entre tres y seis letras que pueden representar algo con lo que se identifican, o sus siglas o un diminutivo de su nombre. Para los grafiteros tiene mucha importancia su firma. Buscan que



J. Santiago M.S.
5-2011



sea llamativa, estética; pues el objetivo será distinguirse, sobre todo si en su región hay bastantes seguidores del grafiti.

Te cuento que la placa tiene varias formas que dependen del estilo que cada chavo elige: *el tag* es la firma pequeña, sencilla y fácil de hacer; *la bomba*, es trazar la placa con las letras infladas como una burbuja, cuidando mucho la textura y relleno; también es conocida como *bubble*; *el throw up* o *vomitada* es la firma corta, sin la mayor complicación, con descuido en el estilo; *el bloque*, realizado con letras más cuadradas y lineales, aunque también buscan profundidad. *Its wild style* es la placa de forma más complicada, garigoleada y entrelazada.

Por otra parte, están los *characters* o *personajes*: son dibujos que acompañan a la placa, aunque a veces aparecen solos. *La pieza* u *obra maestra* es la obra más compleja pues incluye dibujos, imágenes y letras, llega a abarcar una pared completa y en ocasiones participan varios autores en su realización.



Otras técnicas del grafiti son *sticker*, que consiste en pegar calcomanías ya prediseñadas; *esténcil*, que utiliza plantillas con diseños en cartón y se pinta encima de ellas; *sucio*, que implica la inscripción de la placa sobre un vidrio, con piedra, esmeril o satinador, y *boceto*, que es un dibujo elaborado previamente, antes de que sea plasmado en la pared. Es importante

mencionar que un grafiti se diferencia de una pinta, que es un escrito con una intención política; de un mural, que es una pintura; y de la rotulación o decoración que tiene como objetivo la comercialización o la ornamentación.

El grafiti es un arte en el que se aprecia que detrás de cada *línea*, como le dicen ellos a su *placa*, hay un chavo o una chava que van a buscar diferenciarse de sus compañeros marcando su propio estilo. Las técnicas las aprenden en la convivencia con sus pares del movimiento, quienes van especializándose en la caligrafía, personajes u obras, según la profundidad de las letras, la extensión de las figuras, relleno, tonalidades y colores, el tiempo de ejecución y el uso de mejores utensilios. De ahí que se organizan en *crews*, agrupaciones de chavos que se reúnen por afinidad, amistad, compañerismo en la aventura de pintar, tanto para conseguir más popularidad como para acompañarse.

Según los escritores de “Arte callejero”, fue en la Ciudad de México donde comenzaron a surgir *crews* de grafiteros, grupos de chavos como el PEC (Puro Estilo Callejero), el CHK (Culture Hispanic Killers) y SF (Sin Fronteras).

El grafiti en las leyes mexicanas

Con el paso del tiempo, el grafiti se ha reconocido como una expresión juvenil que se manifiesta en dos formas: el grafiti legal y el ilegal.



El que los chavos pinten en una barda u otra superficie no es un delito, cuando escriben o dibujan con el consentimiento del dueño de la propiedad o el representante del gobierno, si es de una propiedad pública. Pero cuando este espacio no es concedido por el responsable, dueño o gobierno, se reconoce a este acto como ilegal, pues causa daños a la propiedad privada, pública o federal, y se argumenta que daña la imagen de la ciudad o del pueblo.

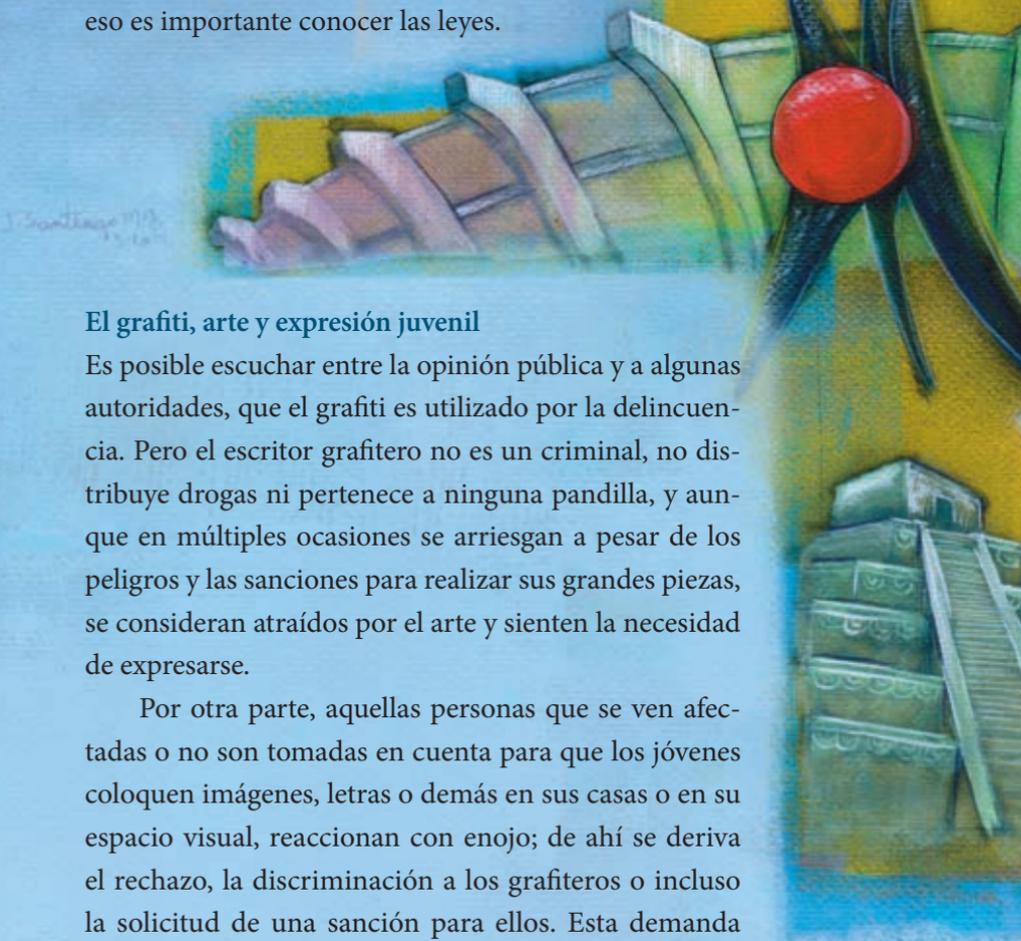
Bien, pues te cuento que en las leyes de los diferentes estados de la república, específicamente en los códigos penales locales, el grafiti ilegal ya es sancionado. De acuerdo con la Secretaría de Seguridad Pública Federal, la mayoría de los estados del país cuentan con alguna ley para castigar a quienes causan daños en propiedad ajena, que es en donde incluyen al grafiti ilegal. Se considera desde una infracción cívica (conducta negativa que altera el orden la tranquilidad en las vías o lugares públicos), como es el caso de la Ciudad de México, hasta ser tornado como un delito por rayar, dibujar o pintar en un lugar no permitido, como es el caso en el estado de Querétaro.

Los castigos varían, dependiendo de la edad del grafitero. En caso de una infracción cívica, que constituye una falta administrativa, el infractor es llevado al juez cívico, quien le llama la atención si se trata de un menor, y en caso de que sea mayor de edad, se le exige un pago de 11 hasta 300 días de salario mínimo o un arresto de 12 a 30 horas.

Otro tipo de sanción es el compromiso para realizar de 15 a 50 jornadas de trabajo comunitario en favor de la víctima u ofendido. Las sanciones se elevan cuando se afectan bienes de dominio público o de gran valor histórico o arquitectónico.



Asimismo, cuando se reincide en la falta, caso en que se aplican penas de dos a cuatro años de prisión; en Veracruz se fijan hasta ocho años de cárcel. Son muchos los riesgos que corren los grafiteros, y quizá tú no lo sabías; por eso es importante conocer las leyes.



El grafiti, arte y expresión juvenil

Es posible escuchar entre la opinión pública y a algunas autoridades, que el grafiti es utilizado por la delincuencia. Pero el escritor grafitero no es un criminal, no distribuye drogas ni pertenece a ninguna pandilla, y aunque en múltiples ocasiones se arriesgan a pesar de los peligros y las sanciones para realizar sus grandes piezas, se consideran atraídos por el arte y sienten la necesidad de expresarse.

Por otra parte, aquellas personas que se ven afectadas o no son tomadas en cuenta para que los jóvenes coloquen imágenes, letras o demás en sus casas o en su espacio visual, reaccionan con enojo; de ahí se deriva el rechazo, la discriminación a los grafiteros o incluso la solicitud de una sanción para ellos. Esta demanda de una parte de la población ha influido en las leyes y ha llevado a que los jóvenes sean castigados por pintar, afectando la relación entre las distintas generaciones y la convivencia de la sociedad.

También ha habido otro tipo de pareceres, y algunas personas y grupos han reconocido que el grafiti es una acción popular, principalmente practicada por jóvenes que tienen algo que expresar a la sociedad, dar su opinión acerca del mundo donde viven y compartirla con los demás. De ahí que hayan surgido varias iniciativas y políticas públicas para grafiteros: promoviendo el rescate de inmuebles abandonados, preparación de exposiciones en museos, en estaciones del metro, concursos de bocetos, eventos de carácter nacional e internacional. Poco a poco se han abierto algunos canales y espacios para el grafiti y, lentamente, tanto las autoridades como la ciudadanía en general, están dejando de ver a los grafiteros como vándalos o delincuentes. Quizá te habrás enterado de cómo quedó la barda del Estadio Azteca o que el Instituto Nacional

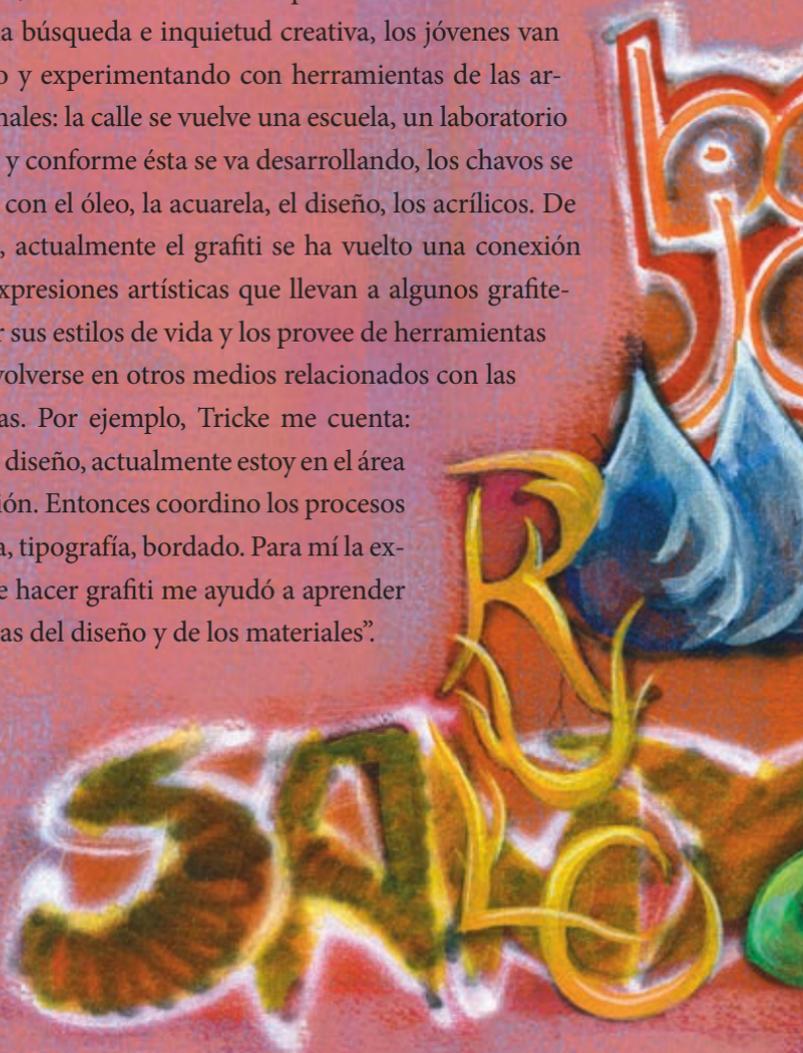
de Bellas Artes trajo a México la exposición de Jean Michel Basquiat, uno de los grafiteros más reconocidos en el mundo.

Además, los chavos grafiteros han encontrado otras formas para plasmar sus obras, pues ante el reconocimiento de su trabajo van encontrando personas que están dispuestas a ceder espacios para que realicen sus piezas con toda seguridad. La comunicación entre los grafiteros y la población en general, tanto de boca en boca, como a través de redes sociales, blogs y foros,

ha permitido que los interesados en obras, piezas y grafitis puedan llegar a acuerdos con los propios artistas. Para esto, muchos integrantes del movimiento grafitero publican y exhiben sus obras en medios electrónicos.



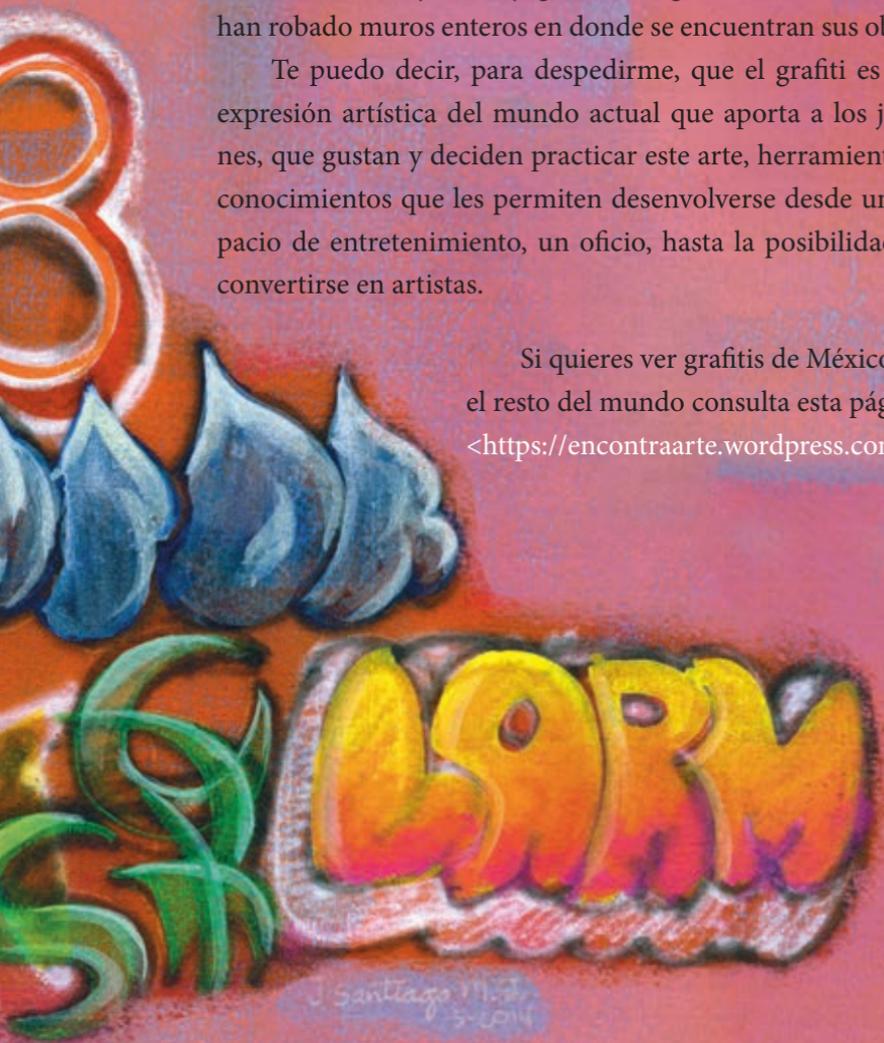
Por último, me gustaría compartirte que el mundo del grafiti no se limita sólo a las paredes. Y esto es algo con lo que me encontré en esta investigación, de la cual te he compartido los resultados. Dentro de la búsqueda e inquietud creativa, los jóvenes van adquiriendo y experimentando con herramientas de las artes tradicionales: la calle se vuelve una escuela, un laboratorio de práctica, y conforme ésta se va desarrollando, los chavos se encuentran con el óleo, la acuarela, el diseño, los acrílicos. De esa manera, actualmente el grafiti se ha vuelto una conexión con otras expresiones artísticas que llevan a algunos grafiteros a definir sus estilos de vida y los provee de herramientas para desenvolverse en otros medios relacionados con las artes gráficas. Por ejemplo, Tricke me cuenta: “Trabajo en diseño, actualmente estoy en el área de producción. Entonces coordino los procesos de serigrafía, tipografía, bordado. Para mí la experiencia de hacer grafiti me ayudó a aprender muchas cosas del diseño y de los materiales”.



En otros casos logran un reconocimiento mundial a través de su obra, como Vhils, grafitero portugués; Sanner, grafitero mexicano, y Banksy, grafitero inglés. De este último se han robado muros enteros en donde se encuentran sus obras.

Te puedo decir, para despedirme, que el grafiti es una expresión artística del mundo actual que aporta a los jóvenes, que gustan y deciden practicar este arte, herramientas y conocimientos que les permiten desenvolverse desde un espacio de entretenimiento, un oficio, hasta la posibilidad de convertirse en artistas.

Si quieres ver grafitis de México y el resto del mundo consulta esta página: <https://encontraarte.wordpress.com>.

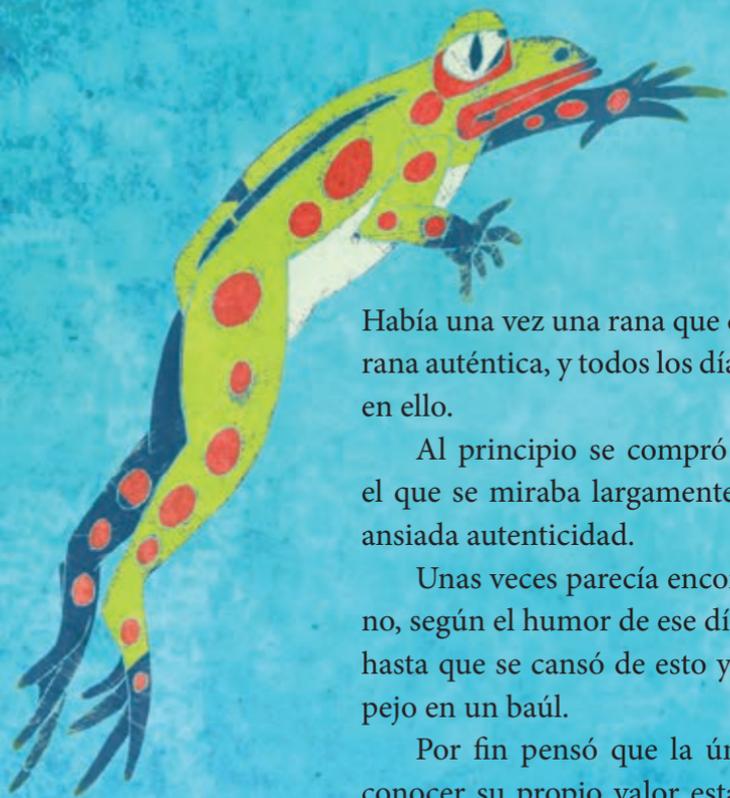


Ya conoces más sobre el arte de pintar en las paredes, ahora lee anécdotas divertidas y curiosas en *Los libros no fueron siempre así*, un texto que cambiará tu manera de ver las cosas. Encuéntralo en tu Biblioteca Escolar.

La rana que quería ser una rana auténtica

● TEXTO: Augusto Monterroso

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck



Había una vez una rana que quería ser una rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad.

Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una rana auténtica.



Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una rana auténtica, se dejó arrancar las ancas, y los otros se las comieron, y ella todavía alcanzó a oír con amargura cuando dijeron que qué buena rana, que parecía pollo.

Lee la historia de *Negríta*, una perrita negra del hocico a la cola que llega a una granja en la que los trabajadores le enseñarán varias gracias. Busca sus aventuras en la Biblioteca Escolar.

La Pobreza

● TEXTO: Versión de Antonia Barber

ILUSTRACIÓN: Richard Zela

En un país muy lejano, había una vez un hombre rico que vivía en una elegante mansión, y un hombre pobre que se cobijaba en una cabaña cercana. El hombre rico vivía muy bien, pero, en cambio, la vida de su vecino era muy dura e infeliz, ya que la Pobreza vivía con él en su cabaña.

La Pobreza solía sentarse en el borde de la chimenea, donde hacía que el fuego ardiera tan bajo y con tanto humo que la cabaña siempre estaba fría. La Pobreza se sentaba también a la mesa con el hombre pobre y respiraba sobre su comida, con lo que lo poco que tenía para comer se ponía duro y no tenía sabor alguno. Pero, lo peor de todo, era la costumbre de la Pobreza de dormir en la misma cama que el hombre pobre y su mujer, por lo que apenas podían cubrirse con una delgada manta y pasaban mucho frío durante la noche.

Hasta que una mañana al despertar, ya en primavera, la mujer vio que la tierra estaba cubierta de flores recién abiertas. “¡Nuestra vida —pensó— no sería tan miserable si la Pobreza no viviera con nosotros!”

Acto seguido, le preguntó a su marido si habría alguna posibilidad de deshacerse de la Pobreza. El hombre, preocupado ante la sugerencia de su mujer, se sentó y se puso a pensar. Entonces, se dirigió a la leñera y se llevó consigo una plancha grande de madera. A continuación, llamó a su mujer y juntos se adentraron en el bosque.



Después de caminar un buen trecho, el hombre miró atrás y vio que la Pobreza los seguía. Continuaron caminando hasta llegar a un torrente de aguas profundas. Entonces, colocó la plancha de madera para que pudiera pasar su mujer. Inmediatamente después, pasó él y retiró la plancha antes de que la Pobreza pudiera alcanzarla. Pero cuando volvió a mirar atrás, vio cómo la Pobreza había colocado un enorme tronco a modo de puente para cruzar el río y seguir así, persiguiéndolos.

El hombre sabía de la existencia de un viejo tronco de árbol hueco en medio del bosque. Cuando llegaron hasta él, dejó la plancha, cortó una rama y empezó a darle la forma de unas cuñas de madera. La Pobreza se acercó aún más para ver qué estaba haciendo.

—¡No puedo seguir viviendo con la Pobreza!
—dijo el hombre a su mujer en voz alta—. Me voy a encerrar en este tronco hueco para que no pueda alcanzarme nunca más. Tú, esposa mía, tendrás que clavar rápidamente las cuñas para sujetar la plancha, y dejar a la Pobreza fuera.

—Así lo haré, esposo mío —respondió la mujer, que enseguida se dio cuenta de que su marido estaba tendiendo una trampa.





La Pobreza no podía tolerar que el hombre se le escapara, así que en el último momento logró colarse en el interior del tronco hueco, justo en el instante que el hombre trepaba hacia arriba. Tan pronto como hubo saltado afuera, la mujer colocó la plancha en su sitio y ajustó las cuñas. Entonces, el hombre y su mujer se miraron y, por primera vez en muchos años, rieron felices.

Después de haberse deshecho de la Pobreza, la pareja regresó a casa cogida de la mano. Parecía que la suerte les empezaba a sonreír, pues por el camino se encontraron un saquito con unas monedas de oro.

La casa del matrimonio no tardó en convertirse en un lugar bien distinto. El fuego de la chimenea ardía con fuerza y la comida estaba mucho más sabrosa. Y al no estar la Pobreza en la cama podían calentarse el uno al otro y dormir plácidamente durante toda la noche. Las plantas del huerto florecieron y la cosecha fue suficiente como para poder venderla en el mercado. Las gallinas empezaron a dar más huevos y pronto reunieron el dinero para poderse comprar un cerdo.

La mujer cantaba mientras barría la casa. Al haberse librado de la Pobreza, nada les impedía ya disfrutar de la vida.

Pero el hombre estaba todavía temeroso de que la Pobreza pudiese escaparse del tronco hueco y viniese a atormentarlos de nuevo. Por ello, todas las semanas iba al lugar donde se encontraba el árbol para asegurarse de que las cuñas seguían en su sitio. Y si por casualidad las veía un poco flojas, las ajustaba de nuevo.



El hombre rico no tardó en darse cuenta de cómo había prosperado su vecino más pobre.

“Habrá encontrado un tesoro —pensó—, y por eso vuelve todas las semanas al bosque, para recoger un poco más de oro del lugar donde lo tiene guardado”.

Convencido de sus sospechas, decidió ir tras él la siguiente ocasión en que se adentrara en el bosque.

Espiándolo por entre los arbustos, el hombre rico vio cómo su vecino afianzaba con un martillo las cuñas.

“¡Ajá! —exclamó para sus adentros—. ¡Así que es ahí donde guardas tu tesoro!”. Y es que, aunque era ya muy rico, siempre quería acumular más y más riquezas. Así que, tan pronto como se fue su vecino, soltó rápidamente las cuñas para ver qué había escondido en el hueco del árbol... ¡Y justamente en ese momento salió la Pobreza!

Estaba tan contenta de haber quedado en libertad, que decidió seguir al hombre rico hasta su casa, y desde ese día se quedó a vivir en ella. Y es que los ricos no están preparados para luchar contra la Pobreza. Para mantenerla alejada hace falta cariño y delicadeza, y a veces un poco de astucia.



Conoce más historias de Europa Oriental en *Cuentos de la vieja Rusia*, cuatro famosísimos clásicos de tres escritores rusos del siglo XIX, que nos muestran la hermosura de la narrativa breve. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

A stylized illustration in white and red lines on a light blue background. It depicts a person's face in profile, looking upwards with an open mouth as if singing. A hand is raised near the face, and another hand is visible in the lower right corner, also raised. The style is graphic and expressive.

Instrucciones para cantar

• TEXTO: Julio Cortázar

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Empiece por romper los espejos de su casa, deje caer los brazos, mire vagamente la pared, olvídense. Cante una sola nota, escuche por dentro. Si oye (pero esto ocurrirá mucho después) algo como un paisaje sumido en el miedo, con hogueras entre las piedras, con siluetas semidesnudas en cuclillas, creo que estará bien encaminado, y lo mismo si oye un río por donde bajan barcas pintadas de amarillo y negro, si oye un sabor de pan, un tacto de dedos, una sombra de caballo.

Después compre solfeos y un frac, y por favor no cante por la nariz y deje en paz a Schumann.



Para conocer otros textos que nos hacen encontrar lo extraordinario en los pequeños detalles de cada día, lee *Diario de un niño en el mundo*, de Miguel Ángel Moncada, en tu Biblioteca Escolar.

Canción del pirata

● TEXTO: José de Espronceda

ILUSTRACIÓN: Richard Zela

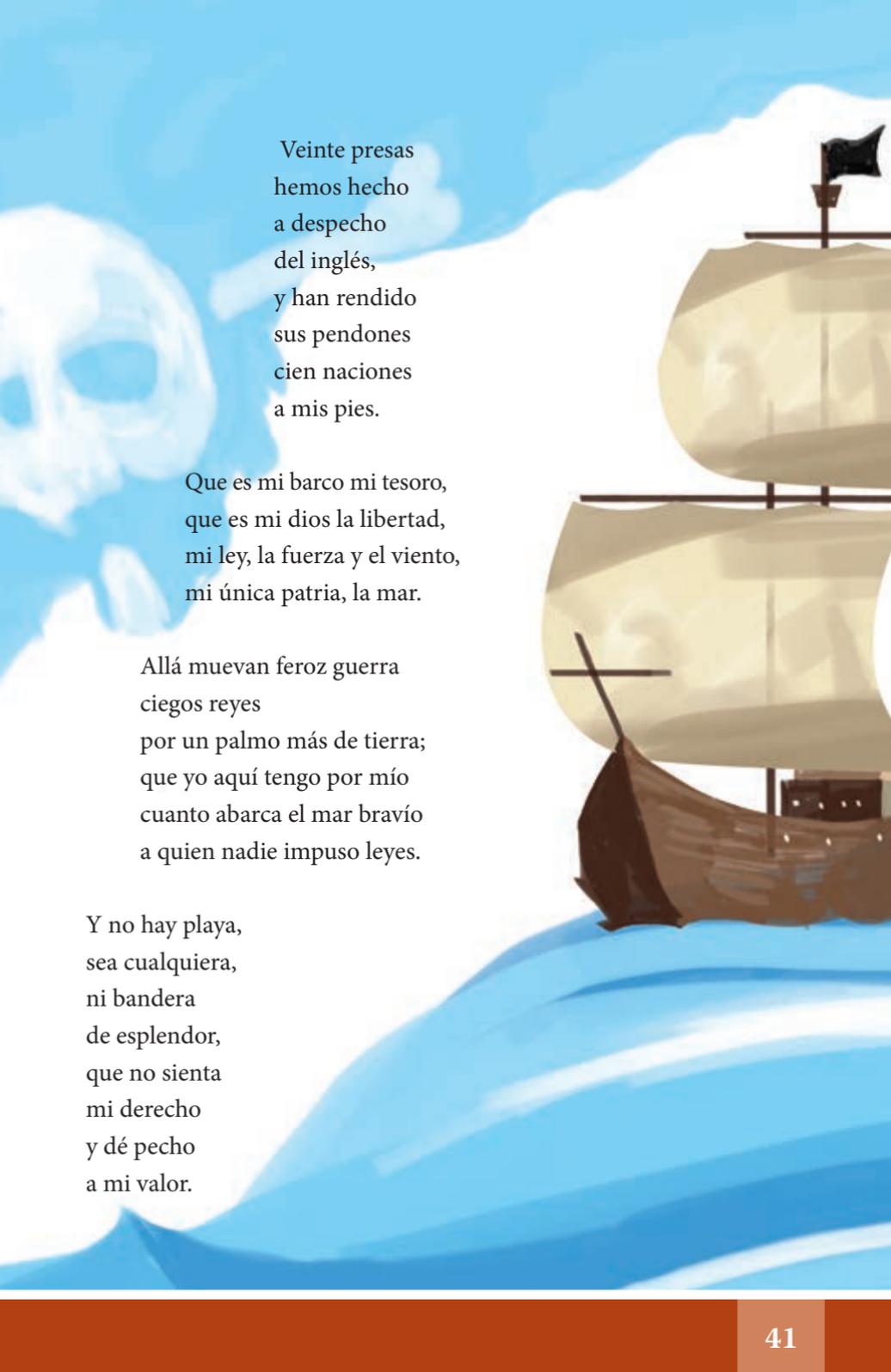
Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.

Bajel pirata que llaman
por su bravura, el Temido,
en todo el mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul.

Navega, velero mío,
sin temor,
que mi enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.





Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo aquí tengo por mío
cuanto abarca el mar bravío
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria, la mar.

A la voz de “¡barco viene!”
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo a escapar.
Que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual.
Sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria, la mar.

Sentenciado estoy a muerte.
Yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna antena,
quizá, en su propio navío.

Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo sacudí.



Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Lee *El pirata de la pata de palo* y conoce al capitán Natali3n Malapata, quien tuvo un gato como 3nica compa3a durante siete a3os, tres meses y 14 d3as en una diminuta isla. Busca esta historia en tu Biblioteca de Aula.





No era el único Noé

● TEXTO: Magolo Cárdenas / ILUSTRACIÓN: Richard Zela

Uno

El viejo Itzá estaba en el cafetal recolectando los granos entre la hierba húmeda y los insectos como era su costumbre. Sin embargo, aquella mañana no era como otras y muchos signos así lo presagiaban.

Al amanecer, el viejo había descubierto a los monos mirando fijamente hacia el cielo.

—¿Y a ustedes qué les pasa hoy? —les preguntó—. ¿Por qué están tan quietos?

Los monos no se inmutaron. Luego observó que las columnas de hormigas chocaban unas con otras para deshacerse en marañas desordenadas y sin rumbo.

—No se amontonen —les dijo.

Con sus manos toscas de labrador, trató de ayudarlas a volver por su cauce.

Él mismo, que había sido testigo de las guerras sangrientas entre las tribus, ahora se sentía turbado.

—¿Qué me pasa? —se preguntó y, como si alguien le ayudara a encontrar la respuesta, pensó: “Creo que volveré a oír la poderosa voz de El que Todo lo Sabe”. Ya hacía muchos años que no la escuchaba. Antes, cuando las tribus le hacían caso, había hablado por Él. Ahora, en cambio, las tribus se combatían unas a otras y ya nadie tenía tiempo de escuchar los discursos del viejo. Quizá por eso hacía ya tanto tiempo que Itzá no sabía nada de El que Todo lo Sabe.

Lo esperó pacientemente hasta el atardecer mientras que escogía el café, picoteando como gallina con sus largas manos huesudas.





Estaba por caer el sol, cuando un fuerte viento removió las hojas de las palmeras despeinándolas. Los pericos y las guacamayas brincaban agitadamente de rama en rama. Itzá tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerse firmemente sobre sus piernas. Su pelo se movía agitándose como el ala de una mariposa.

El abuelo supo entonces que se aproximaba el momento y volvió los ojos hacia lo alto. El cielo se había abierto como un claro cono de luz hacia el infinito. Luego, el viento se calmó, la selva guardó silencio y todo quedó en reposo.

Entonces escuchó el viejo Itzá la poderosa voz que lo llamaba, una voz que era más fuerte que el atronador ruido del volcán cuando estalla, y que el retumbar de todos los tambores de guerra de las tribus.

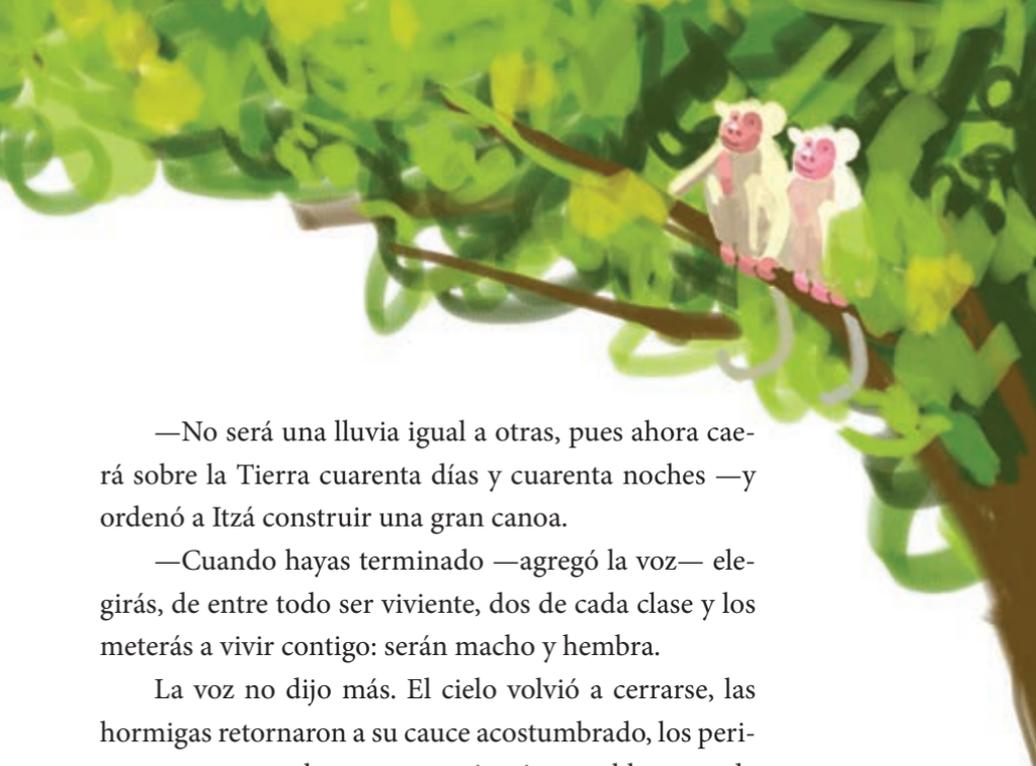
—Itzá —dijo la voz—. Quiero hablar contigo.

—¿Y qué quieres ahora? —preguntó él, como si se dirigiera a un antiguo amigo—. Tú sabes que ya a nadie le interesan tus palabras.

—Ahora sólo quiero hablar contigo —agregó la voz—. Grandes trastornos se avecinan. Dentro de siete días voy a hacer llover.

“¿Y qué hay de nuevo en eso?” pensaba Itzá, cuando la voz interrumpió sus pensamientos.





—No será una lluvia igual a otras, pues ahora caerá sobre la Tierra cuarenta días y cuarenta noches —y ordenó a Itzá construir una gran canoa.

—Cuando hayas terminado —agregó la voz— elegirás, de entre todo ser viviente, dos de cada clase y los meterás a vivir contigo: serán macho y hembra.

La voz no dijo más. El cielo volvió a cerrarse, las hormigas retornaron a su cauce acostumbrado, los pericos a sus ramas y los monos a mirar incansablemente de un punto hacia otro, siempre agitados.

Itzá regresó a su casa caminando entre la selva, un poco enfadado.

“Es una extraña orden —pensó—. Es que Él ya es muy viejo y a los viejos se les ocurren locuras”.

Dos

A la mañana siguiente Itzá subió a la montaña. Dibujó un círculo en la tierra y en medio encendió el fuego.

Desde muy temprano, la familia lo había visto ir y venir, atareado, sin entender en qué se ocupaba, pues Itzá no hablaba con nadie. Había juntado unas hojas de palmera frente a su choza, desempolvado las bateas y molido en ellas hierbas de olor con las que se había untado los párpados. Había sacado su antigua vestimenta de plumas y, por último, con manos temblorosas se había colgado el collar de garras de águila que solía usar cuando se dirigía a los pueblos. Su mujer lo miraba con el rabillo del ojo. Estaba preocupada. ¿No estaría cifrado sobre su marido un funesto augurio? ¿Le habría hecho alguna de esas hierbas que al viejo le gustaba mascar cuando andaba en la selva? Con tantos años encima, ¿no estaría volviéndose loco?

Sin hacer caso de la preocupación de su esposa, cuando hubo terminado de arreglarse, Itzá inició el ascenso hacia la cima.

—Quiero ver a la familia reunida conmigo al atardecer —había dicho a su mujer antes de partir. Ella se había alzado de hombros, pues no pensaba esforzarse más por entenderlo y había obedecido sus órdenes.

Sus hijos y las esposas de sus hijos habían suspendido sus labores y cuchicheado como mosquitos durante un rato. ¿Estaría perdiendo la razón el abuelo?

Cuando volvieron a verlo, Itzá estaba sentado en medio del círculo, frente a la hoguera encendida. Se había pintado los hombros y la cara de rojo vivo. Las palmas de las manos eran grises, untadas de tizne y lodo, así que parecía un pajarraco.



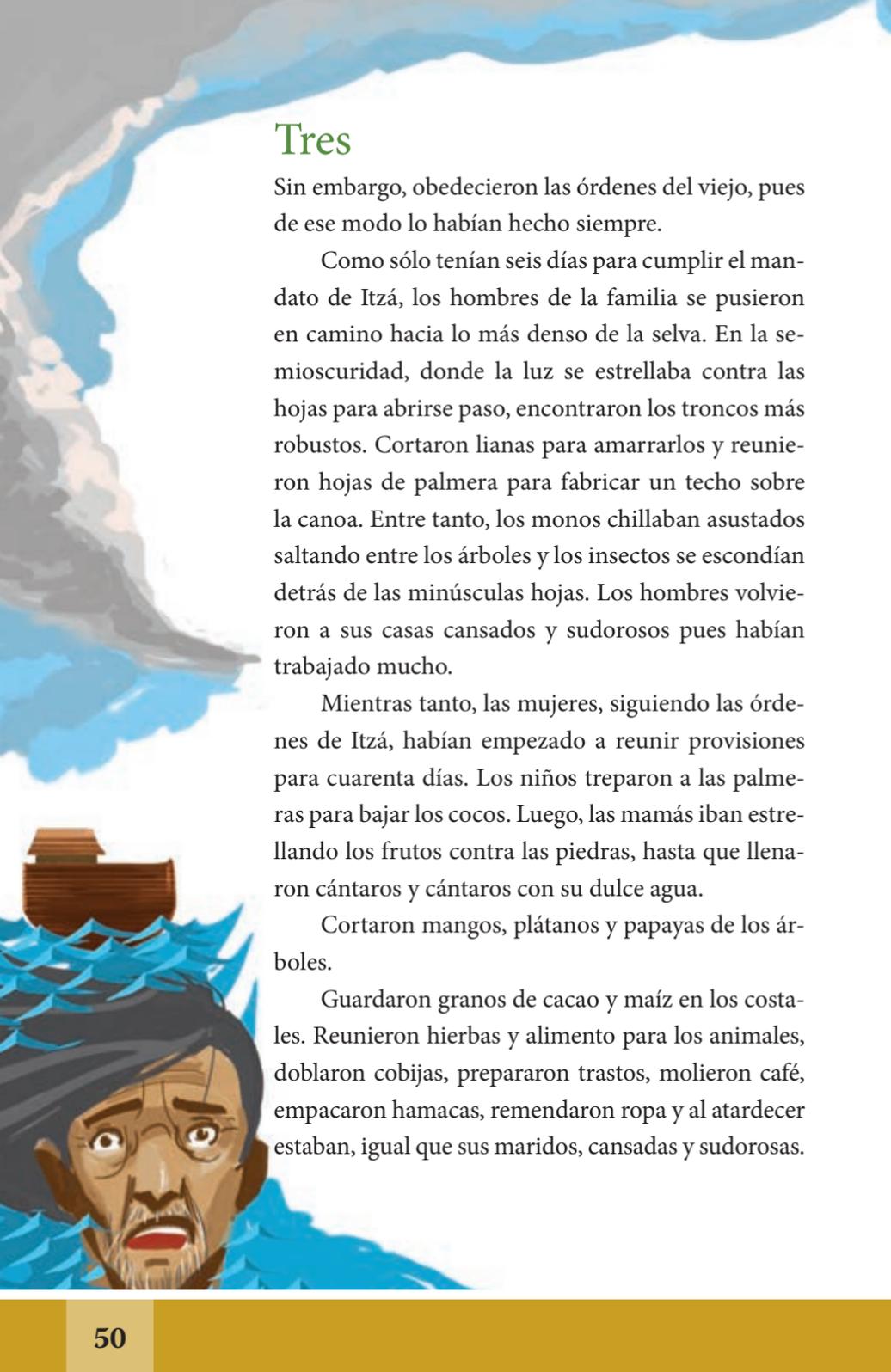
Cuando se reunió toda la familia, Itzá les pidió que lo ayudaran a construir, en la cumbre de la montaña, la gran canoa.

—Debe medir 150 codos, tendrá una puerta grande en un costado y por dentro varios pisos —ordenó, mientras gesticulaba y hacía extraordinarios ademanes, pues estaba hablando por El que Todo lo Sabe.

Con una vara, el abuelo fue trazando en la tierra lo que antes había dibujado sólo en el aire. La gran canoa iba cobrando forma en el suelo húmedo y la familia la miraba nacer como si desde un sueño echara anclas.

Itzá se iba llenando de entusiasmo mientras que sus hijos, las esposas de sus hijos y sus nietos lo miraban extrañados. La que les pedía el abuelo que construyeran era una absurda canoa, tan grande como nunca se había visto antes, así que también se dijeron que Itzá ya era muy viejo y que a los viejos se les ocurren locuras.



The illustration features a man with a dark beard and hair, looking upwards with a concerned expression. He is wearing a blue garment. Above him, a wooden boat is shown floating on a blue, wavy surface. The background is a mix of light blue and white, suggesting a sky or water scene. The overall style is that of a children's book illustration.

Tres

Sin embargo, obedecieron las órdenes del viejo, pues de ese modo lo habían hecho siempre.

Como sólo tenían seis días para cumplir el mandato de Itzá, los hombres de la familia se pusieron en camino hacia lo más denso de la selva. En la semioscuridad, donde la luz se estrellaba contra las hojas para abrirse paso, encontraron los troncos más robustos. Cortaron lianas para amarrarlos y reunieron hojas de palmera para fabricar un techo sobre la canoa. Entre tanto, los monos chillaban asustados saltando entre los árboles y los insectos se escondían detrás de las minúsculas hojas. Los hombres volvieron a sus casas cansados y sudorosos pues habían trabajado mucho.

Mientras tanto, las mujeres, siguiendo las órdenes de Itzá, habían empezado a reunir provisiones para cuarenta días. Los niños treparon a las palmeras para bajar los cocos. Luego, las mamás iban estrellando los frutos contra las piedras, hasta que llenaron cántaros y cántaros con su dulce agua.

Cortaron mangos, plátanos y papayas de los árboles.

Guardaron granos de cacao y maíz en los costales. Reunieron hierbas y alimento para los animales, doblaron cobijas, prepararon trastos, molieron café, empacaron hamacas, remendaron ropa y al atardecer estaban, igual que sus maridos, cansadas y sudorosas.



Con los días, la canoa fue creciendo y cobrando forma. Tuvo primero un esqueleto hecho de troncos colosales, y poco a poco los hombres fueron vistiéndola con palos más delgados y flexibles hasta cubrirla toda. Las mujeres, mientras tanto, trenzaban las lianas para amarrar los troncos que luego calafateaban con resina. El sexto día estuvo lista. Todos la miraron asombrados. Aquella enorme construcción descansaba sobre la montaña como un gigante dormido.

“A los viejos se les ocurren locuras”, volvieron a pensar los hijos y las esposas de los hijos, mientras contemplaban el trabajo terminado.

Por la noche, antes de caer agotados en sus hamacas, una sola duda asaltó las mentes de todos: ¿para qué quería el abuelo aquella gran canoa? Itzá, en cambio, durmió mansamente pues comprendía que era inútil esforzarse por encontrarle una explicación a lo inexorable.

Cuatro

El séptimo día el cielo se ensombreció con nubes de tormenta.

El abuelo supo que había llegado el momento y sobre la roca más alta, junto a la canoa, alzó su báculo. El viento sopló fuertemente haciendo flotar su pelo y su barba. Itzá, que conocía el lenguaje de los animales, los llamó.

—Así lo ordena El que Todo lo Sabe —les dijo. El primer rayo iluminó el cielo.

Hacia lo alto, la familia miraba incrédula los ademanes del abuelo. Aleteaba como un águila y parecía que de un momento a otro levantaría el vuelo.

Entonces, de entre los árboles, empezaron a aparecer los animales en parejas. Un aire de dulzura iluminó el rostro del viejo. Sus hijos y las esposas de sus hijos contemplaban maravillados el espectáculo.

De las montañas bajaron los pumas, las vicuñas y las panteras. De las nubes, los cóndores y las águilas reales. De la selva, las boas y los cocodrilos, los monos pequeños que se llaman tití, los monos araña y los ocelotes. También vinieron las aves: los tucanes, los quetzales y los colibríes. De los pantanos, las ranas y las iguanas.





Itzá les ordenó subir a la gran canoa. Cuando entró el último de los nietos, Itzá cerró la pesada puerta de la embarcación. Luego, se dirigió hacia la choza que habían construido en la parte superior de la canoa. Se sentó frente a la ventana. Hablaba consigo mismo, balbuceando algunas incomprensibles palabras, mientras que la familia se acomodaba a su alrededor.

Sumisamente esperaban que les diera una nueva orden. Los nietos pensaron entonces:

“¡Esto sí que es extraño! Y ahora, ¿qué haremos aquí encerrados con tantos animales? Nuestros padres ya están viejos y a los viejos se les ocurren locuras”.

En eso se escuchó la primera gota de lluvia caer sobre el techo de palma.

—Ya empieza —dijo el abuelo en voz baja y volvió a guardar silencio.



Cinco

Entonces comenzó a llover, a llover y a llover. Sin cesar un solo instante. Al amanecer y al atardecer. Con luna llena y sin ella. Con viento, con rayos, con truenos.

Gotas descomunales, gotitas pequeñas. Finas, flacas, gordas, largas. Gotas, gotas, gotas.

Los campos se fueron anegando hasta inundarse. Las gotas se volvieron charcos, los charcos, estanques. Los ríos se salieron de su cauce y se juntaron con las lagunas, y éstas crecieron y crecieron hasta que todo quedó convertido en un infinito océano.

Como si despertara de un sueño, la gran canoa empezó a bambolearse fatigosamente. Igual que un gigante al desperezarse, crujía con hondos bostezos. Se estiraba chirriando de un lado a otro. Se meneaba con lentitud. De pronto se enderezó sobre las aguas y flotó graciosamente. Entonces los vientos y la lluvia la hicieron navegar sin rumbo fijo.

Los días empezaron a transcurrir ligeros como las gotas de agua. Adentro de la canoa había mucho trabajo, mucho ruido y movimiento. Nadie tenía tiempo para aburrirse. Itzá y su familia estaban muy ocupados alimentando y bañando a los animales, recibiendo cachorros de algunos de ellos, curando a los enfermos, calmando a los inquietos, despertando a los dormilones, apaciguando a los peleoneros.

Los nietos se ocupaban de las aves, las mujeres de los insectos y los hombres de los animales mayores. Itzá coordinaba los trabajos. Debía ser médico, mamá, abuelo, partero, árbitro. Tenía que consentir, curar, regañar, clamar, ayudar, así que tenía mucho que hacer.

Seis

Un buen día, en la canoa retumbó la voz del abuelo.

—¡Silencio! —ordenó.

—¡Shhht! —dijeron todos al tiempo que señalaban con sus dedos índice sobre la boca.

Los animales comprendieron el mensaje, así que por primera vez en cuarenta días en la canoa hubo paz.

—Creo que ya no llueve —dijo el abuelo, y sacó su mano por una de las ventanas.

Itzá guardó silencio. Aquel momento pareció infinito. El viejo miraba expectante de un lado a otro mientras sostenía su brazo alargado. La familia y los animales esperaron ansiosamente sus palabras.

—¡Ya no llueve! ¡Se acabó! —gritó el abuelo.

—¡Bravo! —corearon todos, mientras que los animales mugían, croaban, piaban. Entonces el abuelo vio por la ventana.

“Sólo quedamos nosotros”, pensó con tristeza, mientras contemplaba a su alrededor el inmenso mar.

En ese momento, de frente y a la distancia, creyó distinguir algo. Se talló incrédulamente los ojos y volvió a mirar aquel objeto pequeñísimo que poco a poco parecía hacerse más grande.

“Quizá sea una ballena”, pensó Itzá. Pero no, no podía ser. Era algo mucho más grande. El abuelo llamó entonces a uno de sus hijos para que lo ayudara a mirar.



Siete

Entre los dos comprobaron que lo que se aproximaba era otra gran canoa, muy parecida a la de Itzá, que poco a poco se fue acercando hasta quedar junto a la del abuelo.

Los hijos y las esposas de los hijos, los nietos y los animales se amontonaron a empellones para asomarse por las ventanas.

Durante un instante, todo quedó en reposo. No se oyó volar ni una mosca tse-tse.

El ruido de una ola al chocar contra los maderos de la gran canoa interrumpió el silencio. Entonces se escuchó el chirrido de una ventana al abrirse.

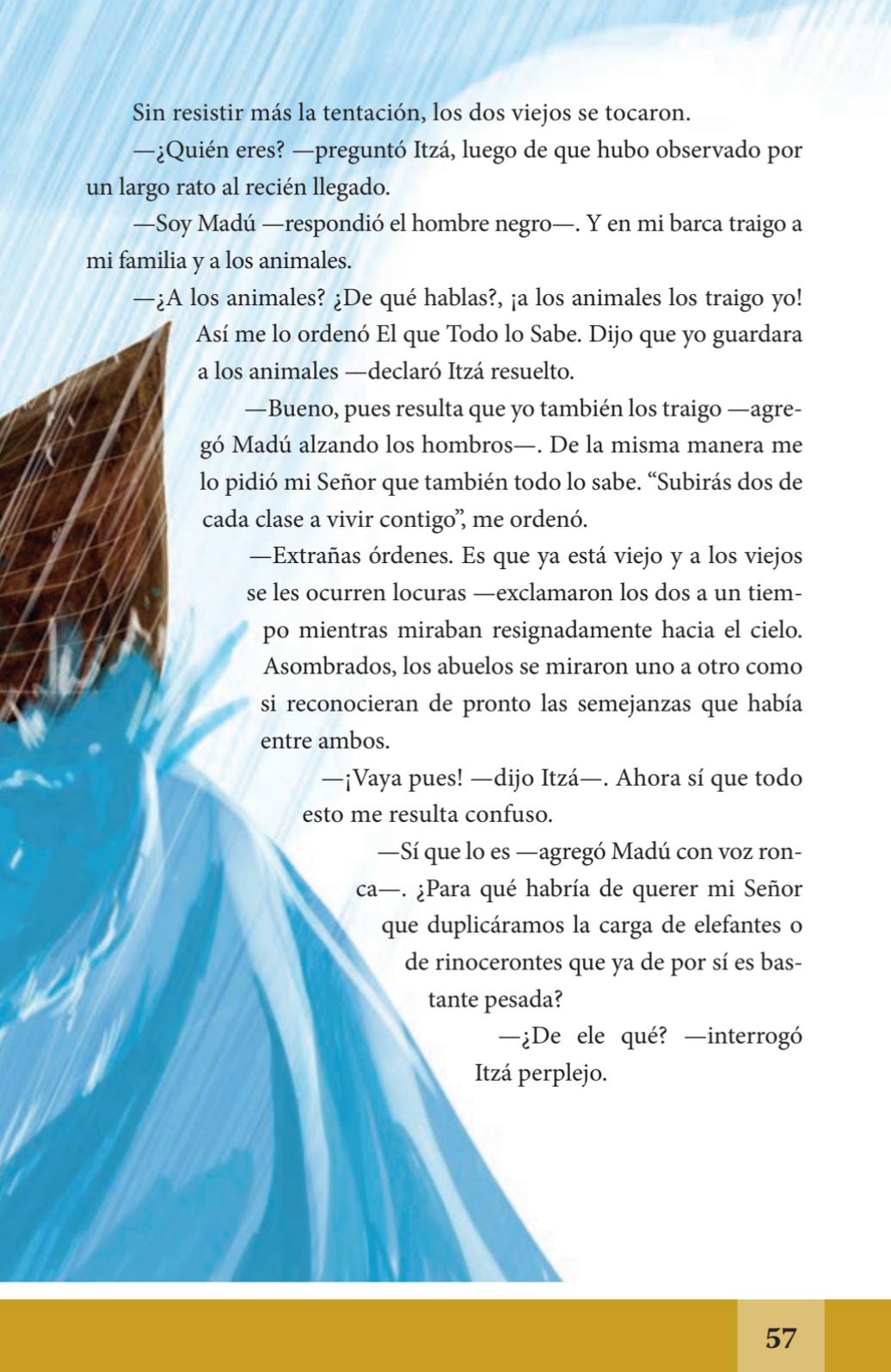
Un hombre grande, muy gordo, se asomó por ella. Pujaba para sostener su enorme barriga sobre el marco de la ventana. Itzá pensó que parecía haberse pintado la piel con tizne, pues era oscuro como una pantera y tenía el pelo rizado y canoso. Se trataba de otro viejo. Durante un largo rato nadie se atrevió a pronunciar palabra.

Resoplando y haciendo muecas de impaciencia, el hombre oscuro salió a la cubierta de su barco para acercarse lo más posible a Itzá. Los viejos se miraron con recelo, como los animales cuando aprenden a reconocerse.

—Y tú, ¿por qué estás tan descolorido? —preguntó bruscamente el hombre negro.

—Así soy —respondió Itzá mirándose la piel de los brazos, desconcertado—. Y tú, ¿por qué estás pintado con tizne? —se atrevió a preguntar.

—No estoy pintado con tizne. Así soy —respondió el hombre soltando una sonrisa bonachona y amable que hizo a Itzá sentirse en confianza.



Sin resistir más la tentación, los dos viejos se tocaron.

—¿Quién eres? —preguntó Itzá, luego de que hubo observado por un largo rato al recién llegado.

—Soy Madú —respondió el hombre negro—. Y en mi barca traigo a mi familia y a los animales.

—¿A los animales? ¿De qué hablas?, ¡a los animales los traigo yo! Así me lo ordenó El que Todo lo Sabe. Dijo que yo guardara a los animales —declaró Itzá resuelto.

—Bueno, pues resulta que yo también los traigo —agregó Madú alzando los hombros—. De la misma manera me lo pidió mi Señor que también todo lo sabe. “Subirás dos de cada clase a vivir contigo”, me ordenó.

—Extrañas órdenes. Es que ya está viejo y a los viejos se les ocurren locuras —exclamaron los dos a un tiempo mientras miraban resignadamente hacia el cielo. Asombrados, los abuelos se miraron uno a otro como si reconocieran de pronto las semejanzas que había entre ambos.

—¡Vaya pues! —dijo Itzá—. Ahora sí que todo esto me resulta confuso.

—Sí que lo es —agregó Madú con voz ronca—. ¿Para qué habría de querer mi Señor que duplicáramos la carga de elefantes o de rinocerontes que ya de por sí es bastante pesada?

—¿De ele qué? —interrogó Itzá perplejo.

—¡Elefantes! ¿Qué tú no traes elefantes? No pudiste haberlos olvidado. Es difícil echar en saco roto a un elefante.

—No creo haber olvidado a ningún animal —declaró Itzá, mientras hacía en su mente el recuento de su zoológico.

—¿Cómo son esos elefantes? Quizá yo los conozco por otro nombre...

—Los de la trompa larga —describió Madú, haciendo torpes ademanes de elefante.

—¡Ah!, ¿los que comen hormigas? —dijo Itzá.

—¡No hombre!, qué hormigas van a comer. Jamás llenarían sus corpachones de hormigas. Si son como montañas con patas.

—Como montañas y con trompa larga... —reflexionó Itzá.

—Pues no. Nunca los he visto.

—¿Has visto a los rinocerontes? —consultó Madú.

—A los rinocerontes..., a los rinocerontes —cavilaba Itzá.

—¿Son unos chiquitos parecidos a escarabajos?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Madú, prorrumpiendo en carcajadas—. ¿Los rinocerontes chiquitos?, ¡qué ocurrencia!

—¡Pues tampoco traigo en mi barca rinocerontes! —dijo Itzá, que empezaba a sentirse molesto por la risa de su compañero—. Yo traigo vicuñas, panteras...

—¿Traes qué? —inquirió Madú.

—Vicuñas, panteras, armadillos —enumeró Itzá orgulloso—. ¿Los conoces?

—Pues no. No los conozco —declaró Madú, mientras en su rostro se desdibujaba la sonrisa.

—¡Ahora entiendo! —gritó Itzá—. Tú traes animales distintos de los míos. Traes los que hay por tu tierra. ¿Puedo subir a tu barca para conocerlos?

—¡Por supuesto! —exclamó Madú entusiasmado—. Ven ahora mismo.



Ocho

A partir de ese momento, Madú e Itzá empezaron a hablarse como si fueran dos viejos amigos.

Con cierto sobresalto, Itzá conoció a los leones. Se sorprendió ante los elefantes como si hubiera entrado a un sueño de seres gigantescos, pues todo en la barca de Madú parecía tener grandes dimensiones: el dueño y los animales.

—Tienen trompa de víbora —pensó Itzá de los elefantes.

—Orejas de hoja de la selva y piel de roca.

Las jirafas le provocaron tanta felicidad que empezó a reír con la alegría de un pájaro. Con los avestruces hizo amistad enseguida. Descubrió maravillado a las cebras y la cornamenta de los antílopes. Acarició conmovido a los camellos que, según le explicó Madú, habían tenido que traer de los desiertos cercanos a la región donde él vivía, de donde habían traído también fabulosos reptiles, escorpiones, tortugas y tarántulas.



Madú iba hablándole de las costumbres de sus animales, de sus hábitos y su alimentación. Itzá supo entonces que el pangolín llora, que los camellos pueden cerrar sus orificios nasales para protegerse del viento arenoso, que el topo dorado no tiene orejas y sabe nadar en la arena para huir del calor, que las moscas tse-tse transmiten parásitos que producen sueño.

Esa noche Itzá reunió a su familia para hablarles de las maravillas que había visto. Estaba muy emocionado. Gesticulaba y hacía visajes imposibles para explicar la naturaleza de los seres que había conocido. Sintió que perdía la paciencia pues no tenía palabras suficientes para describirlos, así que, como el pangolín, lloró. Como la jirafa, estiró el cuello; como el reptil, se arrastró por el suelo, y como el camello, abrió los ojos con tristeza.

—Mañana, después de que Madú conozca nuestros animales, le pediré que nos deje ir a su barca. Los verán con sus propios ojos —dijo a la familia cuando sintió que no podía explicar más y apaciblemente se fue quedando dormido.

Esa noche, en la barca de Itzá cada uno soñó con los animales de Madú a su modo, confundiendo las explicaciones. Las jirafas tuvieron trompa; los camellos, cuello largo, y los rinocerontes, rayas blancas y negras.

Nueve

Al día siguiente, con el mismo asombro, Madú descubrió la fauna de Itzá. Infatigablemente preguntaba sobre los hábitos y costumbres de los animales.

Los abuelos estaban absortos en su plática cuando escucharon el estruendo sordo, similar al que hubiera producido un objeto grande y pesado al chocar contra la barca de Itzá.





—¿Qué fue eso? —preguntó Madú.

—No lo sé —respondió Itzá confuso. Nunca antes lo había escuchado. La familia de Itzá, que había sentido el golpe, guardó silencio. Los animales notaron el asombro de los humanos y se quedaron inmóviles.

¿De dónde provenía aquel ruido? Durante un largo rato los abuelos se miraron en silencio. Luego subieron escaleras arriba para encontrarse con una gran sorpresa.

Ante ellos estaba ahora otra barca parecida a la suya, pues también tenía casa encima y el mismo tamaño. Sin embargo, en algo era diferente. La habían construido con un material raro que producía un resplandor tan fuerte que Madú e Itzá tuvieron que entrecerrar los ojos para acostumbrarse al brillo.

Los dos viejos se acercaron sigilosamente a la embarcación luminosa para tocarla. Aquel material blanco y duro al que recorrían hilos transparentes, quemaba como el fuego.

Asustados, los abuelos se retiraron de la barca. De pronto, dentro de ella, a través de los hilos transparentes, creyeron percibir el movimiento de un ser blanco y grande. Luego otro y otro más. Aquel mundo brillante y cerrado parecía estar habitado por sombras.

Diez

Los abuelos contemplaban atónitos la canoa de cristal, cuando por una de sus ventanas asomó un singular hombrecito amarillo. Como un insecto desde su minúsculo rincón, el recién llegado observaba extasiado la grandeza del mar infinito y las barcas vecinas. Al encontrar su mirada con la de los abuelos, sonrió. Sus ojos se volvieron pequeñas líneas oscuras que miraban con alegría el mundo.

Dando pequeños pasitos de chapulín, casi saltando, el hombrecito se fue acercando hasta la orilla de su embarcación para mirar más de cerca a sus compañeros.

—¿Y tú quién eres? —interrogó Madú nervioso.

—Me llamo Eke —respondió el hombrecito mientras inclinaba cortésmente la cabeza—. A sus órdenes.

El rostro de Eke estaba surcado por muchas arrugas y casi no tenía pelo. También era viejo y debía ser abuelo.

—¿De dónde vienes? —consultó Itzá, sintiéndose cada vez más confiado.

—De la región de los hielos —contestó Eke—. Mi familia, los animales y yo venimos en esta barca que ordenó construir mi Señor, El que Todo lo Sabe.

—Así que a ti también te pidió lo mismo tu Señor. Así que no sólo fuimos nosotros dos —dijo Madú con un gesto de sorpresa.

—¿También ustedes recibieron ese mandato? —preguntó extrañado Eke.

—También..., también... —respondió Madú, y habló de la historia de su barca y la de Itzá, de las órdenes que habían recibido cada uno por su parte y de los animales que traían.

Eke asentía con la cabeza constantemente y sonreía como si en su interior estuviera hablando con su Señor, como si se diera cuenta de que todo aquello no era más que la prueba de que, tal





como Eke pensaba, Él ya estaba viejo y a los viejos se les ocurren locuras.

—¿Y de qué construiste tu barca?

—preguntó Itzá, una vez que Madú hubo terminado con su explicación.

—De grandes bloques de hielo de los que hay en mi región —replicó Eke—. Las tuyas están hechas de troncos, pero allá donde yo vivo es muy difícil encontrarlos. ¿Que ustedes no conocían el hielo?

—Nunca lo habíamos visto —dijo Itzá—. ¿De qué está hecho?

—Pero si no es más que agua endurecida. Cuando hace mucho frío el agua se vuelve hielo —explicó Eke.

—Con razón —concluyó Itzá—. Como en mi tierra nunca hace mucho frío.

—¿Y ahí dentro traes a tus animales? —consultó Madú, que empezaba a perder la calma.

—Sí.

—¿Podemos conocerlos ahora mismo?

—Con sumo gusto —respondió Eke con elegancia, mientras volvía a asentir muchas veces con la cabeza.

—Mi barca es la suya.



Once

Lo mismo que por fuera, la barca de Eke era blanca por dentro. Blanca y helada. Eke y los animales estaban muy bien cubiertos con gruesas pieles. A Itzá y Madú, en cambio, les castañeaban los dientes. La esposa de Eke, chiquita y sonriente como su marido, les prestó abrigos. Ese día Madú e Itzá conocieron a los pingüinos.

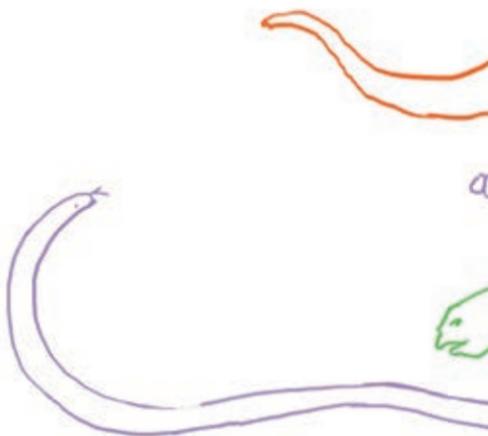
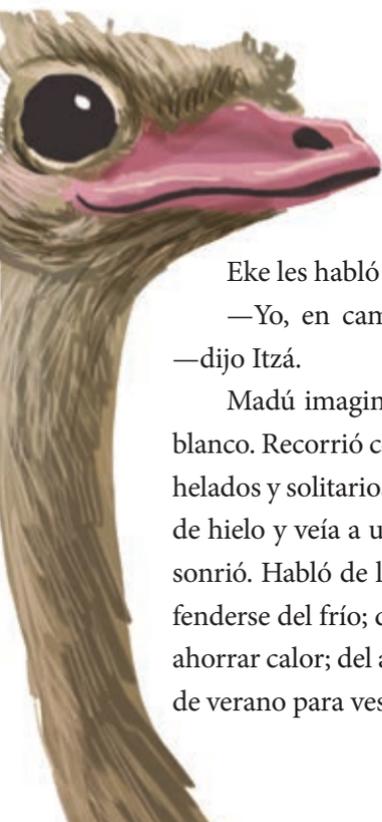
—Mis pájaros bobos —los llamó Eke, mientras acariciaba su gruesa piel y los pingüinos agachaban la cabeza.

Los abuelos se sorprendieron ante las focas, animales echados perpetuamente. Tocarón los bigotes de la morsa y se extasiaron con los osos blancos y los toros almizcleros.

Eke les habló por primera vez de la nieve.

—Yo, en cambio, vengo de un lugar donde todo es verde —dijo Itzá.

Madú imaginó silencioso las grandes extensiones de terreno blanco. Recorrió con su vista, como un águila en vuelo, los paisajes helados y solitarios. Se figuró que trepaba a las montañas brillantes de hielo y veía a una familia de osos polares. Madú tuvo frío. Eke sonrió. Habló de las cuevas que sus animales construían para defenderse del frío; de la liebre ártica que tiene orejas pequeñas para ahorrar calor; del armiño y el zorro que cambian el color de su piel de verano para vestirse de blanco como el paisaje en invierno.





Doce

Ya era el atardecer. Los tres abuelos se despedían en la cubierta del barco de Itzá para irse a pasar la noche cada uno con su familia, cuando vieron venir a lo lejos una barca más. Sobre las olas, rítmicamente, se alzaba aquella embarcación construida con brillantes y hermosos maderos.

En la cubierta del barco, un viejo de largas barbas blancas se sostenía con una mano de un madero, mientras que, con la otra, se cubría del sol tratando de mirar a la distancia. Un letrero sobre la proa del barco anunciaba orgullosamente: “Arca de Noé”.

Al acercarse a la embarcación de Itzá, el viejo de barbas blancas suspiró consternado.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo—.
Mi Señor...

—Que Todo lo Sabe —corearon a un tiempo Madú, Itzá y Eke—, me ordenó construir una barca...

—¿Y ustedes cómo lo saben?
—interrumpió el viejo.

—Porque lo mismo nos ordenaron nuestros Señores —respondió Madú alzando los hombros con un gesto de impaciencia.



—Pero el mío no me dijo que me encontraría con ustedes —replica el viejo—. Yo tengo escritas sus palabras. Las escribí inmediatamente después de hablar con Él y les aseguro que a ustedes no los mencionó.

—Aunque no lo hayamos escrito, tampoco nosotros sabíamos nada de esto —dijo Itzá en tono tranquilizador, y agregó—, ¿quién eres tú?

—Me llamo Noé —dijo el viejo—. ¿Y ustedes también traen a su familia y a los animales en sus arcas?

—También —dijo Madú que, cansado, empezaba a pararse en un pie y otro con inquietud.

—¡Vaya pues! Esto tendré que escribirlo algún día —suspiró Noé.

—¿Y para qué lo escribes? —preguntó Itzá.

—No lo sé muy bien. Tengo la manía de escribir algunas de las cosas que me pasan, quizá porque me interesa que lo sepan mis descendientes.

—¿De dónde vienes? —inquirió Madú.

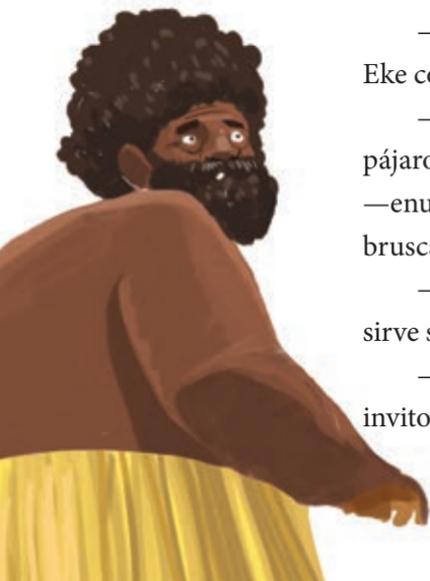
—De la región de los bosques.

—¿Y qué animales trae usted? —preguntó Eke con distinción.

—Osos pardos, visones, castores, martas, pájaros carpinteros, alces, topos, búhos... —enumeraba Noé cuando fue interrumpido bruscamente por Madú.

—Mejor no nos lo platiques. De nada nos sirve si no los vemos.

—Mañana mismo, en cuanto salga el sol, los invito a conocerlos —dijo Noé.



Trece

Los días pasaron. Las familias de los cuatro abuelos se habían hecho muy amigas. Se visitaban, intercambiaban alimentos, platicaban de sus costumbres, se ayudaban con el trabajo doméstico y el de sus animales.

Todo parecía estar en orden. Había mucho qué hacer y era muy divertido. Sin embargo, los cuatro abuelos parecían pensativos y silenciosos pues empezaban a extrañar sus tierras, y se preguntaban si ya sería el tiempo de regresar a casa.

Al ver a sus compañeros cabizbajos, Noé propuso una reunión y los cuatro patriarcas decidieron que cada uno enviaría una de sus aves para que volara rumbo a su tierra. Ellos esperarían su regreso. Si las aves volvían con una rama seca, ésa sería la señal de que el agua había descendido y todos podían volver a casa.

—Enviaré una paloma —dijo Noé.

—Yo a un tarmigán —agregó Eke.

—Enviaré a un tejedor —propuso Madú.

—Y yo a un quetzal —estaba diciendo Itzá, cuando se escuchó un extraño grito.

—¿Quién vive? —preguntó una voz chillona que a ninguno de los viejos les sonó familiar.

—¿Otro más? —se preguntaron los abuelos al unísono, pues aquella voz no podía ser más que la de alguien recién llegado.



Catorce

Al salir a la cubierta, los abuelos se encontraron con una nueva embarcación que quería parecerse a las suyas. Sin embargo, el dueño, al parecer, no había entendido bien las órdenes de El que Todo lo Sabe pues la había hecho más pequeña y al revés. Sobre una casa de tablones remachados y chuecos había encimado una barca.

Los abuelos, intrigados, se preguntaban cómo era posible que aquel objeto mal hecho hubiera resistido las tormentas, que aquella curiosa embarcación pudiera flotar y sostenerse. Me llamo Upi —dijo un hombre despeinado que, tropezándose, salió a la cubierta de su barco—. Aunque mi familia me dice Ipu y mi Señor... —continuó.

—Que Todo lo Sabe —interrumpió Madú.

—¿Qué no se dice Que todo lo Puede? —preguntó Upi azorado.

—No. Se dice Que Todo lo Sabe —dijo Madú.

—Es que yo siempre me confundo —agregó Upi a manera de excusa y continuó.

—¡En fin! Él me ordenó construir una barca...

—Lo sabemos —continuó Madú.

—¿De veras lo saben? —preguntó Upi.

—Sí. Lo mismo nos pidieron a nosotros —respondió Itzá.

—Pero usted no entendió bien las órdenes, por lo que veo —agregó Eke—. La barca debía ir hacia el otro lado y medir 150 codos, y la suya es más pequeña.



—¿150 codos?, ¿qué no eran 105? —consultó Upi—. La verdad es que se me olvidó —dijo, mientras se daba pequeños golpecitos en la cabeza—. Nunca me acordé si eran 105 o 150 y mi Señor que Todo lo Puede, bueno, y Todo lo Sabe —corrigió mientras se volvía a mirar a Madú—, no quiso repetírmelo. Me habló una sola vez. También dijo que con una casa abajo, ¿verdad?

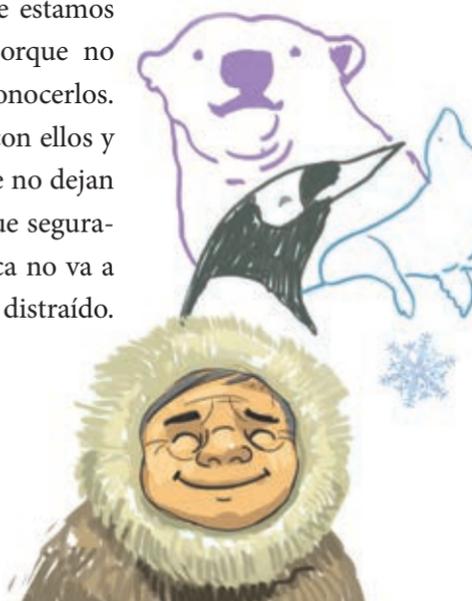
—No. La casa debía ir encima —contestó Noé.

—¡Pero si seré tonto! Ahora ya lo saben ustedes también. Por algo mi familia me dice Ipu, mi nombre al revés. Todo lo hago chueco porque soy muy distraído —agregó Upi haciendo un ademán con los brazos aparentando naturalidad, al tiempo que daba un brinco para llegar hasta la barca de Noé.

—A mí todo se me olvida —continuó, mientras sonreía con timidez y trataba de ordenarse el cabello.

—¿También traes a tu familia? —preguntó Noé, mientras se acariciaba inquisitivamente la barba.

—Sí. Vienen conmigo y creen que estamos perdidos. Están un poco apurados porque no confían mucho en mí. Los invito a conocerlos. Ojalá alguno de ustedes pueda hablar con ellos y tranquilizarlos. Están tan nerviosos que no dejan de discutir: que si yo me equivoqué, que seguramente el Señor no dijo eso, que la barca no va a resistir las tempestades, que Ipu es tan distraído. ¡Uf! No acaban.





A los abuelos les dieron ganas de reír. Madú fue el primero. Prorrumpió en una enérgica carcajada con la que hizo vibrar su barriga. Los demás lo imitaron. Como un monito inquieto, Upi los miraba con júbilo hasta que él mismo irrumpió en risillas desordenadas e inconexas.

Sin embargo, los viejos sabían que aquellas risas no eran producto de la burla. Sin saberlo siquiera, Upi producía una incontrollable alegría a su alrededor, un gozo desmesurado que ninguno de los abuelos había sentido antes.

—¿Y qué animales traes? —preguntó Itzá jocoso.

—Dragones —dijo Upi, una vez que hubo controlado su risa—, unicornios, pegasos, sirenas, centauros y ¿qué más?, ¿qué más traigo? No me acuerdo muy bien. ¿Por qué no vienen a conocerlos?

Quince

Los abuelos conocieron entonces la fauna fantástica de Upi. Descendieron escaleras chuecas y recorrieron intrincados laberintos para encontrarse maravillados al prodigioso minotauro con cuerpo de hombre y cabeza de toro, a la portentosa ave roc, cuyo tamaño es tan grande que con sus alas puede cubrir al sol.

—Tiene un huevo —dijo Madú, sorprendido ante la gigantesca redondez blanquecina de un huevo más grande que su propia panza.

Contagiados de perpetua alegría, acariciaron el lomo del dragón que se echó en el suelo para que los abuelos pudieran alcanzarlo. El animal abrió sus alas que de inmediato reconoció Noé.

—Se parecen a las alas de mis murciélagos —dijo.

En un cuarto grande, iluminadas por mágicos rayos de sol que descendían precisamente sobre ellas, conocieron a las adorables sirenas que descansaban lánguidamente sobre una roca.

—Son muy caprichosas —explicó Upi—. Me amenazaron con no subir al barco si no les subía también su roca. Las sirenas miraron a los abuelos con galantería mientras peinaban sus rizados cabellos.

—Son semejantes a mis morsas —reconoció Eke, mientras examinaba minuciosamente a las sirenas.

En tres caballerizas seguidas, llevaba Upi a sus equinos: el unicornio, el pegaso y el centauro. El cuerno largo y estriado del unicornio les fue mostrado como una valiosa joya, y las alas majestuosas del pegaso aparecieron como emanadas de una serena duermevela. El centauro, con patas de caballo y torso de hombre, alzó orgulloso el talle para adoptar pose de estatua mientras los abuelos se acercaban a mirarlo. Conocieron al catoblepas, cuya cabeza es tan pesada que le cuesta trabajo andar. Contemplaron asnos de tres patas, antílopes de seis, serpientes de ocho cabezas y otras de cien.



En un cuarto pequeño llevaba Upi el fuego que nunca debía apagarse. Dentro de él los abuelos atisbaron a los pequeños dragones que Upi llamó salamandras. Por último, Noé, Madú, Eke e Itzá descubrieron fascinados a los animales que parecían haber nacido de una confusión: a las inverosímiles quimeras con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente; a las distinguidas esfinges con cabeza de mujer, alas de pájaro y cuerpo de león; a los grifos, mezcla de águila y león; a los hipogrifos, caballo, águila y león.

—¡Qué increíble revoltijo! —concluyeron los abuelos, mientras reían a carcajadas—. Parece haberse enredado en su creación el Señor.

—¡Locuras que se les ocurren a los viejos! —agregó Upi alzando los hombros con resignación.



ARCA
DE NOÉ



Dieciséis

La primera en volver con una rama seca fue la paloma de Noé.

Una vez que todos hubieron recibido la respuesta de sus aves, decidieron emprender el viaje de regreso a casa. Mientras se preparaban para regresar, los abuelos se sintieron tristes. Las familias se habían encariñado y los viejos se extrañarían unos a otros, así que, para olvidar la tristeza, entre los cinco decidieron hacer una gran fiesta de despedida.

Fue un día feliz. Los nietos volaron en los pegasos sobre el mar infinito, las mujeres peinaron a las sirenas, los niños treparon en las jirafas, los hombres corrieron en los caballos, los abuelos durmieron la siesta entre la pelambre de los osos y las abuelas probaron los postres en todos los barcos.

Al atardecer bailaron. Cada uno trajo sus instrumentos musicales y brincotearon hasta quedar agotados.

Al día siguiente, Itzá volvió con sus animales para poblar las selvas y las boas se arrastraron sigilosamente hasta lo más oscuro de las arboledas. Eke volvió a la región de los hielos, donde sus animales dejaron de sentirse acalorados. Madú regresó a los desiertos y a las estepas. Las jirafas volvieron a estirar el cuello para comer hacia lo alto de las ramas de los árboles. Noé volvió a los bosques y sus castores a construir represas en los ríos.

Desde estos lugares los animales poblaron la tierra.





De Upi, en cambio, no se volvió a saber nada. Nadie más volvió a verlo. Al despedirse, los abuelos observaron con alegría que su barca alrevesada se perdía en la grandeza del mar flotando serenamente. Upi se despedía desde la proa risueño y aturdido. Después, probablemente se haya perdido o quizá —cosa que creo más segura— haya desembarcado con toda su fauna fantástica en una isla que hasta ahora conocemos sólo en sueños.

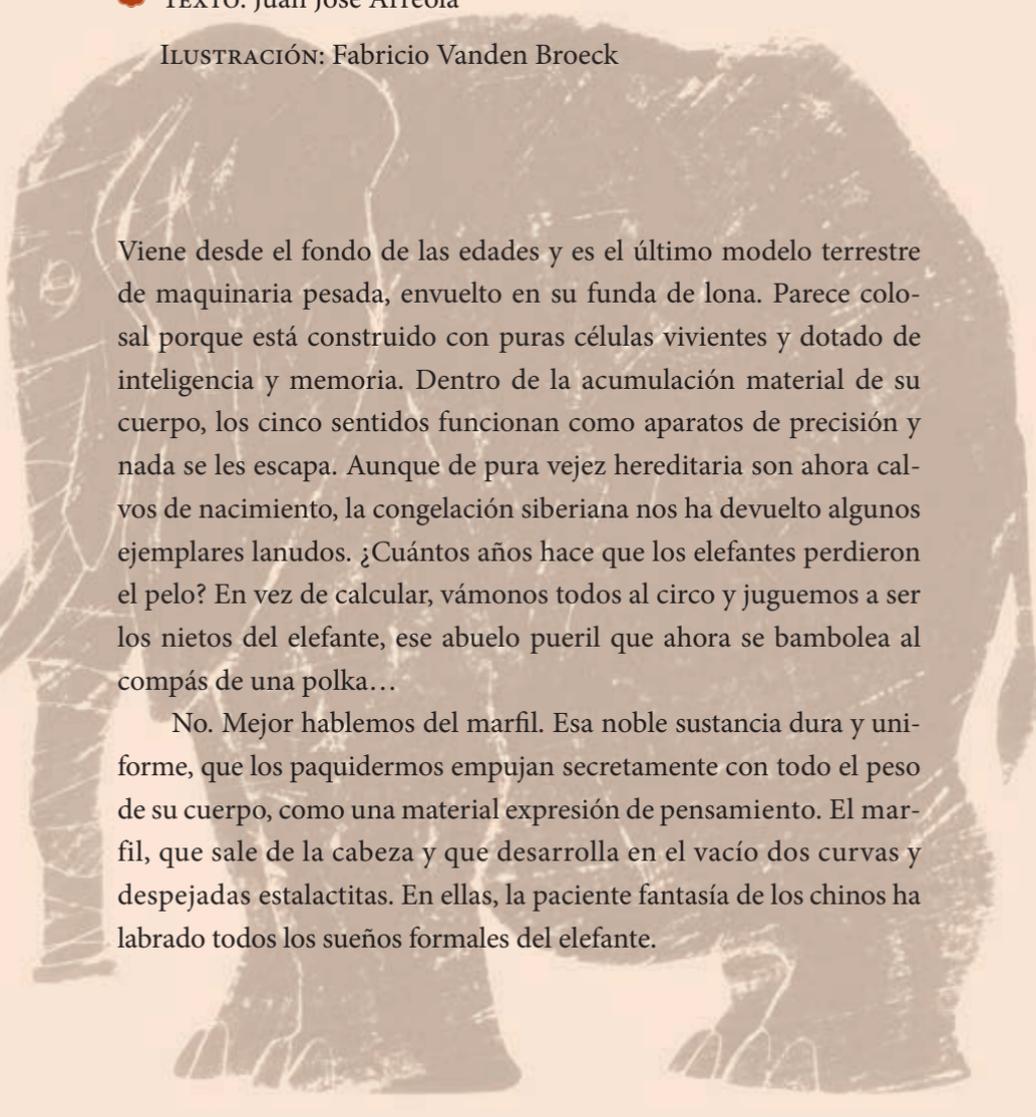


Mitos de Memoria del fuego es una colección de mitos indígenas sobre el origen del mundo, de los animales, de la noche y del tiempo. Búscala en tu Biblioteca Escolar.

El elefante

● TEXTO: Juan José Arreola

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck



Viene desde el fondo de las edades y es el último modelo terrestre de maquinaria pesada, envuelto en su funda de lona. Parece colosal porque está construido con puras células vivientes y dotado de inteligencia y memoria. Dentro de la acumulación material de su cuerpo, los cinco sentidos funcionan como aparatos de precisión y nada se les escapa. Aunque de pura vejez hereditaria son ahora calvos de nacimiento, la congelación siberiana nos ha devuelto algunos ejemplares lanudos. ¿Cuántos años hace que los elefantes perdieron el pelo? En vez de calcular, vámonos todos al circo y juguemos a ser los nietos del elefante, ese abuelo pueril que ahora se bambolea al compás de una polka...

No. Mejor hablemos del marfil. Esa noble sustancia dura y uniforme, que los paquidermos empujan secretamente con todo el peso de su cuerpo, como una material expresión de pensamiento. El marfil, que sale de la cabeza y que desarrolla en el vacío dos curvas y despejadas estalactitas. En ellas, la paciente fantasía de los chinos ha labrado todos los sueños formales del elefante.

La jirafa

● TEXTO: Juan José Arreola

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Al darse cuenta de que había puesto demasiado alto los frutos de un árbol predilecto, Dios no tuvo más remedio que alargar el cuello de la jirafa. Cuadrúpedos de cabeza volátil, las jirafas quisieron ir por encima de su realidad corporal y entraron resueltamente al reino de los desproporcionados. Hubo que resolver para ellas algunos problemas biológicos que más parecen de ingeniería y de mecánica: un circuito nervioso de doce metros de largo; una sangre que se eleva contra la ley de la gravedad mediante un corazón que funciona como bomba de pozo profundo; y todavía, a esas alturas, una lengua eyectil que va más arriba, sobrepasando con veinte centímetros el alcance de los belfos para roer los pimpollos como una lima de acero. Con todos sus derroches de técnica, que complican extraordinariamente su galope y sus amores, la jirafa representa mejor que nadie los devaneos del espíritu: busca en las alturas lo que otros encuentran al ras del suelo. Pero como finalmente tiene que inclinarse de vez en cuando para beber el agua común, se ve obligada a desarrollar su acrobacia al revés. Y se pone entonces al nivel de los burros.

Lee *El guardaguñas*, en el que la prosa de Juan José Arreola parece cobrar la misma extensión que los minutos y las horas en que transcurre lo que cuenta. Este libro es parte de la Biblioteca Escolar.

U jo' ol in booch' [Maya]

Con la punta de mi rebozo

● TEXTO: Briceida Cuevas Cob / ILUSTRACIÓN: León Braojos

In naachmaj u jo' ol in booch' ka' tin wa' alaj teech:
táankelem tsfimin in puksi' ik' al ku p'uujul, ku yawat che' ej,
ku kokochaak' ichil in tseem le ken u manak't a taal.

Bejla' e',
yéetel u jo' ol in booch',
táan u ts' alik u k' om óolal tin wich
tin wa' alik:

Táankelem tsíimin in puksi' ik' al táan u ch' iik u ts'ook u yiik'
chi' an tumen u k' aak' aas kaanil a p' eek.

Con la punta de mi rebozo entre los labios te dije:
potro encabritado mi corazón relincha,
da de coces dentro de mi pecho cuando te vislumbra.

Hoy,
con la punta de mi rebozo,
remojando su tristeza en mis ojos
digo:

Potro agonizante mi corazón
mordido por la serpiente venenosa de tu desdén.

Je' bix chúuk [Maya]

Como el carbón

● TEXTO: Briceida Cuevas Cob

ILUSTRACIÓN: León Braojos



Ja' alibe' ka síjech,
box neek' ich chan ch' uupal.
Seen boox je' bix u toox chúuk a yuum,
je' ex u paach u kuum a na',
je' ex u paach u xaamach.

Je' bix u neek' u yich ch' e' en táan u ju' ulul
[tumen éek' joch' e' enil.

Y entonces tú naciste,
niña de ojos muy negros.
Tan negros como el carbón que hace tu padre,
como la olla de tu madre,
como el reverso de su comal.

Como el ojo del pozo cuando lo asaetea la
[oscuridad.



Ahora lee *Yá zi'yoote nuni yá hñähñu.*
Animalitos endemoniados de los hñähñus,
en tu Biblioteca Escolar.

Xi guininu [Zapoteco del Istmo]

● TEXTO: Irma Pineda Santiago

ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Xi guininu sti' ngué
ni guláquinu la guendaranaxhii
ni gupa' laanu
ni gudiidxi dxiichi laanu
laaca laa nga nexhe yanna stubi
ti guiriá yoo di'
ni gudxinu dxiqué
lidxinu.

Xi guininu sti' xhuncu guendaranaxhii
ni ga' chi' yanna
xha' na' xpanda' guendarusiaanda
ra riguude ladxido' no.

¿Xhi bininu ne guendaranaxhii?

Zé diidxa' qué
zandaca ti huaxhié' ni
bietetini guidirualu' ti gueela'
ne qui ñuu ru' dxi nibiguétani.

Qué decir

[TEXTO TRADUCIDO]

Qué decir de aquel
al que llamamos amor
ése que nos cobijó
el que nos dio un abrazo fuerte
el mismo que yace ahora abandonado
en un rincón de ésta
a la que nombramos un día nuestra casa.

Qué decir del pobre amor
que se resguarda ahora
bajo la sombra del olvido
en una esquina de nuestros corazones.

¿Qué hicimos con el amor?

Se nos fue la palabra
tal vez por simple
se escurrió una noche de tus labios
y no volvió más.

En la antología *Gota de lluvia y otros poemas de José Emilio Pacheco para niños y jóvenes*, encontrarás una mirada poética de la noche, la fugacidad de la vida, los animales, las flores, los objetos de la vida cotidiana, el mar, la lluvia. Búscala en tu Biblioteca Escolar.



Ihcuac tlahtolli ye miqui

[Náhuatl]

● TEXTO: Miguel León-Portilla / ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Ihcuac tlahtolli ye miqui
mochi in teoyotl,
cicitlaltin, tonatiuh ihuan metztli;
mochi in tlacayotl,
neyolnonotzaliztli ihuan
 huelicamatiliztli,
ayocmo neci
inon tezcapan.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
mochi tlamantli in cemanahuac,
teotatl, atoyatl,
yolcame, cuauhtin ihuan xihuítl
ayocmo nemililoh, ayocmo tenehualoh,
tlachializtica ihuan caquiliztica
ayocmo nemih.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
cemihcac motzacuah
nohuian altepepan
in tlanexillotl, in quixohuayan,
In ye tlamahuizolo
occetica
in mochi mani ihuan yoli in talticpac.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
itlazohticatlahtol,
imehualizeltemiztli ihuan
 tetlazoltlaliztli,
ahzo huehueh cuicatl,
ahnozo tlahtolli, tlatlauhtiliztli,
amaca, in yuh ocatcah,
hueliz occepa quintenquixtiz.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
occequintin ye omiqueh
ihuan miec huel miquizqueh.

Tezcatl maniz puztecqui,
netzatziliztli icehuallo
cemihcac necahualoh:
totlacayo motolinia.



Cuando muere una lengua

[TEXTO TRADUCIDO]

Cuando muere una lengua
las cosas divinas,
estrellas, sol y luna;
las cosas humanas,
pensar y sentir,
no se reflejan ya
en ese espejo.

Cuando muere una lengua
todo lo que hay en el mundo,
mares y ríos,
animales y plantas,
ni se piensan, ni pronuncian
con atisbos y sonidos
que no existen ya.

Cuando muere una lengua
entonces se cierra
a todos los pueblos del mundo
una ventana, una puerta,
un asomarse
de modo distinto
a cuanto es ser y vida en la tierra.

Cuando muere una lengua,
sus palabras de amor,
entonación de dolor y querencia,
tal vez viejos cantos,
relatos, discursos, plegarias,
nadie, cual fueron,
alcanzará a repetir.

Cuando muere una lengua,
ya muchas han muerto
y muchas pueden morir.

Espejos para siempre quebrados,
sombra de voces
para siempre acalladas:
la humanidad se empobrece.

Para seguir reflexionando sobre la importancia de tu lengua y tu país, lee *La nación mexicana*. Busca esta obra en tu Biblioteca Escolar.

Lenguas de México*

Familias lingüísticas

1. Álgica	2. Yuto-nahua	3. Maya	4. Cochimi-Yumana	5. Seri	6. Oto-Mangue
Kikapoo	Cora	Akateko	Cucapá	Seri	Amuzgo
	Guarijío	Awakateko	Kiliwa		Chatino
	Huichol	Chontal de Tabasco	Ku'ahl		Chichimeco jonaz
	Mayo	Cho'ol	Kumiai		Chinanteco
	Náhuatl	Chuj	Paipai		Chocholteco
	Pápago	Huasteco			Cuicateco
	Pima	Ixil			Ixcateco
	Tarahumara	Jakalteko			Mazahua
	Tepehuano del norte	K'iche			Matlatzincas
	Tepehuano del sur	Kaqchikel			Mazateco
	Yaqui	Lacandón			Mixteco
		Mam			Otomí
		Maya			Pame
		Q'anjoba'l			Popoloca
		Q'eqchi'			Tlahuica
		Qato'k			Tlapaneco
		Teko			Triqui
		Tojolabal			Zapoteco
		Tseltal			
		Tsotsil			

*Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas" [versión modificada], en *Diario Oficial de la Federación*, 14 de enero de 2008, disponible en <www.inali.gob.mx/pdf/CLIN_completo.pdf>.

El Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Inegi, en la Encuesta Intercensal 2015, proporciona los datos de cuántos hablantes hay en cada lengua y sus variantes. Lo puedes consultar en: <http://cuentame.inegi.org.mx/hipertexto/todas_lenguas.htm>.

● ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

7. Totonaco- Tepehua	8. Tarasca	9. Mixe-zoque	10. Chontal de Oaxaca	11. Huave
Tepehua	Tarasco	Ayapanenco	Chontal de Oaxaca	Huave
Totonaco		Mixe		
		Oluteco		
		Popoluca de la Sierra		
		Sayulteco		
		Texistepequeño		
		Zoque		

En nuestro país se hablan muchas lenguas. Además del español, existen 11 familias lingüísticas de las que se derivan 68 agrupaciones lingüísticas que tienen 364 variantes.

Existe un decreto que declara a las lenguas indígenas como parte del patrimonio cultural de la nación. Es la Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas. Esta norma reconoce los derechos de las personas y los pueblos que hablan alguna de las lenguas indígenas como su lengua materna y establece que éstas sean reconocidas, protegidas y promovidas. La puedes consultar en: <www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/257_171215.pdf>.

Lee *Ti'pxnkopäjkm. Cerro de arqueros*, que narra varios mitos mixes. Encuéntralo en tu Biblioteca Escolar.

La marimba

● TEXTO: Roberto Obregón

ILUSTRACIÓN: León Brajos

Se procede a cortar el hormigo
y se arrastra al patio de la casa.

A la fuerza.

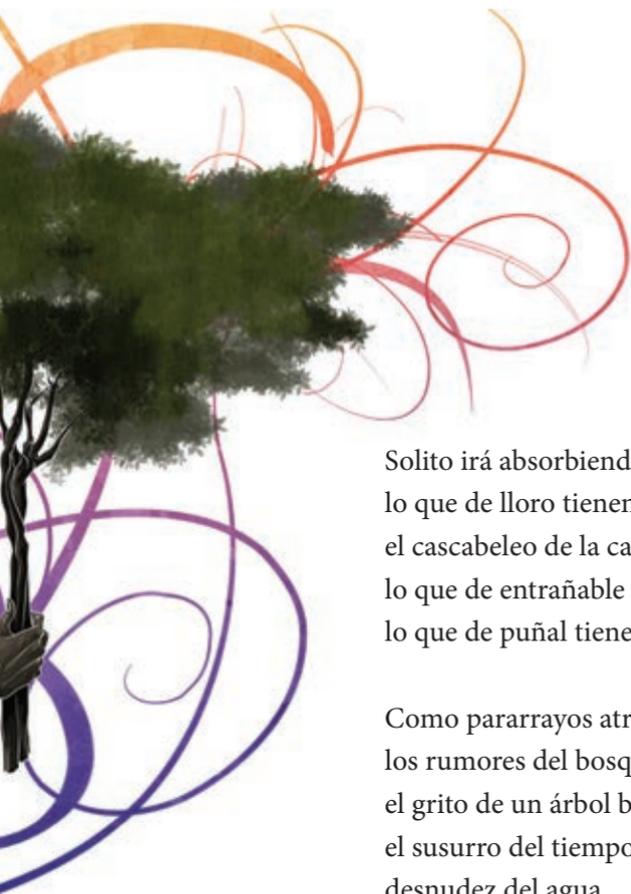
Se deja botado para que le penetre el sol
durante varios días.

Y que se le filtre la luna.

Es aconsejable ahumarlo, arropado.

En fin, dejarlo así y hacer como que uno
ni se fija en él. No hacerle caso.





Solito irá absorbiendo
lo que de lloro tienen el agua y la lluvia,
el cascabeleo de la cascabel,
lo que de entrañable tiene el tecolote,
lo que de puñal tiene el canto del clarinero.

Como pararrayos atraerá
los rumores del bosque,
el grito de un árbol bajo el pie del rayo,
el susurro del tiempo,
desnudez del agua
y el hablar de la mujer triste.

Porque para eso es palo de música,
madera de alegrar.



Para eso sirve el hormigo.
Y cuando alcanza su punto,
se va corriendito
a llamar a los adiestrados,
a los entendidos,
aquellos que saben medir la hondura
y la delgadez de las rajadas o teclas
(las que de preferencia
se asientan con una botella
sin echarles barniz),
se convoca a aquellos que gradúan
la tensión de los cordeles
y sopesan la vaciez de los tecomates o cajones.

Y ya hecha la marimba,
entonces, ya terminada, ¡soltarla!

Que se vaya por entre los poblados
y caseríos y por esos rumbos
que amenice los casorios
y festeje nacimientos,
que levante zarabandas en todos los rincones.





Y ojalá la dejen entrar en los velorios.
Bueno, y que sirva de distracción
a todos aquellos que de por sí son silenciosos.

Para eso es palo de música,
madera de la que se extraen sonidos y cosas.

Que lave la amargura del rostro del mundo.

Y que cuando llegue la guerra,
también que esté presente.

Porque ella, como una vaca milenaria,
bebe de nuestra sangre,
suena al son que sonamos
y le viene sobrando
¡que otros le anden averiguando la querencia!

Conoce otros poemas en *Llamo a la luna sol y es de día*, y apreciarás la música de las palabras. Lo podrás encontrar en tu Biblioteca Escolar.

La historia de la abuela

✿ TEXTO: Carlos Pellicer López / ILUSTRACIÓN: Abril Castillo

Para doña María y todos los abuelos que se quedan a vivir en nuestro corazón.



Cuando Juan oyó que su abuela estaba enferma no imaginó lo que vendría.

El fin de semana anterior habían comido con ella y luego fueron al cine, pero Juan no notó nada raro.

Pero sus papás estaban muy preocupados y tristes.



Una tarde, les hablaron a su hermana Julieta y a Juan de la enfermedad de la abuela. Era una enfermedad sin cura posible, que la iría acabando poco a poco.

El sábado siguiente, en la comida, la abuela casi no habló.

Por aquellos días, Juan soñó con la abuela María. Pero al despertar, los sueños parecían borrarse con la luz del sol.

Poco a poco la abuela parece convertirse en otra persona, distraída y ausente. Ya no puede vivir sola. Necesita que alguien la cuide y le ayude a hacer casi todo, como si fuera una niña.

Pasa horas en una silla, mirando la pared o, de pronto, saca su ropa una y otra vez del ropero, hasta amanecer.

Algunas veces, por la tarde, mientras Juan hace su tarea, aparecen los recuerdos de las últimas vacaciones en el mar, con la abuela María.

En la siguiente visita, Juan encontró más callada a la abuela. Todo el tiempo miraba una fotografía del abuelo.

—¿Cómo era mi abuelo? —le pregunta Juan a su mamá.

—Tu abuelo nació en España hace más de 80 años. Trabajaba en el campo, ayudando a su papá. Pero estalló una guerra, como todas, terrible, cruel. Tal vez ésta fue peor, porque fue entre los mismos españoles, es decir, entre hermanos. Al fin, cuando unos vencieron, otros sufrieron las desgracias de la derrota. Tu abuelo, como muchos más, encontró un refugio en México. Aquí conoció a tu abuela... se enamoraron y se casaron. Así nacimos tus tíos y yo. La felicidad duró poco: tu abuelo murió cuando yo tenía 8 años, los mismos que tú tienes ahora.

A Juan le gusta empujar la silla de ruedas en los paseos por el parque. Doña María, que ya no puede hablar, parece disfrutar esos ratos, entre los árboles y las fuentes, entre los pájaros y las flores.

Cuando Juan se acerca a besarla, cree sentir la sombra de una sonrisa en la mirada vacía de la abuela.

Hay ratos en que la tristeza es tan grande que se vuelve enojo y soledad. Juan, Julieta y sus papás terminan cada uno en algún rincón de la casa.

En diciembre, un amigo les regaló una corona de Adviento, para preparar la celebración de la Navidad. Los domingos, reunidos alrededor de la corona, encienden las velas, y las oraciones de todos traen consuelo y paz.

El tiempo regala sus días a los niños.

Pero el mismo tiempo quita los pocos días que les quedan a los viejos.

Así, sin saberlo, Juan y Julieta visitan por última vez a su abuela.

Un martes, a medianoche, doña María descansa para siempre.

Los amigos de la familia llegaron desde por la mañana, para acompañarlos hasta la tarde, cuando salieron juntos al cementerio.

El domingo siguiente fueron a llevar flores a la tumba de doña María. Ahí mismo está enterrado el abuelo Juan.

La familia reza y sabe que los abuelos están entre ellos.

Luego se van a comer al lugar donde los abuelos gustaban de ir juntos, cuando recién casados.

Ahora, la mesa está llena de hijos y nietos, recuerdos y esperanzas.

Antes de dormir, Julieta le pregunta a su hermano dónde cree que estará la abuela. Juan, sin dudarle, le dice que la abuela, como una paloma, voló al cielo, pero que él tiene el nido en su corazón.

En *El pato y la muerte*, el pato descubre que siempre ha tenido una compañía silenciosa: la muerte. Trata de distraerla y en el camino conviven y disfrutan de la vida juntos. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

Recuerdos de familia y de infancia

● TEXTO: Alfonso Reyes, adaptación de Felipe Garrido

ILUSTRACIÓN: Silvia Luz Alvarado

En Monterrey, donde nació Alfonso Reyes (1889-1959) la familia vivió en varias casas. La primera, la casa Bolívar; luego se cambiaron a la casa Degollado —según las calles donde estaban—. Algunas de las noticias que siguen ocurrieron antes de que Reyes naciera, son historias que le contó su papá, de cuando andaba en campaña en las sierras de Durango y de Nayarit, para pacificar al país. Con el tiempo, don Bernardo llegó a ser general, gobernador de Nuevo León y aun aspirante a la presidencia de la República.

Yo nunca vi llorar a mi padre. Privaba en su tiempo el dogma de que los varones no lloran. Su llanto me hubiera aniquilado. Acaso escondiera algunas lágrimas. ¡Sufrió tanto! Mi hermana María me dice que ella, siendo muy niña, sí lo vio llorar alguna vez, a la lectura de ciertos pasajes históricos sobre la guerra con los Estados Unidos y la llegada de las tropas del Norte hasta nuestro Palacio Nacional. [El 16 de septiembre de 1847.]

Como él sólo dejaba ver aquella alegría torrencial, aquella vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas; como nunca lo sorprendí postrado; como era del buen pedernal que no suelta astillas sino destellos, me figuro que debo a él cuanto hay en mí de Juan-que-ríe. A mi madre, en cambio, creo que le debo el Juan-que-llora y cierta delectación morosa en la tristeza.





No fue una mujer plañidera, lejos de eso; pero, en la pareja, sólo ella representa para mí el don de lágrimas. El llanto, lo que por verdadero llanto se entiende, no era lo suyo. Apenas se le humedecían un poco las mejillas. Su misma lucidez la hacía humorística y zumbona. Su ternura no se consentía nunca ternezas excesivas. Y ni durante los últimos años, en que padeció tan cruel enfermedad, aceptaba la compasión.

Estaba cortada al modelo de la antigua “ama” (señora de la casa) castellana. Hacendosa, administradora, providente, señora del telar y el granero, iba de la cocina a las caballerizas con un trotecito a lo indio, y por todas partes oíamos el tintineo de sus llaves como una presencia vigilante.

Con la mayor naturalidad del mundo, sin perder su agilidad ni sus líneas sobrias, tuvo cinco hijos y siete hijas, entre los cuales me tocó el noveno lugar: Bernardo, Rodolfo, María, Roberto, Aurelia, Amalia, Eloísa, Otilia, Alfonso, Lupe, Eva y Alejandro.

Era pulcra sin coquetería, durita, pequeña y nerviosa. La dolencia que nos la llevó tuvo que luchar con ella

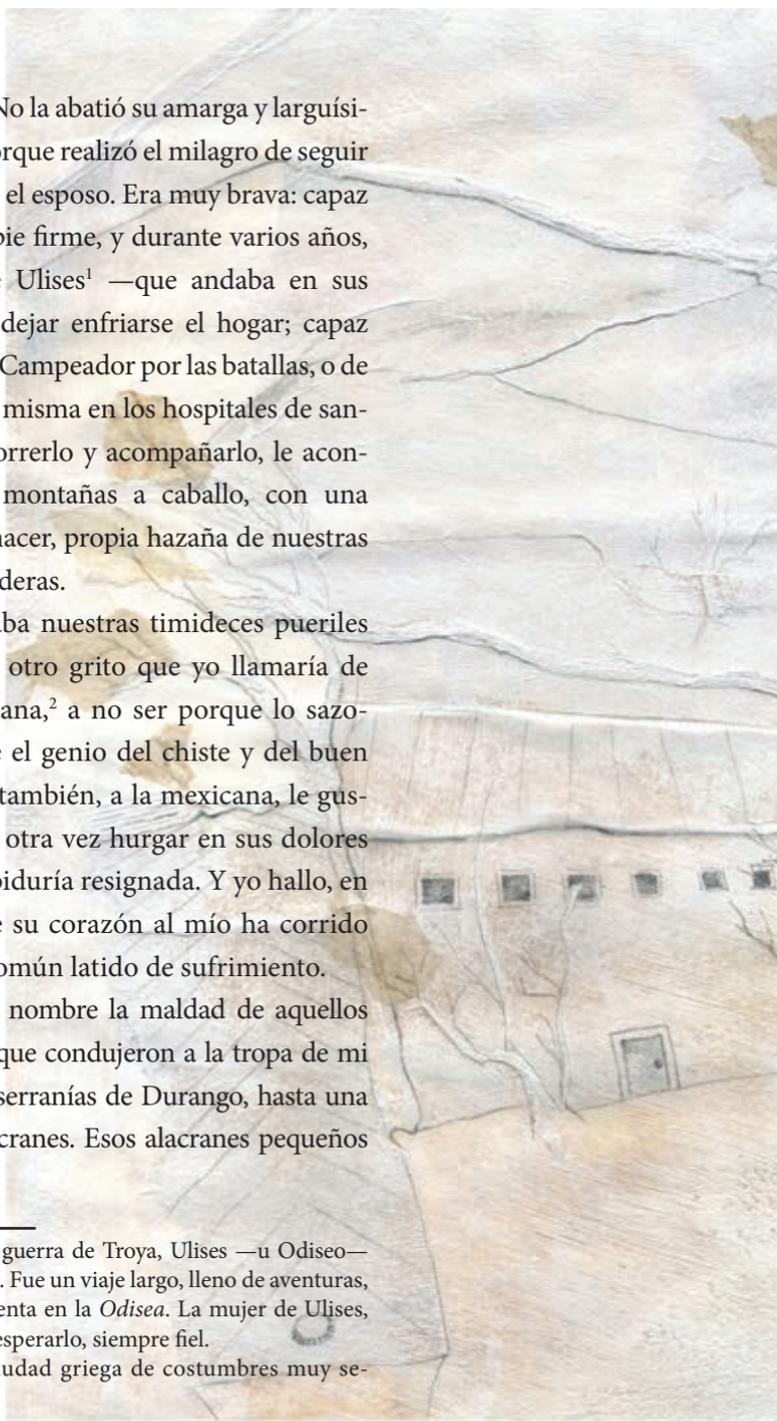
treinta años. No la abatió su amarga y larguísima viudez, porque realizó el milagro de seguir viviendo para el esposo. Era muy brava: capaz de esperar a pie firme, y durante varios años, el regreso de Ulises¹ —que andaba en sus bregas— sin dejar enfriarse el hogar; capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre. Para socorrerlo y acompañarlo, le aconteció cruzar montañas a caballo, con una criatura por nacer, propia hazaña de nuestras invictas soldaderas.

Desarmaba nuestras timideces pueriles con uno que otro grito que yo llamaría de madre espartana,² a no ser porque lo sazonaba siempre el genio del chiste y del buen humor. Pero también, a la mexicana, le gustaba una que otra vez hurgar en sus dolores con cierta sabiduría resignada. Y yo hallo, en suma, que de su corazón al mío ha corrido siempre un común latido de sufrimiento.

No tiene nombre la maldad de aquellos guías rurales que condujeron a la tropa de mi padre, en las serranías de Durango, hasta una nidada de alacranes. Esos alacranes pequeños

¹ Al terminar la guerra de Troya, Ulises —u Odiseo— regresó a su casa. Fue un viaje largo, lleno de aventuras, que Homero cuenta en la *Odisea*. La mujer de Ulises, Penélope, supo esperarlo, siempre fiel.

² De Esparta, ciudad griega de costumbres muy severas.



y amarillos matan a un hombre de un piquete. Y no sólo inspiran el temor del peligro cierto, sino que, como a todas las alimañas, no podemos menos de considerarlos con un vago horror cosmogónico (mítico). Parece que adivináramos en los arácnidos y en todas las bestias menores, reducidos a la más simple expresión, a los sucesores irremediables del hombre, a los aniquiladores futuros...

Comenzaban a montar las tiendas. Mi padre se había metido ya en el leve catre de campaña, angosto como un féretro, cuando se empezaron a oír los gritos de la gente, atacada por los alacranes. Salió como estaba y se puso precipitadamente el capote. Dentro de una manga lo esperaba ya el enemigo, que al instante le descargó dos piquetes en el brazo derecho. Sintió la lengua envuelta en hilos y a poco perdió el conocimiento.

—El alacrancito ha de haber estado enfermo —me decía mi padre—. Después de picarme, se quedó muerto.

—¿Y tú?

—Yo aquí estoy todavía.

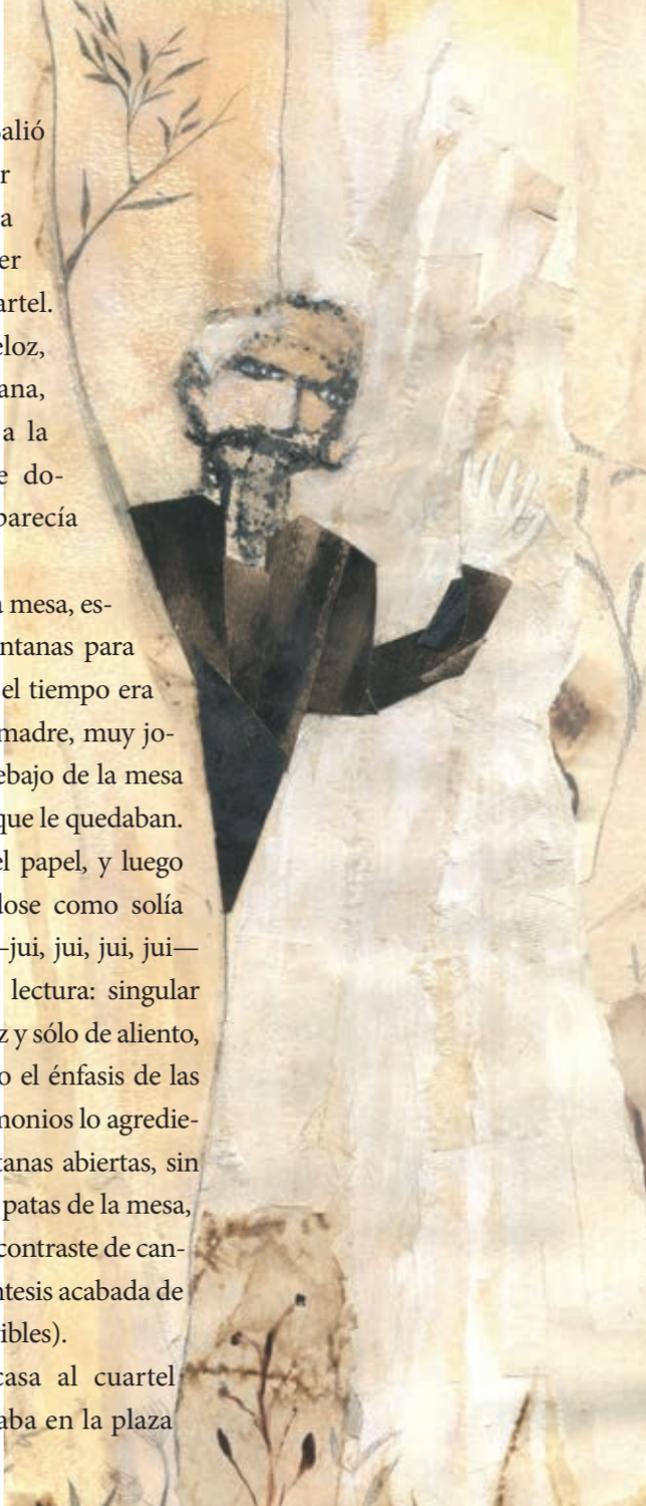
Veo a mi padre, cierta noche veraniega, durmiendo en un catre de lona, en el corral de su casa por el exceso de calor. Creo que fue en Rosario (en la sierra de Nayarit), donde tenía sus bases. Nervioso y de sueño ligero, alerta hasta en el reposo, que así viven siempre los que viven amenazados, lo despierta un leve ruido en el picaporte del portón del fondo, como de alguien que quisiera abrirlo desde afuera. Este portón daba a una especie de establo, que todavía se comunicaba a la calle por otra puerta.

Mi padre, que estaba descalzo, pudo acercarse al portón sin ser sentido y, por las rendijas de las tablas, alcanzó a ver unos bultos, un grupo que venía a sorprenderlo, aprovechando el

descuido de la noche. Salió entonces a toda prisa por la puerta principal, en la calle opuesta, para traer unos soldados de su cuartel. Pero cuando, a paso veloz, su gente rodeó la manzana, apenas pudo descubrir a la masa de asaltantes, que doblaba la esquina y desaparecía misteriosamente.

Lo veo sentado a una mesa, escribiendo, abiertas las ventanas para que corra el aire, porque el tiempo era caluroso en Rosario. Mi madre, muy jovencita todavía, jugaba debajo de la mesa con las últimas muñecas que le quedaban. Mi padre rasgueaba en el papel, y luego leía para sí acompañándose como solía con ese ruidito gutural —jui, jui, jui, jui— que ayudaba siempre su lectura: singular cronómetro, hecho sin voz y sólo de aliento, y al que iba comunicando el énfasis de las frases. De repente, los demonios lo agredieron a tiros desde las ventanas abiertas, sin más efecto que astillar las patas de la mesa, al lado de mi madre. Este contraste de candor y de crimen es una síntesis acabada de aquellos días aciagos (terribles).

Se llegaba de su casa al cuartel por una calle que remataba en la plaza



próxima, y allí se doblaba a la izquierda. En la esquina había un almacén de comestibles. La tienda daba sobre la plaza; pero en la calle lateral había una puerta accesoria, frente a la que pasaba mi padre todos los días y que sólo una que otra vez se abría para entrar las mercancías y fardos. Esta calle tenía una de esas aceras altas de otros tiempos, que sobresalía más de medio metro sobre el arroyo.

Anocheecía. Según su costumbre, mi padre iba rumbo a la plaza, camino del cuartel. La puerta accesoria rechinó: era inusitado. El reflejo nervioso lo hizo saltar de la acera hasta media calle. En ese instante, salieron de aquella puerta dos hombres, puñal en mano. Al primero lo atajó con un disparo oportuno; el otro logró huir y escapar a nado por el río. Aquel salto inconsciente lo había salvado. Los hombres iban desnudos y bien embarrados de sebo, providencia del cuerpo a cuerpo. Si llegaban a apoderarse del Comandante, nada hubiera podido éste contra aquellas fieras rabiosas.

Si todo es cariño y gratitud para Paula Jaramillo (una nodriza buena), todo sea abominación (condena) para la monstruosa Carmen, nana o niñera en cuyas garras me pusieron cuando yo tenía unos cuatro años, y que no acabó con mi salud mental porque Dios es bueno, como dicen Rubén Darío y la gente.

Carmen me pegaba, me asustaba, fingía desmayos y ataques de “temblorina” para mejor dominarme. Me odiaba minuciosamente, o más bien me amaba con refinado sadismo, torciendo cada una de las fibrillas de mi ser, destrozando todas mis alegrías y espontaneidades infantiles. Yo era su obra de arte, su alfiletero donde ella clavaba a diario sus flechitas como en un pequeño san Sebastián. Me enseñaba a tener miedo de la oscuridad para luego castigarme por eso.

Alguna vez echó el colchón de mi cama al suelo y, tomándome de los bracitos, me azotó repetidas veces en el colchón con todo el cuerpo. Me había convencido de que, si yo llegaba a denunciarla, ella saldría de la pared para castigarme.

Cuando se cansaba de maltratarme o se le agotaba la imaginación, me enviaba un rato con otra criada:

—Busca a Petra y dile que te dé un poquito de tenmeacá —lo cual era para mí un alivio.

Doña Margarita Guerrero, tan asidua de mi casa como cualquier persona de la familia, percibió algo de lo que pasaba y previno a mi madre. Ésta comenzó por interrogar a mi hermana Otilia. Pero, no contenta, me llamó a solas. Yo, en vez de contestar a sus preguntas, me limitaba a ver la pared con ojos espantados.

—¿Qué estás viendo en la pared? —me preguntó ella.

—Que, si te digo la verdad, Carmen sale por la pared y me castiga.

Mi madre, naturalmente, no necesitó saber más. Me envió de visita a casa Guerrero. Cuando volví al anochecer, ya no había Carmen a la vista, y yo me eché a correr de un lado a otro como potrillo que recobra su libertad.

Vale la pena que yo cuente cuál era mi peor tormento. De noche, cuando yo ya estaba dormido, me despertaba a sacudones y a gritos. Yo abría los ojos y me encontraba con Carmen, que me estaba amenazando de muy cerca con un cuchillo de zapatero. Iba a gritar a mi vez, pero ella me tapaba la boca y me decía:

—No grites, porque te come esa vieja que está ahí.



Y, en efecto, pegada a la vidriera que daba sobre el corredor, yo veía la cara de una espantosa medusa, desgreñada, desdentada y horrenda, que me miraba con unos ojos de lumbre y tenía una risa de mordisco. Probablemente Carmen se había conseguido alguna estampa, y probablemente mi pavor contribuía a aumentar la apariencia de realidad. Yo me escondía bajo las mantas, enajenado de horror y tembloroso.

—Ya verás, ya verás: es que te estoy curando de espanto —me decía ella con voz meliflua, como de miel.

Hay, en la familia materna, un personaje que me deslumbraba. Vivía en las islas Oceánicas, con centro principal en Manila. O los tenía por derecho propio, o había adquirido los rasgos de aquellos pueblos, a tanto respirar su aire y beber su agua, como diría Hipócrates (un médico griego). Desde luego, tartamudeaba en lengua española; y los ojos vivos y oblicuos le echaban chispas las raras veces que llegaba a encolerizarse.

Traficaba en artes exóticas. Traía hasta Jalisco ricos cargamentos de sedas, burato y muaré; chales, mantones, telas bordadas que apenas alzaban entre sus cuatro esclavos, y gasas transparentes urdidas con la misma levedad de los sueños, cendales de la luna.

Un esclavo lo bañaba y le untaba extraños bálsamos, otro le tejía y trenzaba los cabellos, el tercero lo seguía con un parasol, el cuarto le llevaba a casa de mi abuela Josefa —creo que era su abuelo— la butaca de madera preciosa.

Andaba como los potentados chinos, echando la barriga y contoneándose, para ocupar el mayor sitio y obligar a la gente humilde a estrecharse y escurrirse a su lado. Usaba botas federicas y calzón sin bragueta, abierto en los flancos. Le gustaba sentirse insólito; y como era filósofo, dejaba que se le burlaran los muchachos, mi madre entre ellos.

Otra historia de parientes es *Familias familiares*, en la que el papá se opera para prevenir enfermedades que aún no tiene y la mamá necesita un mapa para no perderse en su casa. La encontrarás en tu Biblioteca Escolar.

¿Qué es el teatro?

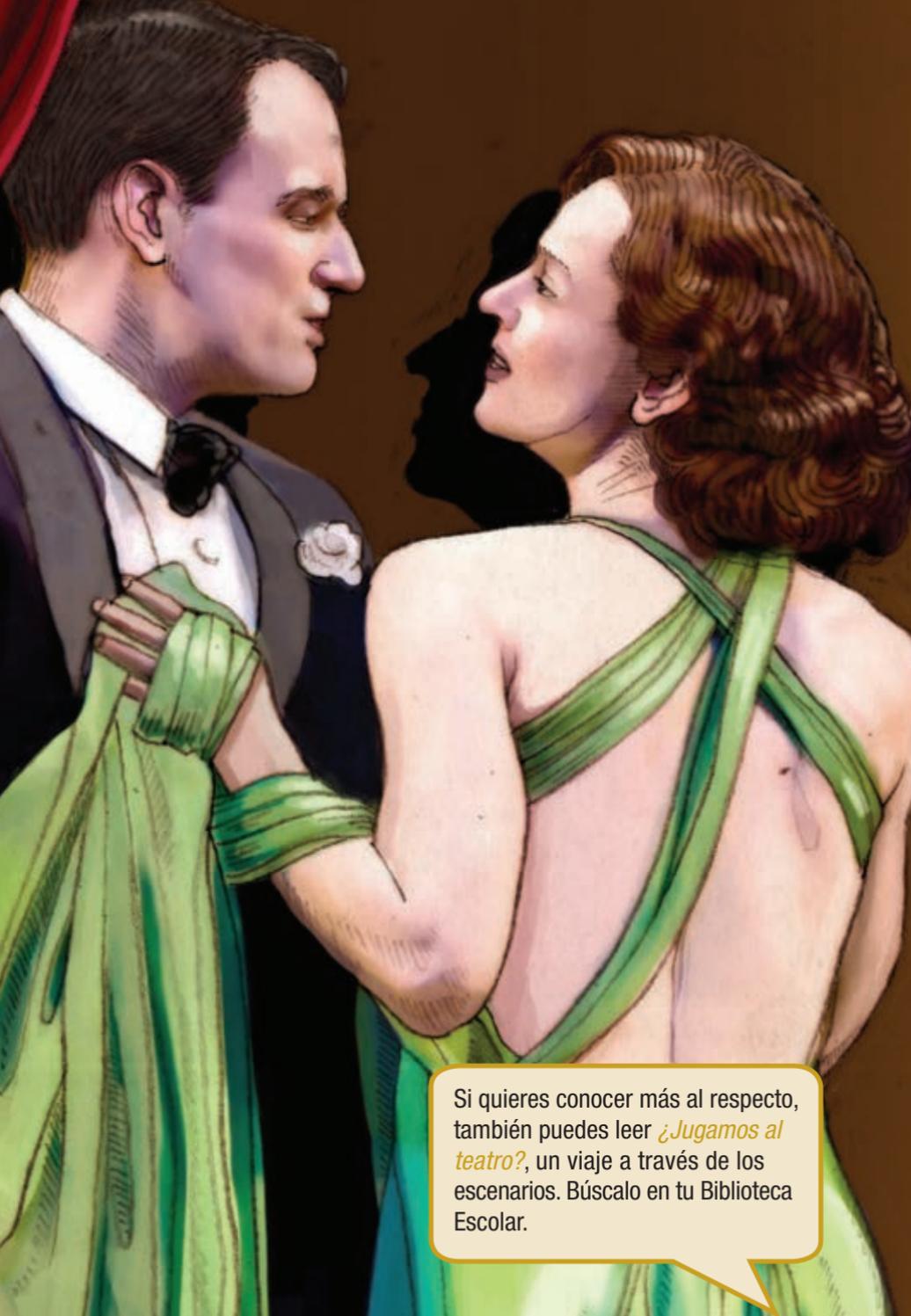
✿ ILUSTRACIÓN: Luis Pombo

En palabras de Federico García Lorca: “El teatro es una escuela de llanto y de risa y una tribuna libre donde los hombres pueden poner en evidencia morales viejas o equívocas, y explicar con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento del hombre”¹

En 1936, el poeta comentó: “El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Y al hacerse habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en escena lleven un traje de poesía y, al mismo tiempo, que se les vean los huesos, la sangre. Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y liados a la vida y al día con una fuerza tal, que muestren sus traiciones, que se aprecien sus dolores, y que salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos”²

¹ Citado por Ernesto Rodríguez Abad, en *Juegos teatrales para animar a leer. Técnicas y recursos para el aula*.

² Citado por Jesús Ruiz Mantilla, “Regreso a la casa de Bernarda Alba”, en *Ayuntamiento de Valderrubio*.



Si quieres conocer más al respecto, también puedes leer *¿Jugamos al teatro?*, un viaje a través de los escenarios. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

La Cenicienta

● TEXTO: Hermanos Grimm, versión de Verónica Uribe

ILUSTRACIÓN: Enrique Torralba

Había una vez un gentilhomme que vivía feliz con su mujer y su única hija. Pero un día, la mujer enfermó gravemente. Cuando sintió que iba a morir, llamó a su hija:

—No estés triste —le dijo—, porque yo desde el cielo te cuidaré siempre.

Luego, cerró los ojos y murió.

La muchacha lloró mucho la pérdida de su madre. La recordaba siempre y un día fue hasta su tumba, sembró allí el tallo de un almendro y lo regó con sus lágrimas. Cuando llegó el invierno, la nieve cubrió de blanco la tumba de su madre y cuando el sol de la primavera la derritió, su padre tomó otra esposa.

La mujer era altiva y orgullosa, y después de las bodas empezó a dar muestras de su mal carácter. Llegó con sus dos hijas que se le parecían en todo y, en cuanto vio a la muchacha, que era dulce y bondadosa, la detestó porque hacía resaltar los defectos de sus hijas. La obligó a cocinar, barrer y lavar y a realizar los trabajos más duros de la casa. La puso a vivir en el granero y a dormir en un jergón, mientras sus hijas tenían los mejores cuartos, con camas de plumas y enormes espejos. Le quitaron sus hermosos vestidos y le dieron un delantal gris y unos zuecos. Como pasaba gran parte del día al lado del fogón y su delantal y sus manos estaban manchados de cenizas, las hermanas empezaron a llamarla Cenicienta.



—Miren a la hermosa princesa de las cenizas: ¡La Cenicienta!
—decían burlándose de ella.

La muchacha lo soportaba todo y no se quejaba. Cuando terminaba sus tareas, iba a la tumba de su madre y regaba el tallo de almendro que ya había echado raíces y mostraba las primeras flores.

Ocurrió entonces que el rey decidió dar un baile e invitar a todas las doncellas del país para que su hijo buscara novia entre ellas.

Las dos hermanas se pusieron felices y, de inmediato, se mandaron a hacer vestidos y zapatos de los más finos. No podían comer de la emoción y no hacían otra cosa que hablar del baile y mirarse al espejo. El día de la fiesta, le pidieron a Cenicienta que las peinara con dos filas de bucles, que les abrochara sus vestidos y que les pusiera sus collares y pulseras.

Cenicienta las ayudó en todo y, cuando estaban casi listas, se atrevió a preguntarles si acaso ella también podría ir al baile.

—¿Tú, Cenicienta? —dijo una—. Estás llena de polvo y cenizas, ¿y quieres ir al palacio del rey?

—No tienes ropa ni zapatos, ¿y quieres bailar? —dijo la otra.

—De ninguna manera —dijo la madrastra—. Nos avergonzarías a todas.

Y partieron.

Cenicienta las siguió con la mirada hasta perderlas de vista. Luego, corrió hasta la tumba de su madre y se echó a llorar. Y estaba llorando sin consuelo cuando escuchó una voz que le decía:

—¿Te gustaría ir al baile, Cenicienta?

Se secó los ojos y vio, casi sin creerlo, que había un hada a su lado.



—Sí, me gustaría mucho ir al baile —dijo, sollozando—. Pero, ¿quién es usted?

—Soy tu hada madrina y si quieres ir al baile, tenemos que trabajar. Búscame una calabaza.

Cenicienta fue corriendo al huerto y trajo una enorme calabaza. El hada la vació y cuando sólo quedaba la cáscara, la tocó con su varita mágica y la calabaza se convirtió al instante en una hermosa carroza dorada.

—Ahora —dijo el hada—, necesito seis ratones.

Cenicienta corrió a buscar la ratonera. Levantó la trampa y, a medida que iban saliendo los ratones, el hada los iba tocando con su varita y transformándolos en caballos engalanados.

—Nos hace falta un cochero —dijo el hada.

—Tal vez haya alguna rata en la ratonera —dijo Cenicienta.

Y sí, había una gorda rata de bigotes que el hada tocó con su varita y convirtió en un cochero fornido y bigotudo.

—Y ahora, ve a buscar tres lagartijas que hay detrás de la regadera.

Cenicienta fue a buscarlas y, cuando el hada las tocó con su varita mágica, se convirtieron en tres elegantes lacayos que se subieron a la parte trasera de la carroza y se sujetaron allí como si no hubiesen hecho otra cosa en su vida.

—Bueno —dijo el hada—, ya tienes con qué ir al baile.

—Sí, es cierto —dijo Cenicienta—. Pero, ¿cómo voy a ir vestida así?

Y le mostró al hada su delantal manchado de cenizas.



—Tienes razón —dijo el hada y la tocó con su varita mágica. En un instante, los harapos se transformaron en un esplendido vestido rojo, y sobre sus cabellos apareció una peluca blanca y elegante, llena de suaves bucles.

—Aún falta algo —dijo el hada y le tocó los zuecos. Éstos se esfumaron y en su lugar aparecieron dos hermosas zapatillas de cristal, las más bellas del mundo.

Cenicienta se subió a la carroza. El hada le advirtió que debía regresar antes de la medianoche, porque el hechizo desaparecería al dar el reloj las doce campanadas. Cenicienta así lo prometió.

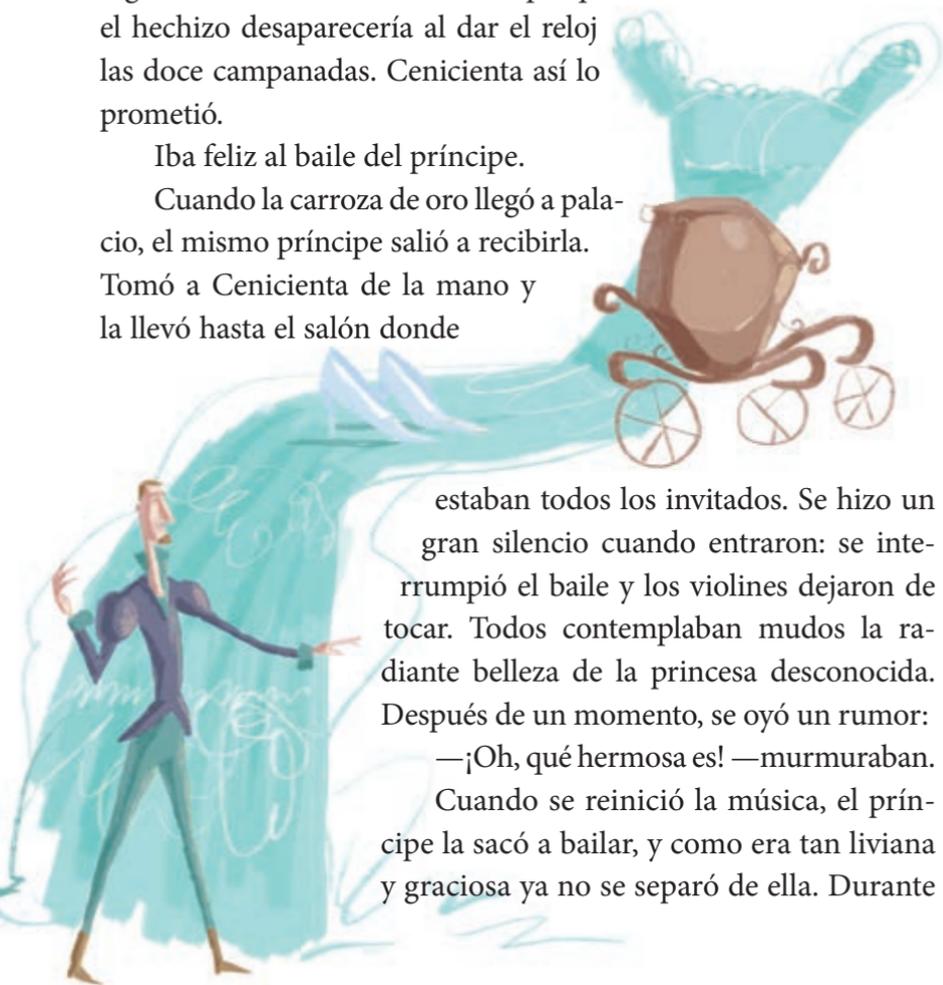
Iba feliz al baile del príncipe.

Cuando la carroza de oro llegó a palacio, el mismo príncipe salió a recibirla. Tomó a Cenicienta de la mano y la llevó hasta el salón donde

estaban todos los invitados. Se hizo un gran silencio cuando entraron: se interrumpió el baile y los violines dejaron de tocar. Todos contemplaban mudos la radiante belleza de la princesa desconocida. Después de un momento, se oyó un rumor:

—¡Oh, qué hermosa es! —murmuraban.

Cuando se reinició la música, el príncipe la sacó a bailar, y como era tan liviana y graciosa ya no se separó de ella. Durante





la cena, el príncipe no probó bocado, pues sólo podía contemplar a Cenicienta.

Las hermanas también la miraban sin reconocerla y Cenicienta se les acercó y compartió con ellas los gajos de unas naranjas que el príncipe le había regalado. En eso, escuchó que el reloj daba las doce menos cuarto. Hizo una reverencia y se despidió.

Salió corriendo de palacio y, cuando llegó a su casa, encontró al hada esperándola. Cenicienta le dio las gracias y le dijo que le encantaría volver al baile al día siguiente, porque el príncipe se lo había pedido.

Cuando las hermanas llegaron, habían desaparecido la carroza y los lacayos, el cochero y los caballos, y Cenicienta estaba nuevamente con sus zuecos y su sucio delantal. Les abrió la puerta bostezando y frotándose los ojos, como si se hubiese despertado en ese momento, y les preguntó cómo les había ido en el baile.

—Si hubieras estado allí, habrías visto a la princesa desconocida, la más hermosa que se ha visto nunca —dijo una de las hermanas.

—Y ha sido amable con nosotras. Nos ha conversado y nos ha regalado unos gajos de naranja —dijo la otra.

Cenicienta estaba feliz. Les preguntó el nombre de aquella princesa, pero le contestaron que nadie la conocía y que el hijo del rey estaba muy intrigado, que daría cualquier cosa por saber quién era.

Cenicienta sonrió y les preguntó:

—¿Tan hermosa era? Qué suerte han tenido al poder verla. ¿No podría ir yo mañana con ustedes para conocerla?

Pero las hermanas se rieron:

—¿Tú? Estás loca. Ya te hemos dicho que no puedes ir al palacio del rey.





Y se fueron a acostar.

A la noche siguiente, en cuanto las hermanas partieron al baile, Cenicienta corrió a la tumba de su madre y encontró allí al hada madrina. Con la varita mágica, hizo aparecer la carroza, los lacayos, el cochero y los caballos. Y por último, tocó el delantal de Cenicienta y lo convirtió en un vestido aún más precioso que el de la noche anterior. Al irse, el hada le recordó que el hechizo terminaba a las doce de la noche y que debía regresar antes de esa hora.

El príncipe la esperaba en las puertas del palacio y no la abandonó ni un solo instante. Bailó con ella y le murmuró al oído dulces palabras. Tan contenta estaba Cenicienta escuchando lo que el príncipe le decía, que olvidó la advertencia de su madrina. Y sólo cuando el reloj empezó a tocar la primera campanada de las doce, recordó que el hechizo desaparecería en unos instantes.

De manera que, sin siquiera despedirse del príncipe, escapó del salón de baile y corrió escaleras abajo. Pero iba tan de prisa, que en la carrera perdió una de sus bellísimas zapatillas.

Cuando el príncipe salió detrás de la hermosa desconocida, no quedaba de ella sino la pequeña zapatilla de cristal. El príncipe la recogió y la guardó.



Cenicienta llegó a su casa sin aliento, sin carroza y sin lacayos, vestida solamente con su sucio delantal. Nada conservaba de su



reciente esplendor, sino una de las zapatillas, la compañera de la que había perdido.

Cuando las hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido tanto como la noche anterior y si había vuelto la bella desconocida. Le contaron que sí, pero que había escapado al sonar las doce campanadas de la medianoche; que en su precipitada huida había perdido una de sus zapatillas de cristal, que era preciosa; que el hijo del rey la había recogido y no había dejado de observarla el resto del baile, y que no cabía duda de que estaba muy enamorado de la hermosa dueña.

Y todo esto era verdad, puesto que días más tarde, el príncipe mandó a anunciar a toque de trompeta que se casaría con aquella doncella a quien le calzara perfectamente la pequeña zapatilla de cristal.

Se la probaron las princesas, las duquesas, las condesas y todas las damas de la corte. Pero a ninguna le calzó la pequeña zapatilla. El príncipe ordenó, entonces, que todas las doncellas de la comarca se la probaran.

Los lacayos del rey llevaron la zapatilla de casa en casa. Cuando llegaron a casa de Cenicienta, las dos hermanas hicieron lo imposible para que el pie les entrara, sin poder conseguirlo. Entonces Cenicienta, que estaba mirando, preguntó:

—Y yo, ¿podré probármela?

Las dos hermanas se echaron a reír, pero el enviado del rey miró atentamente a Cenicienta y la encontró hermosa bajo sus harapos. Dijo que tenía obligación de probar la zapatilla a todas las doncellas de la región y que sí, que podía probársela. Hizo sentar

a Cenicienta, le acercó la zapatilla al pie y vio que le entraba sin el menor esfuerzo, como si se la hubiesen hecho justo a la medida.

Las hermanas no podían creerlo. Pero casi cayeron al suelo del asombro cuando vieron que Cenicienta sacaba del bolsillo de su delantal la otra zapatilla y se la ponía.

En ese momento apareció la madrina. Tocó las ropas de Cenicienta con su varita mágica y las transformó en un vestido aún más maravilloso que los anteriores. El enviado del rey la llevó a palacio y el príncipe la encontró más hermosa que nunca. En pocos días, se casaron.

Cenicienta era tan feliz que olvidó muy pronto los malos tratos de sus hermanas y las invitó a vivir con ella al palacio del rey, donde por fin se casaron con dos señores de la corte.



También puedes leer *La Reina de las Nieves*, de Hans Christian Andersen: Kay y Gerda viven felices, hasta que un día Kay cae en un encantamiento y Gerda debe rescatar a su amigo. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.



El almohadón de plumas

● TEXTO: Horacio Quiroga

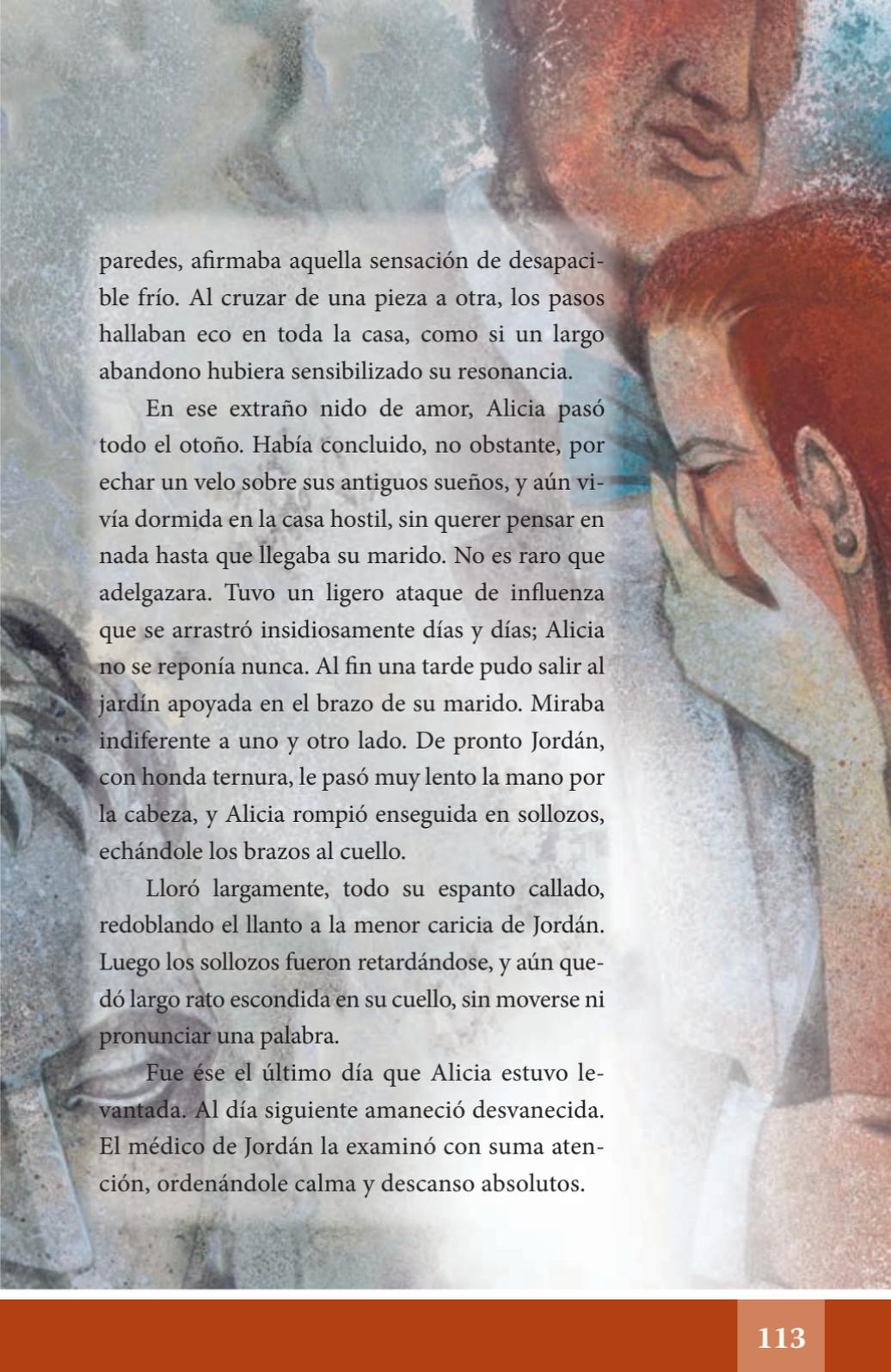
ILUSTRACIÓN: Fabricio Vanden Broeck

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impassible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía no poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas



paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. Había concluido, no obstante, por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido. No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de su marido. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó muy lento la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello.

Lloró largamente, todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor caricia de Jordán. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni pronunciar una palabra.

Fue ése el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle—. Tiene una gran debilidad que no me explico. Y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al día siguiente Alicia amanecía peor. Hubo consulta. Constatose una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin que se oyera el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación.

La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, deteniéndose un instante en cada extremo a mirar a su mujer.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente con los ojos fijos. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán!, ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, volvió en sí. Sonrió y tomó entre las suyas la mano





de su marido, acariciándola por media hora temblando. Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En

la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

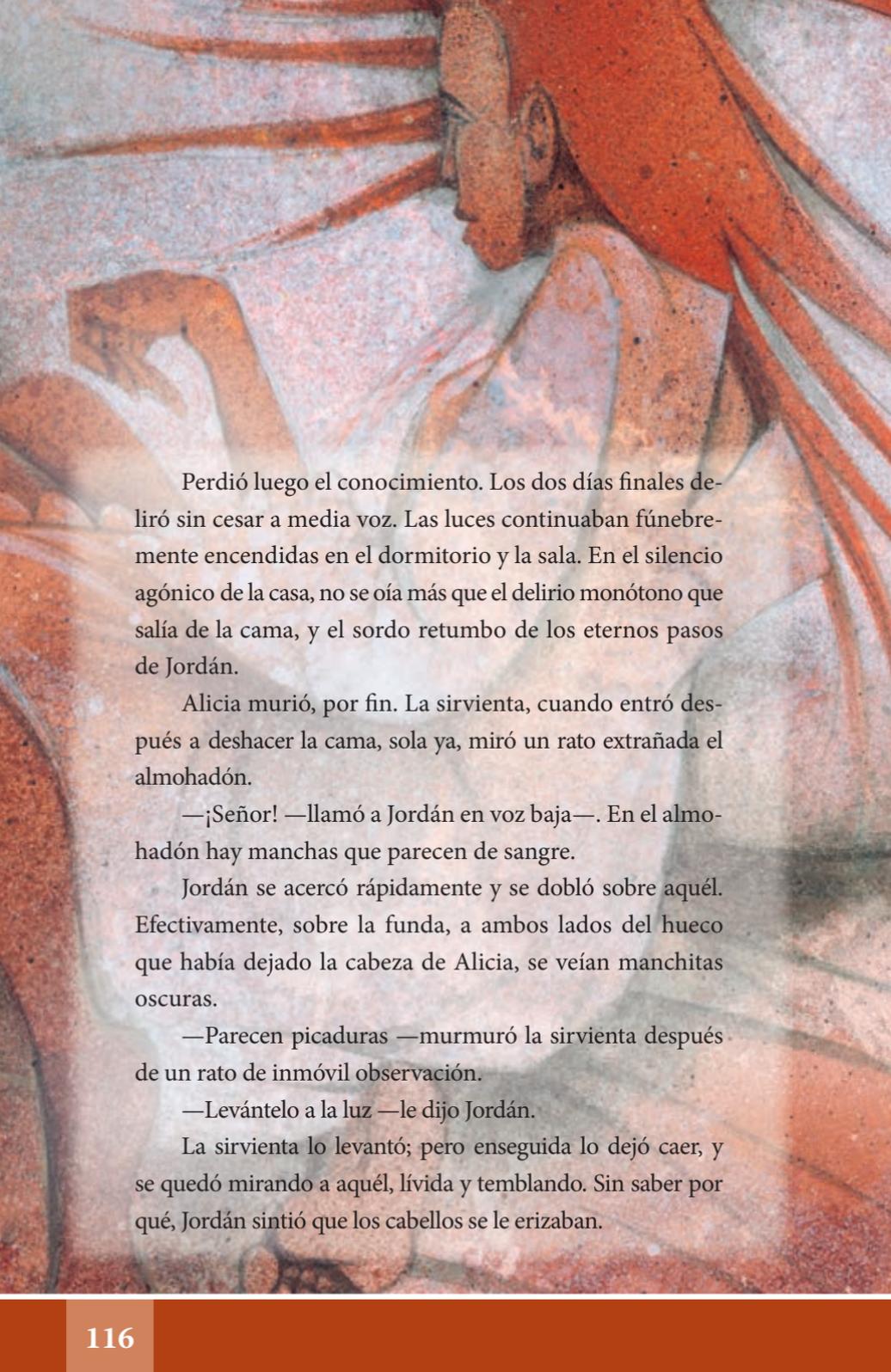
—Pst... —se encogió de hombros desalentado el médico de cabecera—. Es un caso inexplicable... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi.

Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas oleadas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón.

Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.



Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el sordo retumbo de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, cuando entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló sobre aquél. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó; pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquella, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido su desarrollo; pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había el monstruo vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Uno de los maestros de los cuentos de terror es Edgar Allan Poe. Lee sus *Relatos de terror* para que te hagas experto en este género literario, en la Biblioteca Escolar.

Palabras de Caramelo

● TEXTO: Gonzalo Moure / ILUSTRACIÓN: Luis Pombo

HUBO UNA VEZ UN NIÑO SORDOMUDO que amaba a un camello. El niño se llamaba Kori, aunque no podía saberlo porque no oía nada. Veía mover los labios a sus padres, a sus hermanos y a todos los que conocía, aunque no era capaz de traducir aquellos movimientos a ningún sonido. Pero veía que sus labios se abrían, se ponían redondos, e inmediatamente aparecían sus dientes.

Él era, por tanto, Labios redondos, Boca estirada: Ko-ri.

Su madre lo señalaba y decía:

—Labios redondos, Boca estirada —así lo entendía Kori.

Luego, su madre se señalaba a sí misma y decía, despacio:

—Mahfuda.

Kori leía: Labios pegados, Boca abierta, Dientes sobre labio, Labios estirados, Boca abierta. Así se llamaba, para Kori, su madre.

El pequeño Kori tenía ocho años y vivía en Smara, uno de los campamentos de refugiados donde habitan los saharauis, en el desierto argelino. Eso era todo lo que había visto en su vida, la *hammada*: piedras, arena inacabable, *jaimas*, unos pobres cuartitos de adobe, los corrales de los animales, algunos edificios encalados más grandes, entre los que estaba su escuela, una bandera deshilachada y el cielo.

Nada más. Ni un poco de hierba, ni un árbol en el horizonte...





En aquel bosque de *jaimas* y cuartitos de adobe vivían otros niños, mujeres y hombres. De vez en cuando pasaba un coche, un autobús, o un camión. Algunos camiones traían agua para los depósitos, otros tanques de gas. En los coches solían ir hombres serios, echando humo por la boca.

Los niños del barrio de Kori corrían detrás de los coches, se agarraban a sus defensas, caían, reían, se volvían a levantar y volvían a correr. A menudo, los niños lanzaban piedras contra los coches y, a veces, éstos se paraban y bajaban los hombres serios, muy enfadados. Al ver bajar a los hombres serios, los niños huían.

Kori iba a una escuela especial, con otros niños que tampoco eran como los demás: niños ciegos y niños con la mirada perdida y la boca quieta.

Kori aprendía en la escuela a atarse los zapatos, a dibujar animales, coches, *jaimas* y hombres.

Entre todos los animales que solía dibujar, había uno que le atraía más que los otros: el camello.

Los camellos fascinaban a Kori. Le gustaban sus movimientos lentos cuando los hombres los llevaban atados con un cordel que iba hasta un anillo que traspasaba su nariz. Le maravillaba la serenidad con la que aguantaban su encierro en los pequeños corrales. Le asombraba su enorme altura, su gran joroba y la cabeza inclinada, casi colgando del largo cuello.

Cuando los veía, Kori imaginaba su vida en el desierto, y soñaba despierto con ir montado en uno de ellos, como había visto hacer varias veces a otros niños más afortunados que él.

Kori dibujaba camellos en su cuaderno, una y otra vez, y cuando volvía a casa se detenía en los corrales del campamento para ver a los camellos de verdad.

Kori creía que los camellos también hablaban, porque movían los labios como las personas. Kori no sabía que el camello traga primero todo lo que le cabe en el estómago, luego lo devuelve a la boca y lo va rumiando poco a poco, después. El movimiento de sus mandíbulas y sus labios, rumiando, le hacía creer a Kori que los camellos decían palabras.

Los corrales de los campamentos estaban hechos de tela metálica, barras de metal viejo, latas prensadas y pieles de los camellos muertos. En el desierto no hay madera, y la poca que hay se quema en pedacitos, en braseros sobre los que se hierve el té, o haciendo fuegos más grandes para cocinar la comida, o para hornear el pan.

En la mayoría de los corrales había cabras: negras, rojas, blancas, negras y blancas, blancas y rojas. Unas eran grandes, de enormes cuernos, y otras pequeñas: niños de cabra, pensaba Kori. Pero, si acercaba sus manos al corral las cabras huían, o intentaban morderlo. Por eso, prefería a los camellos que se quedaban quietos y, creía Kori, hablaban como las personas.

Kori se acercaba a menudo a un corral en el que había una camella grande. La camella era de sus tíos, que vivían cerca de los corrales. Kori iba casi todos los días a verla y ayudaba a su tía a darle la comida. Después, mientras su tía la ordeñaba no se perdía un detalle; viendo manar el chorro blanco sobre la vasija de metal.

Cuando su tía se iba, él se hacía el distraído para quedarse solo con la camella. Se acercaba y trataba de hablar con ella. La camella miraba a Kori con gesto altanero y movía sus labios.

¿Qué le decía la camella? El pequeño sabía que la gente hablaba así, moviendo los labios, pero él no les entendía. Tampoco a los camellos. Kori movía los suyos pensando cosas como “me gusta tu gran joroba”, o “quieres comida”, o “me gusta la leche de camella”. Pero la camella movía sus labios y Kori no entendía lo que contestaba.

La camella estaba muy gorda. Su tía le traía más comida que nunca, y la camella seguía engordando.

Una tarde, cuando volvía de la escuela, la camella tenía a su lado un pequeño camello de color caramelo.

Y, ahora, la camella estaba de nuevo flaca.





Kori había visto que a su madre le había pasado lo mismo dos veces. Primero iba poniéndose gorda, cada vez más y, un día, su vientre volvía a ser igual que antes, y a su lado había un niño. Así aparecieron, como por magia, los hermanos pequeños de Kori.

Kori pensó que eso era lo que había pasado con la camella: había tenido un niño. Un niño de camello. Un camello recién nacido se llama, en la lengua de los saharauis, *huar*. Pero Kori tampoco lo podía saber.

Su tía estaba en el corral con la camella y su hijo, el *huar*. Señaló al pequeño camello y le dijo algo a Kori. Él sonrió. Le gustaba mucho el nuevo camello de color caramelo. Era torpe, apenas se sostenía sobre sus patas, largas y débiles. Y su pelo parecía suave; apetecía acariciarlo.

El *huar* buscaba las ubres de su madre y se metía debajo de su barriga. De vez en cuando, su madre le lamía la cara.

Kori reía lleno de gozo.

La tía de Kori volvió a señalar al *huar* y preguntó al niño, levantando la mano, qué le parecía. Kori asintió, con entusiasmo. Quería decir que le gustaba, que le gustaba mucho. Abría los ojos todo lo que podía, como si quisiera que el *huar* entrara por ellos.

Su tía dejó que Kori pasara al corral con ella, para que acariciara al camello. Sujetó a la camella, y Kori se pudo acercar a su hijo. El pequeño animal miró hacia Kori y movió sus labios.

Kori entendió: Labios redondos, Boca estirada. Es decir, Kori.

“¡Sabe cómo me llamo!” pensó Kori.

Lo señaló y levantó los dedos de una mano. Quería decir: “Y tú, cómo te llamas?”

El camellito siguió moviendo los labios, y Kori entendió: Labios abiertos, Labios cerrados, Labios abiertos, Labios cerrados...

Kori rio otra vez y pasó la mano por la cabeza del pequeño. La encontró suave y tibia.

En su mente, Kori llamó al *huar* Caramelo.

Su color y su dulzura le recordaban a esa cosa que venía envuelta en papelitos brillantes, se metía en la boca y sabía dulce.

“Te llamaré Caramelo”, pensó, al tiempo que movía sus labios mudos.

El *huar* miró a Kori con ternura. Kori pensó que aceptaba su nombre. Desde ese momento, los dos se quisieron.

KORI SE LLEVÓ UN PUÑADO DE HIERBA del pequeño patio de su *jaima*. Fue al día siguiente. Nada más salir de la escuela, y era para el *huar* de color caramelo.

Durante toda la mañana estuvo dibujando a la camella y a su hijo. La maestra quería que encajara unas piezas de plástico de colores en una caja, pero Kori sólo quería dibujar a la camella y a Caramelo. Una y otra vez, cada vez mejor.

Había pensado qué regalo podía llevar al *huar* y, finalmente, había decidido que el mejor era un puñado de verde hierba de cebada, de la que cultivaba su madre en un rincón del patio, junto a la llave de la pequeña cubeta de metal en la que guardaba el agua.

En lugar de pasar por los corrales, como solía, esta vez se dirigió a casa. Trató de decirle a su madre que había nacido un camellito que era de color caramelo, que la camella ya no estaba gorda, que a él le gustaba mucho el camellito, que se llamaba Caramelo y que quería llevarle un poco de hierba como regalo. Pero su madre estaba muy ocupada y no entendía los gestos de Kori.

Todo lo que se decían el uno al otro, por señas, era casi siempre lo mismo: comer, dormir, ir a la escuela, ir a la tiendita por té, por azúcar, por piedras de sal...

Y siempre lo hacían con los mismos gestos: comer era llevarse los dedos juntos a la boca; dormir, poner la mano abierta y apoyar en ella la oreja; ir a la escuela era señalar hacia ella y mover la mano como si dibujara. Gestos sencillos, que se repetían casi todos los días.

Por eso, las confusas señas de Kori tratando de explicarle lo del *huar* se perdían en la mente de Mahfuda, su madre. Y, además, Mahfuda siempre tenía cosas que hacer.

Dijo que sí, vagamente, con la cabeza, y dejó a Kori comiendo unas lentejas con sus hermanos.

Kori tenía dos hermanas mayores que él y dos menores, niña y niño. La mayor de todos ya no estaba en la *jaima* con ellos. Venía de vez en cuando, y leía grandes libros, escribía en un cuaderno, y

acariciaba a Kori con ternura. Los libros de su hermana mayor eran todavía un misterio para él.

La otra hermana aún estaba con ellos, pero se ponía ya la *melfa*, la túnica que visten las saharauis cuando son mujeres y dejan de ser niñas. Kori se imaginaba que pronto seguiría los pasos de la hermana mayor, donde fuera que hubiera ido ésta, y que después también volvería cargada con grandes y enigmáticos libros.

Luego estaba él, y tras él sus dos hermanos pequeños, Brahim y Naisma. Kori tampoco conocía sus nombres: sólo unos movimientos confusos de labios que aún no había logrado aprender.

Brahim y Naisma tenían siempre mocos en sus narices y en sus labios, se pegaban todo el rato entre ellos, y su madre los castigaba a los dos. Cuando se enfadaba mucho, que era casi siempre, señalaba fuera de la *jaima*: decía algo con la boca muy abierta, y los dos niños se iban llorando.

Kori acabó de comer sus lentejas y salió al patio. Miró hacía los lados y no vio a su madre ni a su hermana mayor, ni tampoco a los dos pequeños. Encontró las tijeras viejas con las que su madre cortaba la hierba, y escogiendo las briznas de una en una, cada una de un sitio para que no se notara su falta, fue formando un puñado en su mano.

Cuando acabó, dejó las tijeras en el mismo sitio donde las había encontrado y miró la pequeñísima plantación de cebada; nadie se daría cuenta. Metió la mano con el puñado de hierba debajo de su camisa y se fue hacia los corrales.

En el camino, no hizo caso a nadie. Vio a otros niños jugando, pasó bastante cerca de un partido de fútbol e incluso esquivó una piedra que casi lo rozó. Los niños del campamento solían lanzarle piedras, y si él se enfrentaba con ellos, le pegaban y lo tiraban al suelo, se llevaban un dedo a la sien, lo señalaban y se burlaban de él.

Esta vez no hizo ni caso. Apretó el paso y siguió, sin volverse siquiera.

Cuando Kori llegó al corral de la camella y su hijo, éste levantó la cabeza y se acercó a la reja, emitiendo un rugido. Kori no lo podía oír, puesto que era sordo, pero se le iluminó el rostro cuando vio que Caramelo se le acercaba. Movi6 sus labios pensando que con aquellos movimientos le decía: “Toma, Caramelo, te traigo cebada”.

Caramelo movió también los suyos y acercó aún más el morro a la reja, oliendo el puñado de hierba que Kori le ofrecía. Mordió las puntas, las masticó, y de inmediato estiró el cuello para conseguir más. Kori dejó que se llevara todo el puñado.

Caramelo se quedó, un buen rato, masticando con placer aquella jugosa hierba. Para Kori, el movimiento de su boca quería decir cosas como “está buena la cebada”, “su color es verde brillante”, “sabe a rocío”...

Ésas eran, para Kori, las palabras de Caramelo.

Durante toda la tarde, Kori y el pequeño camello charlaron. Kori metía la mano por la reja y acariciaba la cabeza y el morro de Caramelo, y Caramelo seguía, para Kori, con su parloteo interminable.

La camella miraba la escena con gesto de aburrimiento, de reojo, como si la cosa no fuera con ella. Tampoco Kori la miraba; sólo tenía ojos ya para su pequeño amigo.

KORI VISITABA A CAMELO TODOS LOS DÍAS, sin faltar uno. Se pasaba las tardes con él, junto al corral, aunque hiciera mucho calor, aunque hiciera viento, o aunque hubiera, incluso, una de las terribles tormentas de arena que solían azotar el campamento.



Para Kori, Caramelo era el amigo que no había tenido nunca. Con él trataba de hacer lo que creía que hacían los demás: pensaba lo que iba a decir, movía los labios para comunicarle a Caramelo aquellos pensamientos, y Caramelo contestaba moviendo los suyos.

Al principio, le costaba entender lo que decía el *huar* pero, poco a poco, lo fue logrando.

Kori trataba de leer en sus labios, y creía que Caramelo le hablaba del desierto, de cuánto le gustaría estar ahí, donde había hierba verde por todos lados, y cientos de camellos, y fogatas junto a las *jaimas*, y otros *huars* con los que jugar.

Todo eso, le decía Caramelo a Kori, se lo había contado su madre.



La madre de Caramelo había vivido en el desierto muchos años, con un rebaño de más de cuarenta camellos, y juntos habían recorrido muchos kilómetros, muchos, en compañía de hombres, mujeres y niños, trasladando el campamento detrás de las lluvias, que significaban más pasto.

Caramelo le contaba aquello a Kori con frases maravillosas, con descripciones que hacían soñar a Kori y que le hacían pensar en palabras dulces, palabras de Caramelo.

Kori no sabía lo que era una poesía. Los saharauis aman la poesía y se recitan unos a otros poemas bellísimos. Pero Kori era sordo y no podía escucharlos. En su mente, ni siquiera existía la palabra

poesía, porque en su mente no existían las palabras. Sólo las ideas. En su imaginación, sin embargo, escuchaba a Caramelo decir cosas así:

*Los hombres serios del cielo
con sus mecheros encienden,
cuando la noche se extiende,
farolitos de hielo.*

Algunos niños de la escuela especial a la que iba Kori cada día, aprendían a...

...ESCRIBIR. Kori no sabía muy bien qué eran aquellos signos que otros niños aprendían a dibujar en sus cuadernos, pero veía a la maestra trazando líneas, como dunas, en el pizarrón.

Y los niños los copiaban, y luego los leían, moviendo los labios despacio.

¿Escribían palabras de Caramelo, como “agua de cristal”, como “farolitos de hielo”?

La maestra de Kori se llamaba Fatimetu. Dientes contra labios, Boca abierta, Dientes apretados, Labios estirados, Labios pegados, Labios apretados con un agujerito en el centro: Fa-ti-me-tu.

Fatimetu era buena. Acariciaba siempre a Kori como Kori acariciaba a Caramelo. Le enseñaba a atarse los zapatos y a dibujar. ¿Le enseñaría a escribir, también? Quería escribir las palabras hermosas que Caramelo le decía por las tardes.

Una mañana, agarró a Fatimetu por la manga y señaló con el dedo el pizarrón, el cuaderno de otro niño, el bolígrafo. Fatimetu le



entendió; sabía que quería aprender a escribir y a leer. Pero ¿cómo enseñarle a él, un niño sordomudo?

Le acarició el pelo, formó en su boca una sonrisa triste y dijo que no con la cabeza.

Kori lloró toda la mañana, toda la tarde, toda la noche.

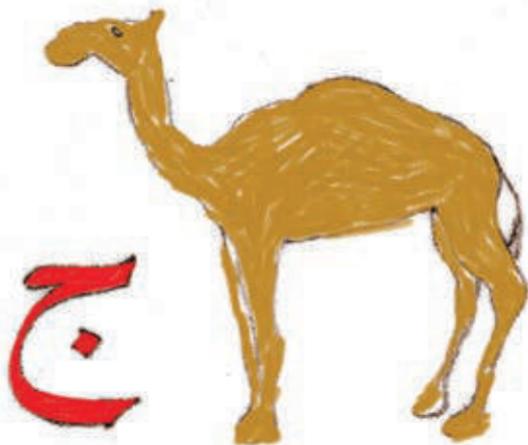
Cuando llegó de nuevo a la escuela, se sentó en su pupitre, hundió la cabeza entre los brazos y no quiso hacer nada. Tampoco en casa. Comió sin ganas y al acabar corrió a los corrales con un puñado de hierba bajo su camisa, y estuvo toda la tarde junto a Caramelo.

El camello le hablaba de las vastas praderas que había más allá de la arena y las piedras, pero Kori no podía escribir “ríos frescos”, ni “mares de hierba”.

¡Era injusto que no pudiera escribir las palabras de Caramelo!

Y por la noche, en la *jaima*, ni siquiera quiso cenar, no quiso tampoco beber té, ni quiso las caricias de su madre, que no sabía qué le pasaba a su hijo.

Al día siguiente, nada más llegar a la escuela, incluso antes de sentarse, volvió a agarrar a la maestra por la manga, y la llevó hasta la tarima, señalando el pizarrón, el cuaderno, a él... Mientras lo hacía emitía sonidos llenos de energía, que, al fin, conmovieron a Fatimetu.



—Te enseñaré, Kori, te enseñaré. No sé cómo, pero te enseñaré. Desde luego, no fue fácil. Fatimetu empezó por escribir Kori en el cuaderno, y le señaló.

Kori sintió una gran excitación:

¿Aquellos signos con forma de dunas eran él? ¿Su nombre?
¿Labios redondos, dientes?

—Ko-ri —repetía Fatimetu, asintiendo. Llevaba los dedos del niño hasta su garganta y volvía a pronunciarlo, dejando que Kori sintiera la vibración de sus cuerdas vocales en las yemas de sus dedos.

Kori dibujó su nombre, más o menos bien, más o menos mal. Luego, Fatimetu se señaló a sí misma, dijo “Fatimetu”, y lo escribió.



Y así empezó Kori a leer y escribir.

EL DÍA DEL ECLIPSE DE SOL, varios meses más tarde, Kori logró escribir su primera frase. Ese día, los buenos creyentes se ocultaron en las *jaimas*, en los hospitales, en las escuelas y en las casitas de adobe porque Alá no quería que vieran el sol oculto por la luna. No estaba bien.

Kori había ido a la escuela, como cada día; se dio cuenta de que la luz disminuía poco a poco, al otro lado de las ventanas. La maestra miraba de reojo hacía el cuadradito de cielo que se podía ver desde la clase. Luego, se hizo casi de noche en mitad del día, y los niños se alteraron.

Se levantaron de sus pupitres y salieron corriendo al patio de la escuela. La maestra no podía ir con ellos, pero se dijo que a los niños no les pasaría nada, porque eran inocentes. No sabían que ofendían a Dios, y Dios no podía enojarse con ellos.

Kori también salió al patio y vio el sol velado, una mancha oscura en medio del cielo. Pensó en Caramelo. Siempre que le pasaba algo extraordinario pensaba en Caramelo, su pequeño camello, su amigo. ¿Era malo aquello que ocurría en el cielo? ¿Se apagaba el sol? Y si se apagaba el sol, ¿se acababa la vida?

Salió del patio y echó a correr hacia los corrales, llorando. Caramelo y su madre, la gran camella, estaban también inquietos. Kori se acercó a Caramelo, y éste se acercó a él. Lamió su mano y habló, en aquel lenguaje mudo que sólo Kori entendía.

Kori señaló el sol oscuro con los ojos llenos de angustia, y Caramelo miró también. Los dos se quedaron contemplando el eclipse

un buen rato. Pero Caramelo pareció calmarse. Eso tranquilizó al niño. Luego, Caramelo miró a Kori, y Kori a Caramelo.

Caramelo volvió a su incansable rumiar, y Kori leyó en sus labios.

Asintió con la cabeza, con entusiasmo, y volvió a mirar el sol, oculto tras la luna.

“Sí —se dijo—, eso es”. Y acarició a Caramelo, sonriendo, mientras éste le lamía la mano.

Cuando el sol comenzó a renacer tras el velo de la luna, Kori se despidió de su amigo y volvió, a la carrera, a la escuela. Fatimetu le preguntó con las manos dónde había estado. Kori se encogió de hombros y sonrió, como hacía cuando no quería dar demasiadas explicaciones. Se sentó y se puso a escribir en su cuaderno.

Era un cuaderno de ejercicios con hojas rayadas, en el que ya copiaba frases de un libro. Fatimetu estaba contenta con sus progresos. Notaba que Kori amaba la escritura, y ya lo hacía mejor que otros niños de la escuela especial. Mejor incluso, pensaba ella, que algunos niños de la escuela normal, que no sabían lo privilegiados que eran por tener ojos que veían, oídos que oían, y bocas que hablaban.

El sol volvía a lucir, y la escuela volvía a estar iluminada.

“Gracias a Dios”, pensó Fatimetu.

Avanzó hacia el pupitre de Kori, se inclinó por encima de su hombro, y leyó:

El sol y la luna se aman, y por eso se unen en el cielo.

Fatimetu no podía creer lo que estaba viendo. La frase estaba escrita con algunas faltas, pero se entendía muy bien: “*El sol y la luna se aman...*”

Fatimetu puso el dedo encima de la frase, y mirando a los ojos de Kori le preguntó, con los dedos de la mano hacia arriba, de dónde había salido aquello. No era un ejercicio, y parecía referirse al eclipse.

“Es verdad —pensó Fatimetu—, la luna había ocultado al sol, como hacían los hombres en el baile, cuando levantaban los brazos y con la

darráa, una especie de túnica que visten los hombres en el Sahara, ocultaban a la bailarina”.

Kori se puso muy serio y escribió en su cuaderno:

Son palabras de Caramelo.

Fatimetu ya sabía que Caramelo era un camellito de los corrales. Un día había acompañado a Kori hasta allí, y Kori le había dicho, con gestos, que se llamaba Caramelo, y también le había explicado que los dos solían hablar, y que Caramelo era su mejor amigo.

Fatimetu sonrió y acarició la cabeza de Kori. Ahora, se sentía feliz por haberle enseñado a leer y a escribir.



El día del eclipse de sol, el día que Kori escribió *“El sol y la luna se aman”* fue tan sólo el primero. Kori siguió escribiendo frases hermosas, cada vez más largas, ante el asombro de Fatimetu. Aquellas frases sonaban, leídas en voz alta, como los poemas de los viejos poetas saharauis. Al fin y al cabo, se dijo la maestra, los versos de los viejos poetas también sonaban dulces, como palabras de Caramelo...

Fatimetu no se lo dijo a nadie, ni siquiera al director de la escuela especial. No lo habrían entendido. Ni ella misma lo entendía muy bien, y tenía miedo de que se rieran de ella y de Kori, al que quería cada vez más.



Por las tardes, Kori llevaba al corral del pequeño camello una hoja de su cuaderno, escrita con las frases que él había leído en los labios de Caramelo. Se la enseñaba, y Caramelo alargaba el cuello y se comía la hoja. Tranquilo y agradecido, como cuando Kori le llevaba un puñado de hierba o un trozo de pan, o un poco de grano, o unos garbanzos.

Kori no podía saber que Caramelo se comía la hoja de papel porque el papel tiene celulosa, y le gustaba. Al principio se enfadó con el *huar*, pero Kori acabó por pensar que aquella era su forma de leer lo que él había escrito, que era, al fin y al cabo, lo que el propio Caramelo le había dictado. Se comía sus versos, es decir, leía, a su manera, sus propios versos. Después de todo, eran palabras muy dulces.

Pasaron los meses, y pasó un año, y Caramelo creció. Se convirtió en un camello alto y fuerte.

Kori iba a los corrales con el cuaderno debajo del brazo, se sentaba delante de Caramelo, y copiaba los versos que creía que Caramelo le dictaba al mover los labios, como los de los camellos del aire...

*Hay en las nubes camellos blancos,
que pastan hierba de algodón
y beben en los pozos del cielo...
Hay en el sol camellos dorados,
que beben agua
y pastan hierba de fuego.*

Kori no se los enseñaba a nadie, salvo a Fatimetu, la maestra.

Fue una época muy feliz, la más feliz de la hasta entonces corta vida de Kori.

Pero un día, cuando el hambre apretaba en los campamentos y los niños pedían comida, Ahmed, el tío del niño, decidió que había llegado...

...LA HORA DEL SACRIFICIO. Ahmed, sin embargo, temía el momento de decirle a su pequeño sobrino lo que debía hacer, porque sabía muy bien cuánto quería al camello. La relación tan dulce y estrecha que había entre los dos.

Era un enorme problema para él. La carne del camello, que ya era casi un adulto, se haría cada vez más dura, y sería una boca más que alimentar. Si fuera camella, su vida serviría para dar leche, para criar otros camellos, pero al ser camello... Sólo servía para carne.

Pese a todo, consultó con Dios en sus cinco oraciones del día, y cuando la noche cayó, al acabar la quinta oración, supo que su obligación era sacrificar al camello. Su familia, su pueblo, sobrevivía en pobres campamentos de refugiados, y necesitaban carne. Dejar vivir a un camello macho era un lujo que los refugiados no se podían permitir.

Lo haría. No tenía otro remedio. Pero, ¿cómo decírselo a Kori, el pequeño sordomudo que pasaba tantas horas con él, que amaba tanto al joven camello?

El rumor se extendió por el barrio. Y alguien, con mucha crueldad, le dijo a Kori que... e hizo un gesto inequívoco con el dedo índice sobre el cuello, señalando al camello. Kori entendió qué quería decir ese gesto. Había visto muchas veces cómo los hombres serios se llevaban un camello al campo de los sacrificios. De lejos, sin atreverse a ir hasta allí, había visto con horror cómo lo obligaban a

arrodillarse y, cómo después de orar, orientando la cabeza del camello hacia la Meca para que el sacrificio fuera del agrado de Dios, lo degollaban.

Eso era lo que el gesto quería decir: un dedo, como un cuchillo, pasando por el cuello de Caramelo.

Kori lloró desconsoladamente al comprenderlo. Sus gritos poco articulados resonaban en todo el campamento, y hasta los animales de los corrales miraban hacia él, en silencio, asustados, intuyendo la muerte.

La tía, la madre de Kori y las demás mujeres del barrio se entristecieron y pidieron a Ahmed que no sacrificara al camello. El pobre hombre se sentía muy mal. Quería al niño y se compadecía de él. Todavía buscó en el cielo una señal que le dijera que no debía sacrificar al camello, pero no la halló.

Kori lloraba, junto al corral.

Su tío tomó la cabeza del pequeño sordomudo entre sus manos y dejó que llorara y llorara, hasta que sus lágrimas se agotaron y dejó de hipar. Limpió la saliva que corría por su barbilla y acarició su cabeza. Un hombre saharauí nunca llora delante de las mujeres y de los niños; está mal visto, pero Ahmed también lloró.

Sentó a Kori en sus rodillas y atrajo su cabeza contra su pecho. Cuando los sollozos de Kori se fueron espaciando, lo separó y lo miró a los ojos para que viera sus lágrimas. Y aún más, tomó la mano derecha de Kori y la acercó a sus ojos, dejó que el niño mojará sus dedos en sus lágrimas para que entendiera que también a él le dolía lo que había que hacer. Kori lo entendió y no lloró más.

En los días que siguieron sólo se separó de su amigo en las horas de la noche. Dejó de ir a la escuela. Nada más despertarse, con las primeras luces del alba, corría al corral y se sentaba frente a Caramelo, con su cuaderno entre las manos.

Una tarde, cuando apenas quedaban dos días para el sacrificio...

KORI TOMÓ UNA DECISIÓN. Regresó a su *jaima*, cenó en silencio, se acostó pero no se durmió. Unas horas después, al escuchar que de los cuerpos de su madre y sus hermanos ya se elevaba un rumor de sueño, Kori se levantó en silencio, con cuidado de no despertar a nadie. Pasó por la pequeña cocina, se ató a la cintura una cantimplora llena de agua, se metió en los bolsillos todo el pan que encontró, se puso el turbante y una chamarra, y abandonó la *jaima*.

El campamento tenía una extraña luz blanca, bañado por la luna, casi llena. Nada se movía, y apenas se oía unos tos, una puerta chirriando...

Kori se dirigió a los corrales. La luna hacía que algunos fragmentos de metal brillaran pálidamente. Allí estaba el corral, su corral, el corral de Caramelo. El camello dormía, al igual que su madre. Pero al sentir las pisadas de Kori en las piedras, Caramelo abrió los ojos y lo miró con sorpresa. Se levantó sobre sus patas y se acercó al niño. Kori no se retrasó un instante. Abrió la puerta, quitando el alambre que la sujetaba, entró en el corral y abrazó a Caramelo.

Pensó: "Nos vamos". Y movió los labios. Por si acaso, Kori buscó una cuerda, deshizo el nudo, la pasó por el cuello de Caramelo, y lo obligó con suaves tirones a salir del corral.

Se fueron en dirección a la *güera*, la colina que protegía los corrales de las tormentas de arena. Un perro ladró a lo lejos, pero nada se movía. El campamento dormía y las *jaimas* parecían fantasmas descansando en el desierto.

Media hora después, cuando se volvió hacia atrás, ya no se veía el campamento. Sólo la luna, flotando, y la colina, una masa lechosa en medio de la nada.

Kori soñaba con el desierto, con la hierba, con los árboles, con los cauces secos de los antiguos ríos, con una *jaima* escondida debajo de las acacias, una *jaima* para ellos dos, para siempre, lejos de los hombres serios y sus reglas, sus sacrificios y su impasible gesto. Y con ese sueño en su mente, caminaba junto a Caramelo, sin detenerse un minuto, hacia el sur, hacía la hierba y los pozos.

El amanecer fue frío. Kori se abrochó la chamarra y se apretó el turbante negro, dejando apenas una rendija para sus ojos. Respiraba su propio aliento, y así recuperaba el poco calor que exhalaba. El sol asomó por el este como un brasero enrojecido por el fuego, y el desierto se encendió. Sombras rosadas, pero sombras en la nada. Ni un árbol, ni un poco de hierba, nada. Una vasta desolación, una ausencia infinita.

Kori miró a Caramelo, pensó: “¿Hacia dónde vamos?” y movió los labios. Caramelo movía los suyos, rumiando incansable. Sus ojos parecían cansados. Kori leyó en ellos: “Sígueme”.

Kori no podía saber que un camello cuya madre bebió en un pozo conserva una memoria escondida sobre la dirección que debe seguir para llegar al pozo. Caramelo tampoco lo sabía, pero algo en su mente le decía: “Hacia allí, hacia allí”. Y Kori le seguía.

Al despertarse con la luz del sol que iluminaba la *jaima*, la madre de Kori se levantó con dificultad. Tenía tantas cosas que hacer... Pasó por encima de los cuerpos envueltos en mantas de sus hijos, pero no se dio cuenta de que la manta de Kori no cubría ningún cuerpo. Fue a la cocina y se puso a cortar pan, después de verter un poco de aceite en un cuenco de loza. Al hacerlo, vio que había poco pan, apenas para seis

o siete rebanadas, pero sólo cuando llamó a sus hijos para el desayuno descubrió que faltaba Kori.

—¿Y Kori?

—Durmiendo —dijo la mayor de sus hijas.

—Despiértalo.

La niña volvió con una expresión de sorpresa.

—No está.

Al principio, Mahfuda quiso creer que estaría cerca, que se habría despertado pronto y habría salido para ir a hacer sus necesidades en el retrete común. Y, cuando media hora después no había vuelto, pensó que habría ido a los corrales a escribir en su cuaderno, como hacía desde que había aprendido.

El sol ya se había despegado del horizonte. Mahfuda fue caminando hacia los corrales, pero pensar en la falta del pan en la cocina comenzaba a causarle una gran angustia. Y al llegar a los corrales, la verdad se le reveló como un mazazo: Kori no estaba junto al corral, ni tampoco Caramelo estaba dentro.

—¡Se fueron!

Cuando el tío de Kori supo lo que había pasado, fue corriendo a la *jaima* de uno de los hombres serios que tenía unos prismáticos.

Luego, subió a la colina y recorrió la desolada planicie mirando a través de ellos.

—Ni rastro —musitó.

Esa palabra, rastro, sin embargo, le dio una idea. Bajó de la colina y se dirigió a los corrales. No tardó en encontrar la huellas de Kori, junto a las de Caramelo, alejándose del corral en dirección a la colina, casi por donde él mismo había venido.

Las siguió, y rodeó el pequeño promontorio por su lado sur, hasta que comprobó que se perdían en un vasto campo de piedras

calcinadas. Desde allí, volvió a enfocar los prismáticos, barriendo el horizonte.

—Nada —murmuró una vez más, abatido y preocupado.

No fue fácil encontrar a alguien que tuviera un Land Rover dispuesto para salir a la *hammad*, en busca de Kori. Unos estaban averiados, otros no tenían bastante combustible...

Ya era mediodía cuando el tío de Kori logró encontrar a Chej, un buen amigo, siempre dispuesto a echar una mano a quien fuera, y que tenía el coche a punto.

Chej se ajustó el turbante y encendió el motor del coche.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el sur.



Pero los caminos del sur son infinitos. Ahmed, mientras recorrían los primeros centenares de metros, recordó los versos de un joven poeta saharai, Limam Boicha:

*No olvides
los nombres de Dios
cuando salgas
a los caminos del sur.*



Tras doce horas de camino agotador, Kori sentía crecer en su pecho la angustia. Habían encontrado una *talja*, una acacia espinosa, solitaria y achaparrada por el viento y las tormentas de arena. Pero a su alrededor no había nada.

Era la hora de más calor, y Kori sacó su cantimplora para echar un trago. Caramelo se había arrimado al tronco áspero de la *talja* y se rascaba contra él.

“Aquí no hay nada”, pensó Kori, y movió los labios hacia Caramelo. El camello entornó sus ojos y miró hacia el sur. Sus labios se movían.

“Hacia allí”, entendió Kori.

Volvió a apretarse el turbante y echó a andar. Caramelo lo siguió, y luego se le adelantó. De vez en cuando giraba el cuello para comprobar que Kori no se retrasaba.

Al anochecer, encontraron el cauce seco de un río en el que crecían unos pobres matojos de hierba, a la escasa sombra de un grupito de *taljas*. Caramelo se apresuró, y comenzó a mordisquear las puntas menos reseacas de los hierbajos. Kori se sentó en el suelo, aspirando el aire. Se quitó el turbante e hizo con él una almohada. Mientras Caramelo se movía despacio, buscando los brotes más tiernos, Kori se quedó dormido.

Era de noche cuando se despertó. La luna aún no había hecho su aparición, y el cielo se había cuajado de estrellas; una infinidad de fuegos fríos en el silencio negro. Caramelo se había postrado junto a él, sobre las patas dobladas, con los ojos cerrados.



Al sentir el rumor de la ropa de Kori, Caramelo abrió los ojos. Y movió los labios, rumiando lo poco que había podido arrancar a aquella desolada naturaleza. Y Kori leyó en ellos:

*Ésta no es la tierra con la que soñaba
en el vientre de mi madre.
Ésta no es la campiña, ni éste es el río.
Esta soledad está muerta,
no es la soledad de los dulces pastos.
Mi corazón me dice que vaya hacia el sur,
pero mi olfato no ventea la hierba, ni el agua,
ni los dulces montes rodeados de árboles.*

Sus labios se detuvieron un instante, y luego siguieron moviéndose con serena cadencia:

*Estamos perdidos, pequeño Kori,
pero mi arroyo eres tú,
y tu hierba soy yo.*

Kori sintió una honda emoción, se abrazó al cuello de Caramelo y cerró los ojos, llenos de estrellas y palabras. No entendía nada de lo que significaba aquella desolación, porque un niño sordo no podía saber que su pueblo no vivía en su tierra, que aquel desierto no era el suyo, el de su pueblo, sino el desierto del desierto; un trozo de tierra estéril donde les habían dejado plantar sus tiendas, muchos años atrás. Y que estaba tan lejos de los pastos y de los montes como del mar. Kori era tan sólo el más pequeño, el más humilde y golpeado de los hijos del exilio. Los pastos estaban hacia el sur, sí, pero tan lejos que no los habría alcanzado nunca.

Él no lo podía saber. Pero Caramelo ya lo sabía. Su olfato, su instinto, su memoria heredada del vientre de su madre, le había dicho ya que no llegarían jamás. Aquella tierra estéril era la *hammadá*, que en árabe quiere decir “cuánto dolor”...

El joven camello cerró los ojos después de levantar una vez más la vista hacia las estrellas y lanzar un hondo y quejoso rugido que, a su modo, también significaba cuánto dolor. Pero Kori era sordo, y no lo pudo escuchar.

Cuando Chej vio los dos puntitos en la lejanía, a través de los prismáticos, el sol ya se había elevado un buen trozo sobre el horizonte.

—¡Allí están!

Kori vio cómo se enderezaban las orejas de Caramelo, y al ver que dirigía su mirada hacia el horizonte, por encima de su hombro, supo que su intento de huida, con Caramelo, había llegado al final. Se sentó en el suelo, cerca del camello, y esperó, mirando hacia el mismo punto que Caramelo.

Poco a poco, fue distinguiendo un pequeño gusano de polvo en la distancia.

Unos minutos más tarde, se dejaba abrazar por su tío Ahmed.

No levantó la mirada hacia él porque no se sentía culpable de nada.

Pero tampoco protestó, ni lloró porque también sabía que no podía hacer ya nada más.

Chej, que asistía en silencio al encuentro, pasó una cuerda por el cuello de Caramelo y lo ató al Land Rover.

Los tres, Chej al volante, Kori en medio y su tío a la derecha, ocuparon el asiento delantero del coche. Y sin forzar la marcha, sin obligar a correr siquiera al joven camello, emprendieron el camino de regreso, hacia el norte, hacia el corazón de la nada, el corazón del desierto del desierto, el centro desolado de la inmisericorde *hammadá*.

EL DÍA FIJADO POR LOS HOMBRES SERIOS, su madre intentó distraer a Kori, llevándolo con ella a comprar chucherías en las tiendecitas del barrio. Pero el niño no quiso ir. Como cada día, se vistió y se encaminó hacia los corrales. Llegó al de Caramelo. Se sentó en el suelo y aguardó la hora, sin hacer un gesto, sin llorar.

Poco después, se presentaron su tío, el matarife y otros dos hombres que les iban a ayudar. Todos iban embozados en sus turbantes negros y ninguno se atrevía a mirar al niño. Kori tampoco los miraba a ellos. No tenía ojos más que para su amado Caramelo.

Los hombres serios llevaron al camello a la *hammada*, tras la colina, al lugar en el que se hacían los sacrificios: una enorme superficie desolada, en la que sólo se veían las pieles y los huesos, testigos de otros muchos sacrificios, y la silueta negra de los cuervos.

Kori siguió a la comitiva de cerca, con la cabeza baja y los ojos encendidos.

Al llegar al lugar elegido, hicieron que el camello doblara las patas. Había un silencio insólito.

Kori se acuclilló delante del camello y le miró a los ojos y a la boca. Caramelo le miraba también, y rumiaba, moviendo los labios y la lengua. Kori también movía los labios y la lengua, mientras de sus ojos caían lágrimas, despacio, sin sollozos, sin ningún sonido.

A una seña de su tío, los hombres del turbante negro agarraron al camello de la cabeza, obligándole a permanecer en dirección a la Meca, y el matarife lo degolló.

Cuando el camello gritó su sorpresa y su dolor, cuando dio un alarido de decepción y de rabia, Kori se puso de pie de un salto, asustado por los gestos y la sangre que brotaba del cuello de Caramelo.

Miraba al camello y éste le devolvía la mirada, moviendo todavía los labios mientras la vida se le escapaba.

Entonces, Kori venció sus deseos de salir corriendo, de huir, de no ver. Se puso de nuevo en cuclillas, se acercó cuanto pudo a Caramelo, sacó de sus ropas el cuadernito y el bolígrafo, y fue escribiendo todo lo que creía escuchar que salía de los labios del camello.



Los párpados descendían sobre los ojos de Caramelo, y el movimiento de su boca fue más y más lento, hasta que por fin cesó. El niño se levantó, besó la cabeza quieta de Caramelo, y se alejó de allí, sin volver la cabeza.

Dicen que Ahmed y varios de los hombres serios, lloraron en silencio, ocultando sus ojos húmedos de los demás, detrás de sus turbantes negros.

Kori subió a lo más alto de la colina, se sentó en una piedra e, inclinado de nuevo sobre su cuaderno, siguió escribiendo durante todo el día palabras como éstas:



*No llores porque la vida se acabe;
piensa en lo que hemos vivido...
Yo lo acepto,
me voy con tu recuerdo
a los pastos del cielo...
Y mientras tú vivas
yo siempre estaré contigo.
Tú aún no lo entiendes,
pero cuando la noche te alcance,
lo entenderás también
pequeño Kori mi único amigo...*

KORI CRECIÓ, luchó contra las barreras de la sordera y la mudez, y aprendió a hablar con una voz extraña, pero hermosa y rotunda. Nunca dejó de escribir poemas.

Ya era un joven admirado y respetado, pero cada tarde se iba con su cuaderno y su bolígrafo a los corrales del campamento de Smara. Se sentaba en el suelo y algunos cuentan que parecía dialogar con los camellos.

Después, subía a la colina, desde la que se dominaba la enorme ciudad de adobe y lona, hacia un lado; y la despiadada y pedregosa *hammada* hacia el otro. Allí trabajaba sobre su cuaderno, escribiendo y meditando. Tanto si hacía buen tiempo como si soplaban alguno de los muchos vientos malos, cargados de arena y polvo; entonces, se protegía el rostro y la cabeza con el turbante, y nada parecía distraerlo.

Sólo los niños, todas las tardes después de la escuela, subían en grupos para jugar deslizándose por las laderas de la colina. A menudo Kori charlaba con ellos; se colocaba el audífono para escuchar sus voces y sus risas, y les recitaba cortos poemas infantiles, inge-

nuos y puros. Entonces los hacía reír con las rimas más sencillas, y los emocionaba con las historias más hondas surgidas de su cuaderno. Luego, volvían a deslizarse por la ladera, y Kori se quitaba el audífono y seguía escribiendo, siempre sonriendo.

Cuando Kori veía a los niños correr y jugar, a las madres trabajando en las *jaimas*, a los hombres serios yendo hacia sus serios destinos, pensaba: “Ahí está Caramelo, en su fuerza, en su vida”.





Los ancianos también reconocían en Kori a un gran poeta. Una mañana, Kori vio cómo subía hacia la colina uno de ellos. Lo conocía: era Bati, el mejor, el más grande de los poetas saharauis. Bati saludó, desgranando el largo ritual de palabras de los saharauis, y se sentó junto a él.

Durante unos minutos, no se oía nada más que el roce de la punta del bolígrafo en la hoja de papel del cuaderno de Kori. Él no lo podía escuchar porque no se había puesto el audífono. Por fin, Bati habló, y Kori leyó en sus labios con atención:

—He escuchado un poema tuyo.

—¿Sí? —preguntó Kori, sinceramente sorprendido.

—Sí. Era un poema bello, muy bello. Al escucharlo, sentí la misma emoción que siento tan sólo leyendo los más ricos versos del Corán.



“Eso es decir mucho. Demasiado”, pensó Kori. No acertó a decir palabra. Bati miraba hacia el campamento, que reverberaba bajo el sol. Y de pronto comenzó a recitar el poema de Kori.

El joven poeta, leyendo aquellos versos en los labios del más venerado de los poetas saharauis, sintió un nudo de emoción en su garganta. Cuando sus labios se cerraron y se extinguió el último verso en el silencio de la mañana, Bati preguntó, casi para sí mismo:

—¿De dónde pudo surgir una inspiración tan honda, para escribir algo tan hermoso?

Kori agachó la cabeza y trazó unas letras en la arena. Después de un largo silencio, dijo:

—No son mis versos. Yo sólo los escribí. Me los recitó hace mucho tiempo mi mejor amigo, justo antes de morir. Yo los leí en sus labios como los leí ahora en los tuyos.



Bati parecía conmovido, y acariciaba sus labios con un dedo, pensativo. Al cabo de un momento, Kori añadió:

—Nunca, nunca he tenido un amigo igual. Fue ahí abajo, en el campo de los sacrificios de los camellos, cuando yo aún era un niño.

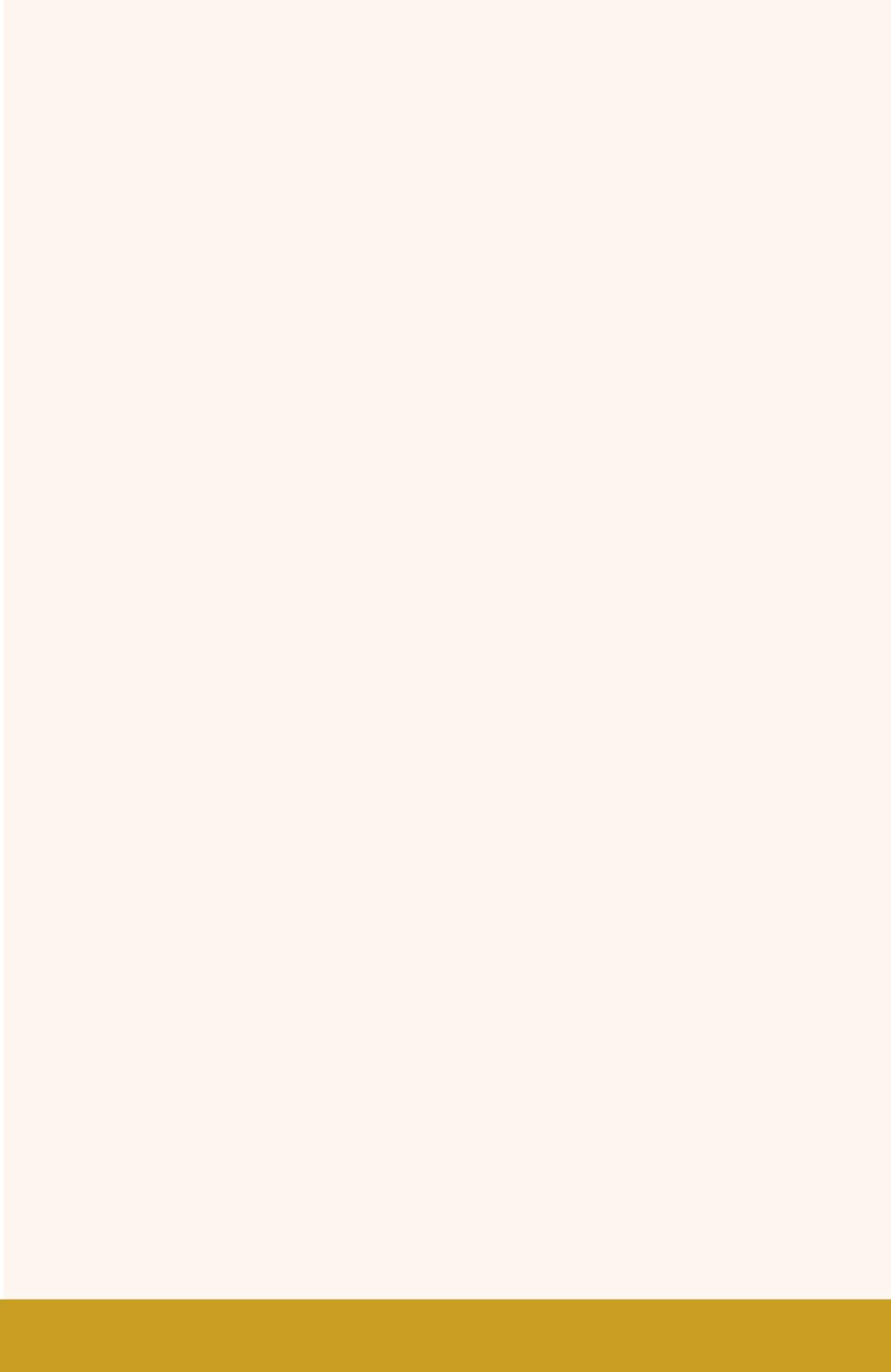
Bati lo entendió. “De modo —se dijo— que lo que se cuenta como una leyenda, es verdad”.

—Tu amigo se llamaba Caramelo, ¿verdad?

Kori asintió, en silencio, con la vista perdida entre los corrales.

El poema de Kori se llamaba como este libro, *Palabras de Caramelo*.

Si quieres conocer la historia de otro niño y lo que ocurre cuando crece, lee *El Lazarillo contado a los niños*. Búscala en tu Biblioteca Escolar.



Bibliografía

1. Montes, Mario (1991). “El sube y baja”, en *Cancionero mexicano*, María Luisa Valdivia, sel., México, Secretaría de Educación Pública-Trillas, 1991 (Libros del Rincón).
2. Tata Nacho (1991). “Adiós mi chaparrita”, en *Cancionero mexicano*, María Luisa Valdivia, sel., México, Secretaría de Educación Pública-Trillas, 1991 (Libros del Rincón).
3. Machado, Antonio (1983). “Las moscas”, en *Soledades. Galerías. Otros poemas*, Geoffrey Ribbans, ed. Madrid, Cátedra, 1983 (Letras hispánicas, 180).
4. Enciso L., Angélica (2013). “Estoy enamorado de las moscas de la fruta; son fascinantes: Ramón Aluja”, en *La Jornada*, 5 de diciembre.
6. Monterroso, Augusto (1990). “La rana que quería ser una rana auténtica”, en *La oveja negra y demás fábulas*, México, Era.
7. “La Pobreza”, en *Cuentos ocultos de Europa del Este*, versión de Antonia Barber, México, Secretaría de Educación Pública-Ramón Llaca, 2004 (Libros del Rincón).
8. Cortázar, Julio (2000). “Instrucciones para cantar”, en *Historia de cronopios y de famas*, Buenos Aires, Alfaguara, (Biblioteca Cortázar).
9. Espronceda, José de (1972). “La canción del pirata”, en *Poesías completas*, Barcelona, Bruguera.
10. Cárdenas, Magolo (1999). *No era el único Noé*, México, Secretaría de Educación Pública (Libros del Rincón).
11. Arreola, Juan José (2006). “El elefante” y “La jirafa”, en *Bestiario*, México, Joaquín Mortiz (Booket).
13. Cuevas Cob, Briceida, “Con la punta de mi rebozo” y “Como el carbón”, en *Ti’ u billil in nook’. Del dobladillo de mi ropa*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (Letras indígenas contemporáneas).
15. Pineda Santiago, Irma (2008). “Xiguininu/ Quédecir”, en *Dooyoo ne ga’bia’. De la casa del ombligo a las nueve cuartas*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (Letras indígenas contemporáneas).

16. León-Portilla, Miguel (2008). "Ihcuac tlahtolli ye miqui. Cuando muere una lengua", en *México: diversas lenguas una sola nación. Tomo I, Antología de poesía en lenguas indígenas*, México, Escritores en Lenguas Indígenas A. C.
17. Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (2008). "Catálogo de las lenguas indígenas nacionales: variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas", en *Diario Oficial de la Federación*, 14 de enero.
18. Obregón, Roberto (2000). "La marimba", en *Llamo a la luna sol y es de día*, Marta Acevedo, sel. México, Secretaría de Educación Pública (Libros del Rincón).
19. Pellicer López, Carlos (1999). *La historia de la abuela*, México, Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Libros del Rincón).
20. Reyes, Alfonso (1990). "El Dios Amarillo", "Doña Aurelita", "Bustos de los abuelos", "Grandeza y miseria del soldado", "Demonios y endriagos" y "La abominable Carmen", en *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV Memorias*. México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas).
21. Rodríguez Abad, Ernesto (2008). *Juegos teatrales para animar a leer. Técnicas y recursos para el aula*, Madrid, Catarata (Animación a la lectura).
22. Ruiz Mantilla, Jesús (2015) "Regreso a la casa de Bernarda Alba", en *Ayuntamiento de Valderrubio*. Disponible en <http://www.ayuntamientovalderrubio.es/noticias> (Consultado el 14 de octubre de 2016).
23. Hermanos Grimm (2003). "La Cenicienta", en *El libro de oro de los cuentos de hadas*, Verónica Uribe, sel., Caracas, Ediciones Ekaré.
24. Quiroga, Horacio (2014). "El almohadón de plumas", en *Cuentos escogidos*, México, Alfaguara.
25. Moure, Gonzalo (2002). *Palabras de Caramelo*, Madrid, Grupo Anaya.

Español. Libro de lectura. Sexto grado
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,
en los talleres de
con domicilio en,
en el mes de de 2019.
El tiraje fue de ejemplares.